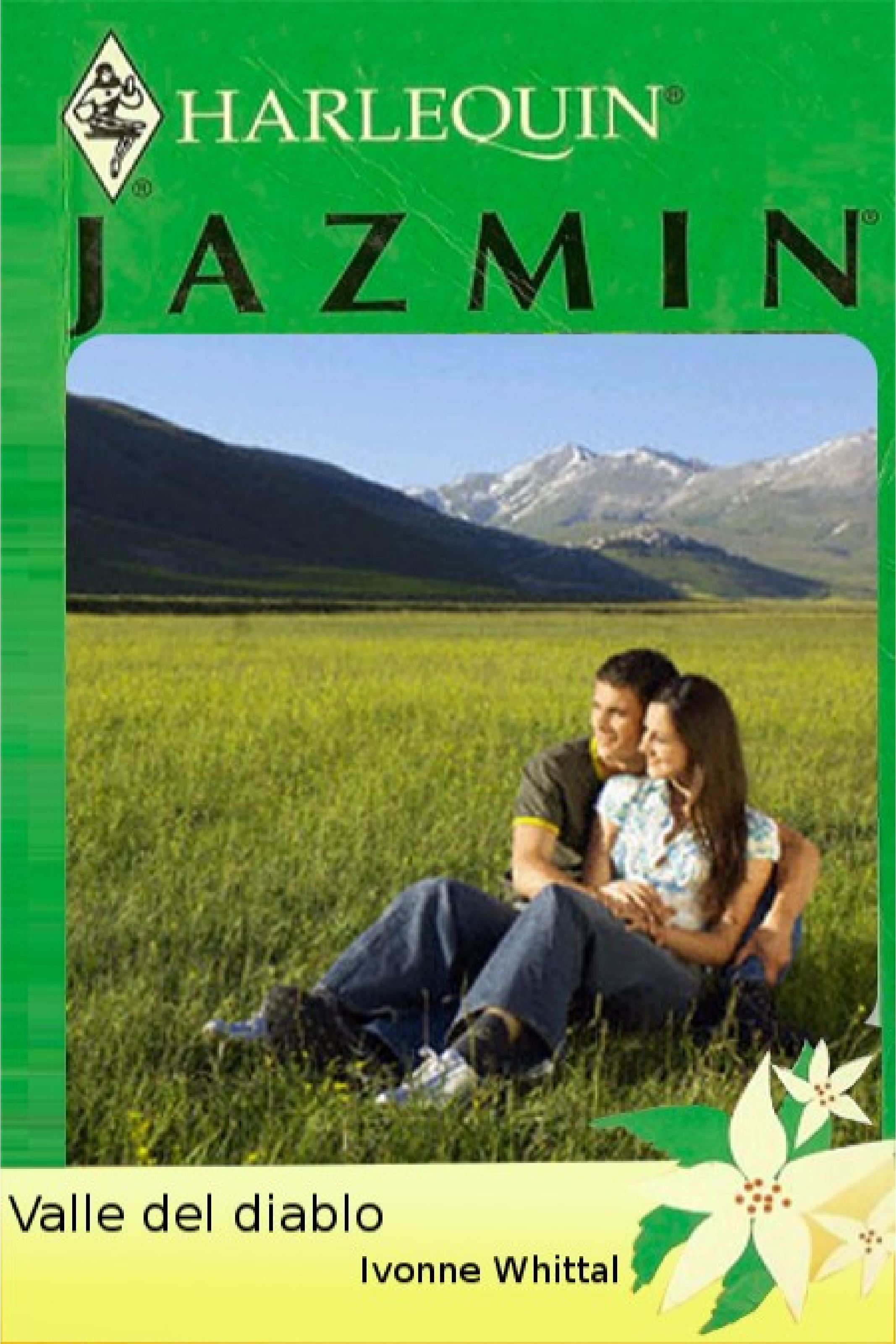

HARLEQUIN
JAZMIN
Valle del diablo
Ivonne Whittal

Valle del diablo

Ivonne Whittal

Valle del diablo (1992)
Harmex: Valle del diablo (Colección Julia)
Título Original: Valley Of Devil (1992)
Editorial: Harlequín Ibérica.
Colección: Jazmín, 847
Género: Contemporáneo.
Protagonistas: Rafe Andersen y Joceline “Jo” Harris.

Argumento:

—¡Lo que me propones es una barbaridad! ¡Es inmoral!

Pero Rafe Andersen dejó muy en claro que su ofrecimiento era el único trato que estaba dispuesto a hacer. Si Jo quería salvar de la ruina a su familia, tenía que acceder a casarse con Rafe y darle un hijo.

Una decisión imposible de tomar, puesto que no se trataba precisamente de un extraño… sino del hombre del cual se había divorciado con amargura y angustia hacía tres años. Rafe era la última persona a quien Jo querría volver a ver. Además, él había terminado con ella, ¿por qué, entonces, se afanaba en remover el pasado?

Capítulo 1

—Creo que es hora de que se lo digas, Danny.

—Que me diga, ¿qué? —Joceline Harris se alertó de inmediato y con una creciente inquietud que le constreñía la boca del estómago, apartó la mirada de su madre para dirigirla, interrogante, a su hermano—. ¿Qué es lo que debes decirme?

Danny miró a su hermana con aire desolado e iba a decir algo, cuando su madre intervino impaciente por revelar la situación:

—Podríamos perderlo todo, Jo. ¡Todo! Nuestra casa, el negocio… —los ojos verdes de Lavinia reflejaban el pavor de su voz —. ¡Tu padre se revolvería en su tumba si lo supiera!

Joceline se preguntó si parecería tan confusa como se sentía; su madre había insinuado la posibilidad de la bancarrota. ¿Sería posible?

—Si no te importa, mamá… —Daniel Harris parecía un poco irritado—. Quisiera hablar a solas con Jo.

Lavinia se volvió para mirar a su hijo que se había levantado de su silla para adoptar una postura característica frente a la chimenea. La mujer suspiró y se puso de pie, resignada para salir de la sala; pero al llegar a la puerta se dio media vuelta para dirigirle una ansiosa mirada a su hija.

—Por favor, Jo… Tienes que ayudarnos.

¿Ayudarlos? ¿Cómo podría ayudarlos?, se preguntó Jo, esperando a que se perdiera el ruido de los pasos de su madre al llegar a la escalera que subía al segundo piso, para volverse a confrontar a su hermano.

—¿De qué se trata todo esto, Danny?

Su voz era cálida y algo ronca. Tenía la habilidad natural de consolar y apaciguar a los pacientes más angustiados que llegaban a su pabellón del hospital, pero la cualidad tranquilizadora de su voz no parecía hacer efecto en su nervioso y consternado hermano.

—La Constructora Harris ya no es la próspera empresa de hace dos años —explicó Daniel, mirando con gesto preocupado el vaso con whisky que sostenía en la mano—. La economía del África meridional ha afectado la situación financiera de las compañías pequeñas.

—Dime algo que yo no sepa —lo instó Joceline con tono calmado y observándolo con atención.

Daniel tenía treinta años, cinco más que Joceline, pero esa noche estaba muy tenso y su grisacea palidez parecía aumentarle la edad.

—Nuestra casa está hipotecada, el negocio está funcionando con pérdidas y mi crédito en el banco se encuentra en un nivel tan bajo que el gerente ha llegado a advertirme que podría cancelarlo.

Danny apuró su whisky de un trago y con manos temblorosas encendió un cigarrillo.

—La situación es desesperada, pero hay una manera de salir del atolladero… —agregó, sacando el humo por la nariz—. Acabo de ganar un contrato que podría librarnos de la crisis en un par de años.

—¿Entonces cuál es el problema?

—La falta de liquidez —los ojos de Danny reflejaban su ansiedad —. Sería un suicidio socavar mi propio capital para tener contento al banco. Lo que necesito es un préstamo privado para pagar el diez por ciento de garantía sobre el contrato y si no quiero que se me escape de entre los dedos esta oportunidad debo conseguir el dinero dentro de las próximas dos semanas.

Jo comenzó a experimentar el pavor que notó en los ojos de su madre.

—Puedo entender la urgencia de la situación, Danny, pero no veo de qué forma puedo ayudarte.

—Solo hay una persona que creo que está en posición de prestarnos la ayuda financiera que necesitamos —Danny sostuvo por un momento la fija e interrogante mirada de su hermana, luego apartó la vista y aspiró a fondo el humo del cigarrillo—. Nunca tuvo una opinión muy buena de mí, pero creo que lo pensaría si tú se lo pidieras.

Al entender por dónde iba su hermano, Jo sintió una especie de escalofrío y abrió aún más los ojos.

—¡No, Rafe! —exclamó—. No puedes hablar en serio, Danny. ¡Rafe no!

Danny tuvo la gracia de parecer abochornado, pero su expresión era desesperada.

—Es mi última esperanza, Jo.

—No podría pedirle eso a Rafe, simplemente no podría hacerlo, Danny. No después de… —las palabras se le atragantaron y estaba pálida y consternada cuando se apartó de su hermano para ir a sentarse en el brazo de un sillón—. Lo que me pides es imposible, Danny. ¡Tiene que haber alguna otra manera!

—¡Por Dios, Jo, no hay otra manera! La única alternativa es pedir un préstamo privado.

Danny estaba también pálido cuando dio un paso hacia Joceline y ella pudo ver las perlas de sudor brillando en su frente y en su labio superior.

—¿Puedes pensar en otra persona que esté en posición de ayudarnos? —preguntó con la voz quebrada por la ansiedad.

—No, pero…

—¡Por favor, Jo! —Danny lanzó la colilla del cigarrillo a la chimenea y se volvió para buscar las manos de su hermana. Sus dedos estaban fríos y húmedos—. No puedo echar por la borda todo aquello por lo que tanto se esforzó nuestro padre y Rafe nos ayudará si tú se lo pides. ¡Estoy seguro! ¡Por favor, Jo, tienes que pedírselo! ¡Por favor!

Joceline Harris estaba erguida ante la ventana. Era una nublada mañana de junio y el temblor que la sacudió no podía atribuirse al frío del invierno. Estaba mirando a la gente que se apresuraba a llegar a sus actividades cotidianas en una calle bordeada de perales, pero su mente evocaba la conversación que había sostenido con su hermano dos días antes. Aún resonaba en sus oídos la urgente súplica de Danny: *"¡Rafe nos ayudará!" ¡Estoy seguro!"*

Pero Jo no estaba tan segura, y un leve gemido sofocado brotó de su garganta cuando fue a sentarse en un sillón. Había intentado pensar en una solución alternativa, pero no se le ocurrió nada y era por eso que estaba sentada en ese salón semivacío, en el Hotel Mirage de Beaufort West… Esperando. Esperando a Rafe Andersen.

En apariencia estaba calmada y serena; eso debía agradecerlo a su riguroso adiestramiento como enfermera, pero por dentro era un manojo de nervios. Rafe Andersen era la última persona en esta tierra a la que hubiera deseado acudir en busca de ayuda, pero la situación era desesperada y sus sentimientos personales no importaban. Lo que estaba en juego era el futuro de Danny y el

negocio familiar.

La profunda voz de Rafe había sonado abrupta por teléfono cuando Joceline lo llamó a Satanslaagte para concertar la cita. Habían pasado ya tres años desde la última vez que existió entre ellos un contacto formal y si él había sentido alguna sorpresa de volver a oírla, lo ocultó bastante bien. Pero Rafe siempre fue hábil para ocultar sus sentimientos, recordó Jo, ¡excepto cuando…!

Jo intentó reprimir sus pensamientos, pero estos se aglomeraron en su cabeza a pesar de su afán por olvidar el pasado. Durante tres largos años había tratado de borrar de su mente su matrimonio con Rafe Andersen, sin que lo hubiera logrado.

Apenas tenía un mes de conocerlo cuando Rafe le pidió que se casaran. Para Jo ese tiempo había bastado para saber que él era el hombre con quien quería pasar el resto de su vida. Quiso hacer vida en común con Rafe, cuidar de él y atender su casa en su granja ovejera en el Karoo. Sin embargo, y para su desazón, sus planes fracasaron, pues la madre de Rafe continuó sintiéndose la señora de la casa y había dejado bien en claro que no estaba dispuesta a renunciar a esa posición.

Jo afrontó con filosofía la situación, comprendiendo que para Averil Andersen debía ser difícil aceptar el hecho de que la esposa de su hijo quisiera imponer ciertos cambios en el hogar. Pero la armadura de Averil contra Jo fue inexpugnable.

—Eres mujer de ciudad, nada tienes que hacer en una granja ovejera —le había dicho Averil a Jo cuando el temor de ésta por los caballos la hizo declinar la invitación de Rafe de enseñarle a montar.

Y luego estaba Lorin Scheepers.

Lorin era una hermosa muchacha de cabello oscuro y ojos azules, hija de un granjero vecino. En ese tiempo tenía veintiún años, la misma edad que Jo y no ocultaba haber abrigado la esperanza de casarse con Rafe. Resentía la presencia de Jo en Satanslaagte y se valía de cualquier excusa para invadir su intimidad las pocas veces que Joceline tenía la oportunidad de estar a solas con su esposo, quien tenía que trabajar día y noche para reponerse de las pérdidas después de la larga y severa sequía.

—Jamás podrás darle a mi hijo la felicidad que merece. Necesita una mujer como Lorin que conoce la tierra tanto como él —anunció

Averil una calurosa tarde cuando ella y su nuera miraban a Rafe y Lorin alejarse a lomo de caballo, por el campo casi desértico, a los rayos del abrasador sol de verano.

El creciente desaliento de Jo le robó el deseo de rebatir las teorías de su suegra. La verdad era innegable: Lorin, al igual que Rafe, había nacido y crecido en esa comarca semidesértica; hablaban el mismo lenguaje y era Jo la que desentonaba allí.

La frustración y el aburrimiento de no tener nada que hacer finalmente cobraron su precio sobre Jo, después de esos largos y angustiosos meses en los que fue tratada como una extraña en la casa de su propio esposo.

Su insatisfacción condujo a disputas entre Rafe y ella, disputas que siempre terminaban con Rafe acusándola de no hacer un esfuerzo por echar raíces. La incapacidad de Jo para defenderse la llenaba de un creciente resentimiento, pues decirle la verdad de lo que sucedía habría aumentado la fricción en la casa y eso era lo último que Jo deseaba mientras abrigaba todavía la esperanza de que su paciencia con Averil fuera recompensada a la larga.

Esa esperanza se disolvió pronto cuando Jo comprendió que la presión del trabajo sobre Rafe por una parte y la ociosidad de ella por la otra, los había ido separando hasta el grado en que ya no tenían nada que decirse. El lado físico del matrimonio llegó a ser su único vínculo, pero Jo quería mucho más que eso y suponía que Rafe también.

Su incapacidad para comunicarse en otro plano que no fuera físico, abrió la brecha definitiva entre ellos y Jo podía evocar aún el gesto de evidente complacencia en el rostro de Averil Andersen el día en que descubrió que Rafe ya no dormía en la misma habitación que su esposa.

—Yo sabía que no podrías hacer feliz a mi hijo.

Esa declaración tuvo el efecto de una daga al rojo vivo sobre una herida abierta, que prácticamente cauterizó las emociones de Jo, dejándola demasiado entumecida para no sentir otra cosa más que alivio cuando ese mismo día, Rafe le pidió el divorcio.

—Nuestro matrimonio fue un error —arguyó él.

Eso había pasado hacía tres años; y Jo aún se preguntaba cómo era posible que una relación que parecía tan perfecta al principio, pudiera estropearse tanto.

Jo volvió al presente cuando la camarera puso una bandeja con té sobre la pequeña mesa circular frente a ella y los músculos del estómago se le contrajeron al firmar la nota. Su cita con Rafe era a las diez y ya casi era esa hora.

¿Cómo estoy?, se preguntó Jo y se pasó una mano temblorosa por el denso y sedoso cabello de color castaño. Luego se tocó con dedos nerviosos el pendiente de plata, en forma de corazón, que llevaba al cuello. ¿Habría cambiado mucho ella? ¿Habría cambiado Rafe?

Un grupo de turistas alemanes se había sentado a una mesa al otro extremo del enorme salón. Comentaban con entusiasmo su itinerario, pero fueron sus risas lo que captó por un momento la atención de Jo. Se volvió a mirarlos, y fue entonces cuando lo vio.

¡Rafe!

Erguido, alto y vigoroso, estaba parado en el umbral. Era un hombre de negocios próspero con intereses en las compañías de computación e ingeniería de todo el país, pero la agricultura corría en sus venas, y aun con su impecable traje formal, llevaba en su figura la estampa inconfundible del hombre apegado a la tierra. Fue eso, más que su apostura, lo que atrajo a Jo cuando lo conoció, y ahora se percataba consternada de que la atracción seguía siendo tan poderosa como entonces.

Los oscuros ojos de Rafe se encontraron con los de ella con una familiar y penetrante precisión que paralizó a Jo en su asiento, mientras el corazón le saltaba en el pecho, casi cortándole el acopio de aire cuando Rafe atravesó el salón con esas firmes y largas zancadas que ella recordaba tan bien.

Joceline sintió un instante de pavor cuando Rafe se detuvo ante ella, pero recobró el control con presteza y le extendió una mano, ofreciéndole una sonrisa forzada.

—Hola, Rafe.

—Joceline.

El firme apretón de mano no la desconcertó tanto como el abrupto empleo de su nombre sin el diminutivo.

—Espero que no te moleste, pero me tomé la libertad de ordenar té para los dos —comentó Jo, nerviosa, dirigiéndole una mirada sesgada. Rafe se sentó en la silla de enfrente—. ¿Quieres que te sirva una taza?

Rafe asintió.

—Lo tomo sin crema y sin azúcar.

—Lo recuerdo —había tantas cosas que Jo recordaba y que sabía que nunca podría olvidar… Forzó sus músculos faciales en una sonrisa y suplicó para sus adentros que Rafe no notara el leve temblor de su mano al servir el té—. ¿Cómo van las cosas en la granja?

—¿Por qué el súbito interés?

Jo respingó ante la cortante reacción. Rafe siempre había sido un hombre de pocas palabras, pero ahora todo lo que decía tenía cierta intención incisiva y de hostigamiento.

—Esta es una situación muy bochornosa para mí, Rafe —declaró ella con voz débil. Luego de un breve silencio hizo otro intento de diplomacia—. ¿Cómo está tu madre?

—Bien.

—¿Vive todavía en Satanslaagte?

—Sí —Rafe apartó la mirada por un momento, permitiendo a Jo observar ese bronceado perfil tan conocido, de frente amplia, nariz aguileña y mandíbula cuadrada y firme—. De hecho, ahora mi madre está de visita con unos familiares en Inglaterra y regresará dentro de unos dos meses.

Jo ocultó su sorpresa bajo una máscara de indiferencia, pero era difícil imaginar a Averil Andersen dejando su dominio terrenal para permitirse algo tan arriesgado como una visita a un país extranjero.

—Supongo que Lorin cuida de ti y atiende tu casa mientras tu madre está fuera.

Las palabras brotaron antes que Jo pudiera poner un freno a su lengua y las negras cejas de Rafe se alzaron con irritación.

—Rara vez veo a Lorin. Ella tiene su propia granja que atender ahora y tiene demasiado que hacer como para ocuparse de otros asuntos.

—¿No te casaste con ella? —inquirió Jo, con una absurda sensación de alivio.

Las palabras volvieron a surgir sin que ella pudiera contenerlas y hubo un brillo de desdeñosa burla en los ojos entrecerrados de Rafe.

—¿Qué te hizo pensar que me había casado con ella?

—Compartís muchos intereses similares —indicó Jo con más cautela esta vez.

No estaba tranquila, pero quería dar la impresión de que lo estaba, así que apoyándose contra el respaldo de la silla, cruzó una pierna sobre la otra, pero de inmediato lamentó esa acción.

El susurro de sus medias atrajo la mirada de Rafe a sus piernas y la deliberada apreciación de sus oscuros ojos, hizo que la sangre le corriera con más fuerza por las venas.

¡Oh, no, no era posible que aún pudiera afectarla de esa manera!

—¿Y tú por qué no te has vuelto a casar?

—Supongo que ya quedé escarmentada —Jo encogió los hombros—. Volví a usar mi nombre de soltera después del divorcio.

Rafe aceptó esa declaración en pétreo silencio, pero Jo sintió el deseo de patearse a sí misma. No podía entender por qué se le había ocurrido mencionar eso. ¿Después de tres largos años todavía quedaba suficiente amargura para desear lastimarlo?

—No creo que hayas viajado desde Cape Town hasta Beaufort West sólo para charlar de nimiedades, Joceline, de modo que te sugiero me digas para qué me citaste aquí —exigió Rafe con tono tajante cuando terminaron de beber el té y la mano de Jo tembló visiblemente al inclinarse hacia adelante para dejar su taza sobre la bandeja.

Se había equivocado al creer que Rafe no había cambiado mucho desde la última vez que lo vio. Había en él una actitud salvaje y extraña que la asustaba, entonces experimentó un vacío en el estómago al pensar en lo que tenía que pedirle.

—Me suplicaron que acudiera a ti… En nombre de mi familia.

Comenzó vacilante, pero decidida a plantear los hechos antes de verse en la lastimera condición de mendicante, de modo que procedió a explicar la situación en su casa tal y como Danny la expuso.

Rafe escuchó la petición sin comentarios hasta que la voz de Joceline se desvaneció en el silencio.

Jo pasó saliva, haciendo acopio de valor antes de mirarlo a los ojos.

—Si Danny no obtiene el contrato, perderemos todo lo que con tanto esfuerzo preservó mi padre.

Rafe se apoyó contra el respaldo de su silla, con gesto impenetrable y su réplica, cuando llegó, fue brusca y fría:

—De modo que es dinero lo que quieres…

—Un préstamo —recalcó Jo con dignidad—. Eres nuestra última esperanza, Rafe —agregó con tono suplicante—. Y te prometo que será un compromiso personal ver que se te pague hasta el último centavo.

Rafe tardó un rato en considerar la petición. Jo sintió que la tensión dentro de ella crecía de modo casi insoportable mientras lo veía cruzar los brazos al pecho y extender sus largas piernas. Para un desconocido Rafe podría parecer relajado, pero había en ese cuerpo una tensión que le puso los nervios de punta a Jo, quien experimentó un intenso desasosiego cuando los oscuros ojos de su ex esposo se encontraron por fin con los de ella.

—¿Cuánto necesitas?

—Ciento cincuenta mil —contuvo el aliento en espera de la explosiva reacción de Rafe, pero las curtidas facciones de éste permanecieron impasibles, a no ser por una ominosa tensión en la mandíbula.

—Proporcionaré a Danny la ayuda financiera que necesita si accedes a casarte otra vez conmigo y darme un heredero. Podría reconsiderar el asunto cuando hayas cumplido tu parte del arreglo, y si estoy de humor generoso, incluso podría permitir que Danny considerara mi asistencia financiera como inversión en la compañía y no como préstamo.

Jo sintió una extraña opresión en el pecho y palideció visiblemente.

—¡Si esto pretende ser una broma, resulta de muy mal gusto!

—Es mi ofrecimiento, Joceline —espetó Rafe alzando sus anchos hombros—. Tómalo o déjalo.

Ella escudriñó las viriles facciones, en busca de alguna señal de ablandamiento, pero la sensual boca se había apretado en una línea severa e implacable que la hizo sentir un escalofrío.

—¡Lo que estás pidiendo es una monstruosidad! ¡Es inmoral!

—Es el trato más justo que puedo ofrecerte —replicó Rafe con tono tajante y definitivo.

—¡Debes estar loco!

—Es posible —convino, mirándola con tal intensidad que Jo comenzó a sentirse como un raro espécimen al microscopio.

—¿Por qué, Rafe? —preguntó Jo, en voz baja en un intento por conservar la calma—. ¿Por qué haces esto?

—Satanslaagte ha pertenecido a la familia Andersen durante cinco generaciones y quiero que siga siendo así.

—Hay una forma más lógica y humana de tener un heredero. ¿Por qué hacerlo de esta manera tan fría? Tienes treinta y seis años, Rafe. Aún eres joven para encontrar alguien a quien amar; una mujer que…

—¿Amar? —la palabra explotó con áspero desdén en sus labios —. ¡El amor es una emoción pasada de moda!

Su arrebato no extrañó a Jo. Solía decir con bastante frecuencia "*te deseo*", pero nunca "*te amo*". Quizá por eso le fue tan fácil decir: "*se acabó*".

—Más vale que sepas que no estoy especialmente interesado en la vida en pareja y mucho menos ahora que he vuelto a saborear la libertad; de modo que lo que te ofrezco es matrimonio con una diferencia… —Rafe sonrió por primera vez, pero no había ni un asomo de calidez en esos ojos que mantenían cautiva la mirada de Jo—. Sucede que ambos necesitamos algo que mutuamente nos podemos proporcionar y en este caso no es necesario aparentar un amor que no existe.

¿Aparentar? ¿Creía él que eso fue lo que ella hizo los seis meses que estuvieron casados? ¿Fue eso lo que él hizo?, se preguntó Jo mientras pugnaba por controlar la oleada de dolor que amenazaba ahogarla.

—Si… Si acepto… —balbuceó—. ¿Qué… Sucederá cuando… Cuando te dé un heredero?

Rafe estaba tan rígido como una estatua de granito. Sólo sus ojos se movían y recorrían la figura de Jo con deliberada e insolente evaluación.

—Por supuesto, tendrás la opción de quedarte o marcharte. Lo que hagas me tendrá sin cuidado, pero el niño permanecerá en Satanslaagte.

El verde de los ojos de Jo fue el único color que permaneció en su rostro mortalmente pálido y sus manos se aferraron a los brazos de la silla para controlar un temblor de furia e indignación que comenzó a sacudirla.

—¡Dios santo, te has convertido en un verdadero canalla sin sentimientos y yo…!

—Si fuera tú, Joceline, tendría más cuidado con lo que dijera —

le advirtió con suavidad y un peligroso brillo asomó a sus ojos al inclinarse hacia adelante con exasperante tranquilidad, para servirse otra taza de té—. Yo podría cambiar de idea a causa de tus insultos y retirar en definitiva mi propuesta.

Jo se controló con un esfuerzo.

—Si en este caso soy la suplicante, es porque las circunstancias me han puesto en ese papel, pero no lo estoy disfrutando, Rafe Andersen. Es la tarea más degradante que me ha tocado vivir.

—No habría necesidad de humillarte así, si tu querido hermano no hubiera dilapidado los recursos de la compañía que tu padre os dejó, durante los dos primeros años después de su muerte —apuntó Rafe con hostigadora precisión.

Era cierto, Danny había gastado en sus diversiones y lujos un capital que ahora podría sacarlos de sus dificultades financieras. La responsabilidad de tener a su cargo la Constructora Harris había ejercido un cambio en Danny, pero era obvio que el cambio se había presentado demasiado tarde.

—No juzgues con demasiada severidad a mi hermano —esgrimió Jo—. Danny ha madurado y sabrá demostrarlo si le das la oportunidad.

Rafe dio un sorbo a su té y encogió los hombros con displicencia.

—Que Danny reciba o no esa oportunidad depende de ti y de nadie más, Joceline.

Jo sintió un terrible peso en el pecho cuando afrontó la realidad. Rafe no cambiaría de idea; podía adivinarlo en su mirada desafiante y en la firmeza de su mandíbula.

Una explosión de risas de los turistas alemanes crispó sus ya irritados nervios.

—No puedo cruzarme de brazos a ver cómo se esfuma algo por lo que mi padre prácticamente se esclavizó. Eso sería la muerte para mi madre, y… ¡Oh, Dios mío! —terminó en un lastimero gemido y se llevó las manos a la cabeza para frotarse las doloridas sienes.

—¿Puedo deducir por lo que dices que aceptas mi propuesta?

Jo asintió con un movimiento taciturno.

—No me queda otro remedio.

La expresión de Rafe no se alteró, sino que permaneció inescrutable mientras apuraba su té y dejaba la taza en la bandeja.

—Muy bien —declaró—. Te llevaré el lunes a Cape Town para hacer los arreglos pertinentes. Me atrevería a decir que tú necesitas hacer por tu cuenta algunos arreglos y te aconsejo que no los demores. Quiero que nos casemos al final de la próxima semana.

Jo quedó atrapada entre dos emociones opuestas entre sí: Alivio y pavor. No obstante, se alegró de estar sentada porque la invadió una espantosa debilidad.

—No sé si deba darte las gracias o maldecirte —masculló, mas la sonrisa de Rafe fue una cínica mueca al levantarse de su asiento.

—El tiempo lo dirá, Joceline.

Capítulo 2

Jo atravesó la habitación para ir a mirar, desconsolada, por la ventana. Era una mañana gris, la niebla cubría Table Mountain y estaba lloviznando. La lluvia había comenzado el día anterior y el cielo aún no daba señales de abrirse.

Un coche pasó por la carretera más allá del muro del jardín y Jo suspiró con desaliento mientras apoyaba la frente contra el marco de la ventana.

Era el día de su boda.

También llovía cuando se casó por primera vez con Rafe, pero entonces un sol de felicidad brillaba en su corazón. En esta ocasión, Jo se sentía tan triste y melancólica como el clima y cuando su aliento empañó el cristal de la ventana, se volvió para seguir vistiéndose.

El acuerdo fue que la ceremonia nupcial tendría lugar en la casa de Joceline a las diez de la mañana del sábado y ella hacía todo lo posible por permanecer tranquila, mas cada segundo que pasaba la ansiedad que le constreñía el pecho se intensificaba.

Vestida con su ropa interior de seda, se movía por la habitación con una fluida gracia natural. Su alta y esbelta figura se reflejaba constantemente en el espejo del armario, pero Jo ni por un momento se detenía a admirar su cuerpo de delgada cintura y senos pequeños, de trasero redondo y firme y largas y bien formadas piernas. Su pelo, acomodado hacia atrás en un atractivo moño, parecía oscuro a la luz espectral que se filtraba por la ventana, sin embargo, en un día despejado el sol encendería el rico tono castaño rojizo de su sedosa cabellera.

Su vestido era de color marfil con mangas abultadas, escote de festón y de cintura baja. Después de ponérselo se llevó las manos a la espalda para subir la cremallera, pero justo abajo de los omóplatos ésta se atoró.

—¡Maldición! —espetó Jo con irritación.

Tiró de la cremallera, pero sin lograr deslizarla ni para arriba ni para abajo. Estaba poniéndose frenética cuando oyó la voz de su hermano.

—¿Puedo entrar, Jo? —preguntó abriendo la puerta con cautela.

—Sí. Por favor ayúdame con la cremallera, Danny —Jo le volvió la espalda en el momento en que él entró en la habitación—. Se atoró.

Danny resolvió el problema en pocos segundos y ella apenas tuvo tiempo de ofrecerle una sonrisa de agradecimiento cuando él la hizo volverse para una inspección fraternal.

—Estás preciosa, Jo —expresó con seriedad y le puso las manos sobre los hombros—. Creo que estás más bella ahora que la primera vez que te casaste con Rafe.

—Gracias, Danny —murmuró y se apartó de su hermano para ir a sentarse al tocador.

Sentía un dolor en el corazón, pero no se atrevía a darle importancia, pues si lo hacía rompería en llanto, de modo que encendió la iluminación del espejo y se concentró en aplicar los últimos toques a su maquillaje.

—Todo ha resultado bastante bien, ¿no te parece? —Danny se apoyó contra el borde del armario, desde donde podía apreciar el atractivo perfil de su hermana—. Lo que quiero decir es que… ¿Quién iba a decir que bajo las desesperadas circunstancias que te obligaron a ver otra vez a Rafe, el encuentro os permitiría descubrir que aún os amáis? —Danny guardó silencio por un momento, luego preguntó—: ¿Lo amas todavía, Jo?

Ella tomó el collar de perlas que su madre le había prestado y se lo puso al cuello. Eso le dio tiempo para pensar y apaciguar el acelerado ritmo de su corazón, antes de volver la cabeza para mirar a su hermano con aparente calma, que disfrazaba la agitación interna.

—Nunca dejé de amarlo —mintió.

—¡Gracias a Dios por eso! —Danny emitió un suspiro y se incorporó—. Toda la semana me ha atormentado la idea de que tu decisión de casarte otra vez con él podría tener algo que ver con el préstamo. Ridículo, ¿verdad?

—Ridículo —repitió su hermana, sonriendo, pero Danny había dado en el clavo con tan inesperada precisión que el corazón se le subió a la garganta. Rápidamente cambió de tema—. ¿En dónde está mamá?

—Abajo, con Rafe. Y eso me recuerda —Danny le dio unas palmaditas en el hombro antes de caminar hacia la puerta—, el

ministro llamó para decir que estaba en camino, de modo que más vale que lo apresures.

—Estoy casi lista —declaró con expresión serena, disfrazando con un gesto amable su ansiedad—. Sólo dame unos minutos a solas.

Danny se detuvo junto a la puerta para sonreírle, luego se llevó los dedos a la frente en un saludo informal.

—Te esperaré en el vestíbulo.

Jo se deprimió física y mentalmente en el momento en que quedó sola. Si los anteriores minutos de fingimiento le parecieron agotadores, ¿cómo sobreviviría a la siguiente hora antes de irse con Rafe en ese largo viaje en coche al Karoo?

La mano le temblaba cuando ajustó la iluminación del espejo del tocador; sin embargo, cuando tomó el ramo de imitación de flores de azahar y se lo ensartó en el moño de la cabeza, ya se sentía más tranquila.

"*Nunca dejé de amar a Rafe*". Recordó su réplica a Danny. ¿Por qué se sentía tan inquieta por esa mentira? ¿Acaso era porque comenzaba a sospechar que había dicho la verdad?

¡Imposible! Después de su divorcio prohibió que en su casa se mencionara el nombre de Rafe. Luego reinició sus estudios de enfermería y después se entregó al trabajo con denuedo. Se empeñó en apartar a Rafe de su mente y de su corazón y lo había conseguido, ¿o no?

Ahora no podía estar tan segura de eso, pero si su amor por Rafe había permanecido inalterable, este era el peor momento para darse cuenta de ello, porque el Rafe Andersen con quien se estaba casando ahora no era el mismo con quien se había casado hacía cuatro años. El hombre que volvía a ser su esposo era una imitación sin sentimientos.

Para Jo, los últimos ocho días fueron una pesadilla en su esfuerzo por fingir felicidad ante su familia. Sin embargo, tuvo que admitir que Rafe le había facilitado las cosas de cierta forma, al programar sus visitas a la casa para que coincidieran con las horas en que ella estaba de servicio en el hospital y la única ocasión que se encontraron fue sólo para seleccionar el anillo de compromiso y para hablar con el ministro oficiante.

Jo se miró por largo rato al espejo. Estaba agregando un toque final a su maquillaje cuando evocó su apariencia la primera vez que se casó con Rafe. Entonces la alegría iluminaba su rostro y sus ojos rutilaban como joyas, mas esta vez tuvo que recurrir a una hábil aplicación del maquillaje para dar una apariencia de alegría.

En aquella ocasión se casó llena de ideas ingenuas y románticas respecto al matrimonio, pero ahora sólo existía la cruel realidad de lo que se esperaba de ella.

El ruido de un coche que se acercaba por el sendero particular la hizo apagar la luz del tocador. Permaneció sentada allí, escuchando el agua de lluvia gotear por los canales del tejado; luego se puso de pie con expresión resignada y deslizó los pies en los zapatos de tacón alto que hacían juego con el vestido de color marfil.

—Lista o no, el momento ha llegado, Jo —se dijo e inhaló hondo para serenarse. Salió de su habitación y caminó por el pasillo alfombrado en dirección a las escaleras.

Danny, quien esperaba en el vestíbulo, tal como prometió, alzó la mirada y sonrió al ver a su hermana descender por el último tramo de la escalera. Jo trató de devolverle la sonrisa, pero sus músculos faciales estaban demasiado rígidos. Él le entregó un pequeño ramo de claveles rojos. Sostenidas contra el pálido color de marfil del vestido las flores parecían manchones de sangre fresca.

Qué apropiado, pensó Jo y tragó saliva para acallar una súbita oleada de histeria, al tiempo que Danny le ofrecía el brazo y abría la puerta de la sala.

El murmullo de conversaciones en la sala cesó en el momento en que Danny abrió la puerta. No había invitados, pues Jo insistió en ello, tampoco había marcha nupcial. Entraron en la sala, ella del brazo de Danny, en un silencio tan profundo que los nervios de Joceline sufrieron una penosa sacudida al oír la alarma de seguridad de un coche afuera en la calle.

El Reverendo Stirk era un hombre maduro, alto, calvo y delgado. Estaba parado junto a un arreglo floral y Lavinia Harris se encontraba a unos pasos a la izquierda del ministro, con un ramillete rosado como único toque de color en su atuendo gris perla.

Jo se percató de la presencia de su madre y el ministro, pero su

mirada fue atraída de inmediato por las facciones impasibles y pétreas del hombre vestido con traje oscuro y de corte impecable, que se había vuelto hacia la puerta en el momento que ella entró. Las rodillas de Jo amenazaron debilitarse. La mano que Rafe le extendió era grande, bronceada y callosa por el trabajo manual. Jo sintió la rugosidad de la palma de él contra la de ella y la fuerza de sus dedos. De repente la acometió una oleada de pavor.

¡Detengan esta farsa!, quiso gritar. ¡Por amor de Dios, detengamos esto!

Su mirada se encontró con la de Rafe y se preguntó qué estaría pensando, pero la expresión de él permaneció indescifrable.

La ceremonia nupcial fue breve y cuando Rafe le deslizó el anillo en el dedo y pronunció las palabras rituales, Jo tuvo la claustrofóbica sensación de quien ve cerrarse sobre sí la puerta de una prisión.

El Reverendo Stirk concluyó…

—Que lo que Dios ha unido nadie lo desate —se aclaró la garganta y con evidente engorro, agregó—: Creo que es habitual en una boda que el novio bese a la novia.

Jo se encogió interiormente ante la sugerencia y permaneció por completo indiferente cuando Rafe se volvió a ella y la tomó de la barbilla para darle un beso. Los labios de él rozaron los de Jo en un contacto familiar, pero frío e impersonal, y en algún oscuro rincón del ser de ella algo casi olvidado se agitó como saliendo de su latencia.

¡No! ¡Oh, Dios, por favor, no!, imploró Joceline en silencio cuando respondía como autómata a las felicitaciones de la familia. ¡No me dejes sentir así! ¡No, después de todos estos años!

Un rato después, cuando Lavinia y Danny acompañaban al Reverendo Stirk a la puerta, Rafe inmovilizó a Jo con su penetrante mirada; sonrió torcidamente mientras se acercaba a ella y luego hizo una señal con la copa de champaña que tenía en la mano.

—¿Brindamos por una unión ventajosa?

—Querrás decir un negocio ventajoso, ¿no? —por un momento la máscara de serenidad de Jo se desvaneció para revelar su repugnancia—. Me compraste, ¿recuerdas? La transacción ha sido firmada y sellada. Y todo lo que queda es enviar la mercancía. ¿No

es así, Rafe?

Rafe apretó los labios y un músculo saltó en su mandíbula.

—Bien —asintió mirándola con inescrutable frialdad—. Corrijo; brindo por mi más ventajosa adquisición.

Jo se sintió degradada y humillada mientras Rafe se llevaba la copa a los labios y apuraba su contenido en un segundo, antes que Lavinia y Danny regresaran a la sala.

No hubo tiempo para que Jo se pusiera un vestido más cómodo para marcharse. Se habían entretenido demasiado con el champaña y los bocadillos y sabía por experiencia que debían salir lo más pronto posible si querían llegar aún de día a Satanslaagte.

Jo se estaba zafando del lloroso abrazo de su madre cuando Rafe regresó de bajo la lluvia después de guardar el equipaje en el Mercedes verde metálico. Las gotas de lluvia brillaron en su oscuro cabello al inclinar la cabeza para besar la mejilla que le ofrecía Lavinia. Luego, cuando Rafe y Danny se estrecharon la mano hubo en la mirada que ambos se dirigieron, algo que desconcertó a Jo.

Un momento después, Joceline estaba sentada en el coche al lado de Rafe que conducía por el sendero particular hacia la reja de la casona. Jo echó una mirada hacia atrás y deseó estar en la seguridad de su habitación arriba del pórtico, desde donde Lavinia y Danny los despedían agitando una mano. Jo agitó también una mano y experimentó una sensación de vacío en el pecho, luego se acomodó en su asiento y clavó la mirada al frente, en el paisaje empañado por la lluvia.

Rafe mantenía un taciturno silencio desde que salieron de Cape Town, pero Jo se alegró de su mutismo. No estaba de humor para ninguna clase de conversación y prefería que se hablaran sólo lo indispensable.

Se detuvieron a comer un almuerzo ligero en un hotel, en el pequeño poblado de Touws River que en alguna época fue una importante confluencia ferroviaria y no fue sino hasta que continuaron su viaje una hora después, que el sol asomó tras las nubes. El brillo del oro en su dedo atrajo la atención de Jo, quien de repente evocó una conversación que había sostenido con su hermano hacía poco menos de un mes.

—¿Cómo te sentirías si de pronto apareciera Rafe por esa

puerta? —le preguntó Danny una noche en que ella había regresado tarde a casa y calentaba un poco de leche en la cocina.

—Asustada.

—¿Por qué?

—Lo amé una vez y de alguna manera tendría miedo de que volvieran a despertar viejos sentimientos sólo para lanzármelos al rostro con desprecio —declaró Jo.

—¿Te volverías a casar con él si te lo pidiera?

—Rafe jamás me pediría eso y te prometo que nunca volveré a poner un pie en la hacienda Andersen, aunque él viniera a pedírmelo de rodillas.

Jo se había equivocado en los dos puntos. Rafe le pidió que se casara otra vez con él y no tuvo que ponerse de rodillas para que ella aceptara. Y pronto volvería a pisar tierra de los Andersen.

—¿Iremos hasta Satanslaagte sin decirnos una sola palabra? —preguntó Rafe cuando entraron a la comarca de Laingsburg.

—¿Qué podemos decirnos? —inquirió Jo mirándolo de soslayo.

—Se me pueden ocurrir varias cosas.

—¡Qué raro!

El desacostumbrado tono de sarcasmo en la voz de Jo no escapó a la atención de Rafe quien le dirigió una rápida mirada ceñuda.

—¿Qué tiene de raro?

—Nunca fuiste muy conversador.

—La gente cambia —la mano de Rafe rozó, accidentalmente, la rodilla de Jo al cambiar de velocidad y ella sintió una descarga eléctrica a lo largo del muslo—. Yo sé que he cambiado.

—Eso no lo dudo ni un instante —replicó Jo con acritud.

Cuando llegaron a Laingsburg su cuerpo aún resentía la enervante sensación que el breve contacto había provocado.

Jo entrelazó los dedos sobre su regazo en un intento por mantener una apariencia de tranquilidad; sin embargo, conforme más se acercaban a la hacienda de Rafe su nerviosismo aumentaba al grado de sentir que le faltaba el aire.

Satanslaagte estaba cada vez más cerca. Satanslaagte, el valle del diablo, en holandés. Fue allí donde Jo conoció el significado de la derrota y salió de allí detestando ese lugar tanto como Rafe lo amaba. De haber tenido opción nunca habría regresado. De cierta forma la consolaba la idea de que Averil Andersen no estaría allí

durante dos meses.

Atravesaron el puente sobre el río Buffels ahora seco y salieron del poblado de Laingsburg cuando Rafe reanudó la conversación:

—Tú también has cambiado, Joceline.

—¡Oh, por amor de Dios, Rafe! ¿Quieres dejar de llamarme Joceline? —exclamó ella con una irritación que nacía de su nerviosismo y desazón.

—Creo que Joceline se adapta muy bien a la imagen arrogante que has adquirido. No eras así antes.

—¡Cuánto lo siento! —mascullό Jo para sí, pero la carcajada que soltó Rafe la hizo comprender que la había escuchado.

—Pero debo agregar que esa arrogante ira que brilla en tus ojos acrecienta tu belleza, dándole un encanto salvaje y muy atractivo.

Jo se puso rígida y se volvió a mirar el hermoso perfil de Rafe, pero su furiosa réplica murió en sus labios cuando él le sostuvo la mirada por un estremecedor instante.

—Siempre fuiste deseable, Jo —había algo en el profundo timbre de su voz que desató una serie de trepidaciones a lo largo del sistema nervioso de ella—. Eso es algo que jamás cambió cuando estuvimos casados la primera vez.

Jo alteró un poco su posición y clavó la mirada en el paisaje a través de la ventana. Deseó refutar esa declaración, pero no pudo. Rafe no volvió a tocarla desde que decidió mudarse de la habitación que antes compartían, pero el deseo siempre estaba en sus ojos cada vez que ella lo pillaba mirándola.

Joceline apartó los recuerdos que porfiaban en aglomerarse en su memoria y en lugar de ello trató de enfocar su atención en el paisaje de la comarca, conforme se acercaban al Karoo.

El Karoo era un vasto territorio cubierto de matorrales y algunos escasos molles y acacias, y no había nada que rompiera la monotonía del viaje aparte de la ocasional aparición en la distancia de las mesetas. Era en esta tierra semidesértica donde los agricultores y granjeros como Rafe criaban sus ovejas laneras y libraban su perpetua batalla contra la constante amenaza de la sequía.

—¿Sabe tu madre que volviste a casarte conmigo? —preguntó Jo cuando el suave ronroneo del motor del coche amenazaba dormirla.

—Le envié un cable.

Jo se volvió a mirar el austero perfil de su esposo.

—¿Le explicaste lo que te impulsó a volverte a casar conmigo?

—¿Le explicaste a tu familia que el matrimonio conmigo y tener un hijo mío fue la estipulación para el préstamo? —inquirió Rafe a su vez.

—No —Jo bajó la mirada a las vigorosas manos que sostenían el volante y pasó saliva—. No quise contrariarlos.

—Exactamente.

Jo suspiró con alivio.

—Me alegro de que hayas conservado la consideración por los demás.

—Tengo más consideración de la que imaginas.

—Me alegro —declaró Jo entre dientes y guardó silencio.

Estaba avanzada la tarde y ya sólo unos cuantos kilómetros los separaban de Beaufort. Era la ciudad más grande en Karoo central y los habitantes se referían a ella como "*la ciudad oasis*". No podía ser llamada de manera más adecuada. Tras una larga travesía por la árida comarca, Beaufort era un verdadero oasis, con sus calles bordeadas de perales y jacarandas, sus verdes campos de juego y sus jardines.

Jo pudo ver los tejados de las casas emerger encima de las copas de los árboles y la ansiedad le apretó la garganta como una garra. Era la segunda vez en ocho días que entraba a esta pintoresca ciudad, donde la arquitectura tradicional combinaba bien con los edificios modernos.

Satanslaagte estaba a unos treinta kilómetros de Beaufort West. El Mercedes viró hacia el camino de tierra que llevaba a la hacienda y veinte minutos después el coche se detenía ante la reja sobre la cual había un letrero que anunciaba: "*Satanslaagte-R. Andersen*".

Rafe descendió para abrir la verja, la primera de varias en el trayecto hasta la granja. Atravesó el umbral y luego volvió a bajar del coche para cerrar el enrejado antes de reiniciar el camino.

Su llegada a Satanslaagte no pasó inadvertida. Dos niños de tez negra corrían detrás del coche hasta que llegaron a la última verja. Rafe les dio una moneda de plata a cada uno y los chiquillos se fueron a toda carrera.

El despiadado sol teñía de púrpura las mesetas en la distancia

cuando Rafe detuvo el coche frente a la casa rodeada de arbustos bien podados y altos árboles de exuberantes copas. Parecía otro oasis en el desértico paisaje y todo le era tan familiar a Jo que el pasado y el presente se fundieron en un angustioso torrente que la hizo exhalar un suspiro.

—Ya estamos en casa —anunció Rafe, luego salió del coche y lo rodeó para abrirle la puerta a su esposa.

¿En casa? Satanslaagte nunca fue y nunca sería un hogar para ella, decidió Jo con desprecio al descender del coche.

Jo se desperezó para aflojar la tensión de su cuerpo cuando de pronto apareció, por una esquina de la casa, un perro pastor alemán que ladró una vez y corrió hacia ella tan rápido que la hizo contener el aliento. Joceline retrocedió nerviosa y se topó con el sólido cuerpo de Rafe. En cualquier otra circunstancia habría evadido el contacto, pero en ese momento la firmeza de esas manos que la tomaban de los hombros resultaba tranquilizadora.

—¡Fritz! —el perro se detuvo de golpe al oír la severa y autoritaria voz de su amo, luego Rafe soltó a Jo con una sonrisa algo desdeñosa—. No me digas que les tienes miedo a los perros…

—Sólo cuando se lanzan contra mí con evidentes intenciones aviesas —se defendió Jo con una forzada calma cuando el susto dio lugar a una languidez en su cuerpo.

—En este caso la exuberancia de Fritz se debe interpretar como una bienvenida —Rafe atrajo al animal con un movimiento de la mano—. Sugiero que os conozcáis.

Jo extendió una mano tentativa hacia el pastor alemán.

—Hola, Fritz…

El perro se le acercó con cautela y le olisqueó los dedos, luego le lamió la palma como muestra de simpatía y Jo le acarició la cabeza y le rascó detrás de las orejas.

—Le simpatizas —comentó Rafe.

Jo sonrió con naturalidad por primera vez en ese día.

—¿Hace cuánto que lo tienes?

—Dos años. Fue un regalo sorpresa de Lorin, por mi cumpleaños.

Lorin. Jo sintió un sabor amargo en la boca y su sonrisa se desvaneció mucho antes de incorporarse para ver a un hombre de tez negra que se acercaba a ellos.

Joceline reconoció a Stan de inmediato. Había crecido en la granja junto con Rafe y no había nadie en quien éste confiara más que en su amigo de la infancia.

Stan sonrió y se tocó el viejo sombrero de fieltro a modo de saludo.

—Hola, señora.

—Hola, Stan —Jo le devolvió la sonrisa con calidez—. ¿Cómo está Clara?

—Bien, madame —le aseguró Stan, visiblemente complacido de que Jo recordara el nombre de su esposa—. Dentro de dos meses nacerá nuestro cuarto hijo.

—Puedes meter nuestro equipaje —intervino Rafe con cierta brusquedad y le entregó a Stan las llaves del Mercedes.

—Sí, amo Rafe.

Jo tuvo la extraña sensación de que Rafe quiso concluir la charla con Stan antes que éste dijera algo que ella no debía oír.

«¡No seas tonta!» se reprendió, tiritando por el frío del aire vespertino. Rafe la condujo hacia un costado de la casa. Entonces, Jo notó la construcción en proceso en el ala este de la mansión.

—¿Estás haciendo modificaciones?

—Sólo estoy agregando algunas habitaciones.

¡Eso era extraño! La granja era lo bastante grande para albergar cómodamente a casi una docena de personas. ¿Para qué necesitaba habitaciones adicionales?

Le lanzó una mirada sesgada a Rafe, pero había algo tan ominoso en su severo perfil, que decidió guardarse la pregunta mientras entraban en la silenciosa casa para atravesar el vestíbulo con su pulido suelo de madera.

Nada había cambiado, pensó Jo. Ahora caminaban por el largo corredor en forma de *L* que conducía a las habitaciones del ala oeste. La alfombra roja era la misma que Averil Andersen había seleccionado en lugar de la alfombra de color ocre moteado que Jo había considerado que le daría un poco de luz a ese sombrío pasillo. Jamás una sola de las sugerencias de Jo recibió la aprobación de la severa mujer y al final la joven terminó por no interesarse en nada.

Estaba tratando de apartar de su mente estos recuerdos, cuando Rafe abrió la puerta de la alcoba nupcial. El corazón de Joceline traqueteaba dolorosamente contra su pecho cuando su esposo la

invitó a pasar.

Se trataba del dormitorio que alguna vez compartió con Rafe. Fue allí donde Jo conoció los momentos más placenteros y dichosos de su vida, así como los más terribles.

Jo hizo un esfuerzo por dominarse para recorrer la habitación con ojo crítico.

No era tal como la recordaba. El sólido mobiliario de roble era el mismo, pero notó, con agradable sorpresa, que las espantosas cortinas floreadas habían sido reemplazadas por un calicó azul pálido que hacía juego con las colgaduras de la cama imperial de cuatro postes. También la alfombra verde olivo había sido sustituida por otra de color crema.

Rafe se apoyó contra la pared, junto al espejo del tocador. Estaba observando a Jo con atención como si esperara alguna especie de reacción, entonces ella declaró con cierta nerviosidad:

—Hiciste algunos cambios…

—¿Te gusta?

—Mucho —admitió Jo tratando de controlarse—. ¿Éste es tu dormitorio?

—Nuestro dormitorio —corrigió Rafe con tono terminante y algo en la expresión de Jo lo hizo alzar las cejas con cínico humor—. ¿De qué otra forma podrías darme un heredero si no compartimos la misma habitación y la misma cama?

El rubor tiñó las mejillas de Jo, pero su airada réplica fue reprimida por el sonido de pasos que se aproximaban.

Stan entró unos segundos después con una maleta grande en cada mano y otra más pequeña bajo un brazo. Las depositó al pie de la rama y al incorporarse miró a Jo con expresión interrogante.

—¿Dejo sus maletas aquí, madame?

Ella asintió y esbozó una sonrisa tiesa.

—Sí, gracias, Stan.

Rafe se apartó de la pared contra la cual estaba apoyado en el momento en que Stan se fue.

—Tengo algunas cosas que atender antes que anochezca por completo, de modo que te dejo sola para que te instales —le informó quitándose la corbata, luego cambió su chaqueta formal por una de trabajo.

Jo sintió que su rígido control se esfumaba en el momento en

que Rafe salió y cerró la puerta y se puso a temblar de repente con tal violencia que tuvo que sentarse en la cama para no caer.

Esto iba a ser peor de lo que pensó Jo al sentarse en el banco que estaba frente a la mesita del tocador. Había tantos recuerdos amargos rondando en ese dormitorio…

¡Oh, Dios mío! ¿Qué debía hacer? ¿Cómo soportaría eso?

Miró las maletas que Stan había dejado al pie de la cama y en un impulso, se puso de pie.

¡Desempaquetar!, se dijo. ¡Desempaquetar! ¡Ocuparse en algo para no pensar!

Capítulo 3

Afuera estaba oscuro. El sol se había puesto hacía más de una hora y las estrellas brillaban como diamantes esparcidos en el negro manto del cielo.

Jo había olvidado lo brillantes que parecían las estrellas en el Karoo. También había olvidado que la temperatura podía bajar hasta cero grados centígrados en invierno y tiritó al soltar la cortina. Su vestido de seda podría ser bastante abrigador en Cape Town, pero era por completo inadecuado para las noches invernales del Karoo, decidió y se llevó las manos a la espalda para deslizar la cremallera.

Había sacado sus pertenencias de las maletas y las había acomodado en uno de los estantes del armario. Lo que ahora deseaba era un baño caliente y ponerse otro tipo de ropa, pero la cremallera se le había vuelto a atascar. Se impacientó tanto que consideró la posibilidad de arrancarse el vestido a tirones si la maldita cremallera no cedía.

Abrió un cajón del tocador en busca de las tijeras para cortar el vestido, cuando alguien llamó con suavidad a la puerta.

—¡Pase! —ordenó con voz áspera por la irritación y una anciana, también de tez negra, entró en la habitación.

Elsie no era desconocida para Jo. Había trabajado durante muchos años para Averil Andersen como ama de llaves y cocinera, mas las circunstancias impidieron que Jo la tratara antes. ¿Debía considerarla amiga o enemiga?

—¿Quiere que le traiga algo de beber antes de la cena, madame? —preguntó Elsie, cuyo rostro redondo no revelaba otra cosa más que el respetuoso interés que se reserva a los extraños en la propia casa.

—No, gracias, Elsie. Pero le agradecería que me ayudara con la cremallera.

Elsie se acercó a ella con expresión complaciente, pero una voz masculina la detuvo de improviso.

—Yo haré eso, Elsie.

Jo se volvió al oír la voz de Rafe y el corazón le palpitó con violencia al encontrarse con sus ojos oscuros, mientras la negra salía

con presteza del dormitorio.

Para ser un hombre tan alto y fuerte, Rafe se movía con demasiado sigilo. Era algo que Jo había olvidado de él.

—Vuélvete —instruyó Rafe y avanzó hacia ella, después de dejar su chaqueta sobre el respaldo del sillón.

Jo obedeció en silencio. Creía estar preparada para el contacto de sus manos, pero se puso tensa cuando los dedos de su esposo le rozaron la piel y el estómago se le contrajo casi dolorosamente. Si ese ligero e impersonal contacto, tenía ese efecto devastador, ¿cómo sería cuando Rafe le hiciera el amor?

—Gracias —murmuró cuando sintió que la cremallera se deslizaba.

Iba a apartarse, pero Rafe la detuvo por los hombros y la ciñó de tal manera que Jo no pudo dejar de sentir la perturbadora calidez masculina detrás de ella.

—Jo… —le susurró Rafe al oído, provocándole temblores de excitación y temor a lo largo de la espina dorsal. Joceline intuyó que le diría algo de importancia y esperó, apenas atreviéndose a respirar, mas luego pudo darse cuenta de que Rafe había cambiado de idea, pues sus dedos se apretaron en los hombros de ella, enseguida la soltó y le dio un ligero empujón en dirección al baño —. Necesito darme un duchazo antes de la cena, de modo que no tardes mucho.

Jo no se atrevió a mirarlo mientras se apresuraba hacia el cuarto de baño. Deseaba saber qué era lo que había querido decirle, pero luego, cuando pensó en ello, se convenció de que nada que Rafe dijera podría alterar las agraviantes circunstancias de ese indeseado segundo matrimonio.

Rafe fue al menos lo bastante considerado para no invadir su intimidad mientras tomaba su ducha; sin embargo, permaneció en el dormitorio hasta que Jo salió ya vestida, y sólo entonces se levantó de su asiento para ir al cuarto de baño. Su expresión era sombría y taciturna, y Jo experimentó una punzada de inquietud al sentarse frente al tocador para peinarse y maquillarse.

No había tenido miedo de Rafe antes, pero ahora sí la amedrentaba. Notaba en él una dureza que no existió en el pasado y Jo se preguntaba que podría haber sucedido en los tres años transcurridos desde su divorcio, para provocar ese cambio en él.

El profundo tono de ámbar, del vestido de lana de mangas largas hacía juego con ese asomo de fuego que relampagueaba en su cabello, a la luz del tocador. Se anudó el pelo en un moño y estaba a punto de abrocharse alrededor del cuello una perla en forma de lágrima que pendía de una cadena de oro cuando Rafe salió del cuarto de vestir, sosteniendo con la punta de un dedo una chaqueta parda de ante. Se había puesto un pantalón de pana de color beige y una camisa blanca que dejó desabotonada en la parte superior, de manera que Jo podía ver un asomo de vellos muy negros e hirsutos.

—Déjame ayudarte —ofreció Rafe y dejó la chaqueta al pie de la cama para acercarse a ella por atrás.

Cuando Jo evocó la familiar sensación de la áspera piel contra la suavidad de la suya la mano que sostenía la cadena comenzó a temblar.

—Puedo hacerlo sola —protestó, pero Rafe le quitó la cadena y una vez más, al simple contacto de esos fuertes dedos sobre su cuello, la recorrió un estremecimiento que no supo si era de miedo o de placer y el pulso se le aceleró.

—¿Quién te dio este pendiente? —quiso saber Rafe cuando se lo abrochó.

—Fue un regalo de alguien en mi último cumpleaños.

—¿Hombre o mujer?

La mirada de Rafe retuvo la de ella a través del reflejo en el espejo.

—Hombre. Un amigo.

Rafe apretó los labios.

—¿Fue tu amante?

—No, no fue mi amante. Ya te dije que era un amigo —ella parecía tranquila, pero la cercanía de Rafe y el aroma de su loción comenzaban a ejercer un perturbador efecto en sus sentidos—. Era parapléjico y juntos solíamos pasar ratos agradables.

Rafe entrecerró los ojos.

—¿Por qué hablas de él en tiempo pasado?

—Se suicidó hace tres meses.

—Lo siento —comentó Rafe y se apartó de ella para ponerse la chaqueta, pero Jo pudo notar un asomo de compasión en sus ojos y su corazón se alegró un poco al pensar que tal vez su esposo no se había endurecido tanto como creía.

—Yo también lo sentí —confesó Jo con suavidad; el dolor de esa pérdida aún estaba muy vivo en ella. Se calzó las sandalias y se puso de pie—. Ya estoy lista para cenar, si tú lo estás también.

Jo salió primero de la habitación y luego caminó en silencio al lado de Rafe, por el oscuro pasillo. En el espacioso vestíbulo dieron vuelta a la derecha para entrar en el comedor donde la mesa estaba puesta para dos.

Con el mantel blanco como la nieve de fondo, los cubiertos de plata resplandecían a la luz de las lámparas que pendían bajas sobre la mesa y contra la pared estaba el aparador con espejo que llevaba varias generaciones en la familia Andersen. Era un hermoso mueble y Jo refrescó su memoria dejando que su mirada se deslizara por los intrincados paneles tallados.

Rafe abrió la botella de champaña que estaba enfriándose y poco después Elsie les llevó la sopa.

La cena que la cocinera les había preparado esa noche no era complicada, pero sí deliciosa. La crema de tomate fue seguida por carnero al horno, y ensalada fresca de verduras y patatas.

Después del postre se retiraron al salón que estaba al otro lado del vestíbulo y Elsie les sirvió el café frente a la chimenea donde crepitaba el fuego.

Todo en el salón estaba igual; sin embargo, los sillones y el sofá habían sido cambiados de lugar para que quien se sentara en cualquiera de ellos pudiera disfrutar del calor de la chimenea.

Jo se preguntó cómo se las había arreglado Averil para vencer su aversión a cualquier modificación en la casa. ¿O acaso era Rafe el responsable de esos cambios?

—Cuéntame sobre tu amigo parapléjico —la instó Rafe mientras tomaba su café y Jo se alegró de tener esa oportunidad para apartar de su mente las penosas y humillantes reminiscencias.

—Tony Ribeiro —la mención del nombre dibujó en la mente de Jo la imagen del joven de cabello y ojos negros, sin que se percatara de la sonrisa triste, nostálgica que curvó sus labios plenos y generosos—. Fue un accidente en motocicleta, cuando era adolescente, lo que lo puso en una silla de ruedas.

—¿Qué edad tenía al morir?

—Veintisiete.

Jo clavó la mirada en las llamas que danzaban en la chimenea; recordaba claramente aquella mañana hacía tres meses, cuando después de terminar su turno en el hospital un sexto sentido la hizo acudir al apartamento de Tony para encontrarlo con un tiro en la sien.

—Era un joven muy talentoso —explicó, tratando de borrar el horror de esa evocación—. A los veintidós años inició su propio negocio haciendo guitarras para coleccionistas y artistas que desearan algo especial, pero Tony no sólo fabricaba guitarras… También las tocaba… Y muy bien.

—¿Por qué se suicidó?

Jo miró a Rafe por primera vez desde que empezó a interrogarla sobre Tony. Observó ese cuerpo grande y musculoso acomodado a sus anchas en el sillón que estaba frente a ella y se preguntó si alguien que no sufría incapacidad física alguna podría tal vez comprender lo que pasaba por la mente de una persona que había perdido el uso de las piernas.

—No sé. Creo que nadie sabrá nunca qué lo impulsó a quitarse la vida —respondió con tono reflexivo—. Tony tenía sus momentos de profunda depresión, pero en general era un joven bien adaptado. Eso es lo que siempre creí, aunque probablemente hubo algo que no capté y todavía sufro pesadillas; tal vez no supe darme cuenta de que estaba pidiendo ayuda.

—No puedes culparte por los destinos ajenos. Como dicen los hindúes, cada cual tiene su karma.

—Esa es una filosofía para justificar la indiferencia y el egoísmo. Tony era mi amigo y la amistad crea vínculos y responsabilidades.

Rafe la miró con ojos entornados durante interminables segundos antes de ponerse de pie para seleccionar una de sus pipas en la repisa de la chimenea.

—¿Te molesta si fumo? —preguntó, señalando la pipa que había tomado.

—No me molesta, pero el tabaco es perjudicial para tu salud.

—Ya me habías dicho eso —observó Rafe, mientras llenaba la pipa de tabaco.

—Me extraña que lo recuerdes —replicó Jo, mirando esas manos firmes, grandes y de dedos largos.

Rafe tenía manos fuertes, incluso podrían doblar una pieza de

metal a la forma que él deseara, pero Jo podía evocar su delicadeza al tocarla. La reminiscencia de las intimidades compartidas le aceleró el pulso y sus nervios se alteraron de manera inquietante cuando Rafe encendió una cerilla y sostuvo la llama encima de la pipa.

—Hay muchas cosas que recuerdo de ti —comentó Rafe mirándola a los ojos.

Jo tuvo la desconcertante sensación de que el pensamiento de ambos había deambulado por el mismo rumbo cuando sus miradas se encontraron, no obstante, Rafe no amplió el comentario. El rubor le quemaba las mejillas cuando por fin logró apartar la vista y rezó porque Rafe atribuyera el sonrojo al fuego en la chimenea. Después de encender su pipa Rafe regresó a su sillón.

El agradable aroma del tabaco inundó el olfato de Jo y ella comprendió de repente que nunca había estado así, a solas con Rafe en esa casa, pues la madre de él siempre estaba allí. Jo nada tenía que objetar a eso; podía aceptar la desaprobadora presencia de Averil Andersen por las noches, pero no cuando ésta se alió abiertamente con Lorin Scheepers para hacer su vida un infierno. Lorin se quedaba a cenar en tantas ocasiones, que Joceline llegó a creer que terminaría por mudarse a la granja de manera permanente.

A la larga la habitación conyugal llegó a ser el único sitio de la casa donde podía estar a solas con su esposo, e irónicamente fue durante uno de esos poco frecuentes momentos de convivencia, sin intervención ajena, que Rafe la acusó de no hacer un verdadero esfuerzo por adaptarse. Eso le dolió a Jo más aún porque su silencio fue tomado como señal de culpabilidad.

Se había equivocado; debió ventilar sus quejas en lugar de guardarse sus agravios por temor a causar fricciones en la casa, pero la sabiduría llegó demasiado tarde y ya nada podía hacer para alterar el curso de los acontecimientos pasados.

—¿Más champaña? —Rafe se levantó para servir en las copas los restos de la botella—. Supongo que tenemos motivo de celebración, ¿no crees?

Jo se sentó con rigidez en el borde de su asiento, y clavó la mirada en la copa que le era entregada, entonces comprendió que su vigor mental había menguado con el burbujeo del champaña.

—No me siento con ánimo de festejar nada.

Rafe alzó las cejas con sarcástico humor y se sentó en su sillón.

—¿No crees que el futuro asegurado de la Constructora Harris merece un brindis?

—¡En este momento desearía que la Constructora Harris nunca hubiera existido! —masculló y de pronto sintió tanto frío que dejó su copa sobre la mesa de centro y se acercó al fuego.

El reloj que estaba sobre la repisa marcaba las nueve y media. Las tensiones del día comenzaban a cobrar su precio en la joven. El control y la calma la abandonaron para dejarla presa del pavor al comprender, con espantosa lucidez, que estaba unida a Rafe contra su voluntad para darle el heredero que él deseaba. Sería una unión sin amor que la aterraba y le congelaba el alma.

—No puedo seguir con esta farsa, Rafe —sus manos se aferraron a la repisa de la chimenea y sus nudillos se pusieron blancos por el esfuerzo—. Sé que accedí a todo, pero… Pero es imposible. No puedo.

—¡Puedes… Y lo harás!

—Para ti todo es muy fácil, pero tú no tuviste que…

Las airadas palabras se ahogaron en su garganta cuando vio el endurecimiento de las facciones de su esposo.

—No tuve… ¿Qué?

—No tuviste que… Vender tu cuerpo para salvar a tu familia de la ruina —logró concluir Jo con voz sofocada.

—Pudiste negarte —le recordó él con brutal claridad.

—Pero no tenía muchas opciones, ¿no te parece?

—Sí, es cierto —convino Rafe, aspirando su pipa con una envidiable calma y lanzando una nube de aromático humo mientras observaba con ojos entrecerrados el agitado sube y baja de los senos de su esposa—. Estuvimos casados antes, Joceline. Entonces no te disgustaba la idea de compartir mi lecho. ¿Por qué ahora sí?

Jo se estremeció y volvió otra vez el rostro hacia el crepitante fuego.

—Porque ahora todo es tan calculado y frío…

—No hay nada de frío y calculado en hacer el amor.

Una oleada de histeria amenazó convertirse en carcajada y Jo tuvo que apretar los puños a sus costados hasta lastimarse las palmas con las uñas, en su esfuerzo por controlarse.

—Practicaremos el sexo con fines de reproducción —aclaró con frialdad—. Si eso no es frío y calculado, definitivamente no entiendo qué es.

Rafe no la contradijo.

Más tarde, cuando Jo se preparaba para acostarse, se preguntó si no habría sido mejor una réplica por parte de Rafe, que el aterrador silencio que siguió a su comentario.

Se ajustó el cinturón de su bata de baño y se sentó frente al tocador. Tenía el estómago anudado por la ansiedad al quitarse las horquillas de la cabeza y soltarse los largos cabellos. Iba a tomar el cepillo cuando el sonido de pasos que se acercaban la paralizó y el corazón le dio un doloroso vuelco en el pecho.

La pesadilla estaba a punto de comenzar, mas era una pesadilla de su propia elección y no había manera de escapar a ella.

Tomó el cepillo con una mano temblorosa y comenzó a cepillarse el cabello con un vigor nacido de la desesperación. En ese momento Rafe entró y cerró la puerta de la habitación.

Jo no lo miró, no tenía que hacerlo; era consciente de él con cada nervio de su cuerpo. Rafe se quitó la chaqueta y se le acercó por atrás. Su imagen masculina apareció en el espejo al lado de la de ella, y sin hablar, le quitó el cepillo de los temblorosos dedos y comenzó a cepillarle el cabello con suavidad.

Rafe solía efectuar esa tarea, pero ni siquiera la familiaridad de esta acción apaciguó la terrible tensión que la atormentaba. Luego Rafe dejó el cepillo y le pasó los dedos por entre el cabello, disfrutando la sedosa textura. Esa también era una experiencia conocida, lo mismo que la agradable sensación que titiló en la nuca de Jo.

—Tienes el cabello más corto que antes, pero sigue siendo igual de bello.

Jo no dijo nada. Sólo se le quedó mirando con las manos enlazadas en el regazo. Sabía que debía resignarse a lo inevitable, pensó al tiempo que esos ojos profundos se clavaron en los de ella a través del espejo.

Una extraña sensación sacudió a Joceline en el momento en que Rafe la hizo ponerse de pie, dejándola con un sentimiento de mortecina calma. ¿Era en realidad calma? ¿O acaso había perdido

la capacidad de sentir en absoluto?

Rafe la ciñó por la cintura, deslizando una mano hasta la parte baja de su espalda para estrecharla contra su duro cuerpo. Con la otra mano le tomó la barbilla para forzarla a mirarlo. Su profunda mirada escrutadora sostuvo la de Jo por un momento, luego inclinó la cabeza y posó sus labios en los de ella.

Jo permaneció muy tiesa. Ni aceptaba ni rechazaba la apasionada exigencia que la boca de su esposo imponía sobre la suya y comenzaba a felicitarse por su propio control cuando Rafe se apartó con brusquedad.

—¿Qué es esto, Jo? —preguntó con aspereza. Su gesto era sombrío y peligroso—. ¿Resistencia pasiva?

Las facciones de Jo permanecieron impasibles, mas había un brillo de desafío en sus ojos verdes.

—Te daré el hijo que deseas, Rafe, pero no esperes nada más de mí.

—Si piensas que voy a tenerte pasiva y sumisa en mis brazos cuando sé que eres capaz de una respuesta apasionada, estás muy equivocada, Joceline.

—Lo que sentía por ti hace cuatro años ha desaparecido.

—Yo no estaría tan seguro si fuera tú —espetó él, ciñéndola por la cintura con inusitada fiereza.

La expresión de su cara asustó a Jo. Apartó la cabeza para esquivar la boca de Rafe, pero éste la tomó del cabello de la nuca con puño implacable y de un tirón salvaje la obligó a volver la cabeza hacia él.

Un grito de dolor escapó de los labios de Jo, entonces la boca de Rafe descendió hasta la de ella, sofocando la queja. En erótica explotación invadió la húmeda tibieza y de repente el mundo comenzó a girar alrededor de la joven.

Jo no podía recordar con exactitud lo que sucedió después de eso, pero las manos de Rafe parecían estar en todas partes quitándole la bata y despojándola del camisón. De alguna manera él logró quitarse también la ropa y el impacto de la piel desnuda de su esposo contra la de ella le provocó una terrible languidez. La agresividad de Rafe la asustaba, puesto que nunca se había comportado así. Entonces Jo escuchó su propio grito de terror como si surgiera de otra garganta cuando él la echó sobre la cama para

aprisionarla allí con el peso de su enfebrecido y excitado cuerpo.

No había delicadeza en la forma en que Rafe le hacía el amor. Había una ferocidad apenas controlada en sus caricias, en sus besos y el modo de estrecharla; sin embargo, Jo comenzó a responder contra su voluntad y se despreció por no poder dominar la excitación que la enfebrecía.

«¡Oh, Dios… Ayúdame!»

Jo trataba de convencerse de que detestaba todo eso, pero no podía. Rafe encendió en ella fuegos que habían permanecido latentes desde hacía mucho tiempo y la joven ansiaba llenar ese vacío.

No podía creer que estaba realmente disfrutando esa unión física. Rafe no le estaba haciendo el amor, la estaba poseyendo y sin embargo el cuerpo de ella se movía con el apasionado y primitivo ritmo del deseo. Sus sentidos estaban llenos del sabor y el olor de Rafe y ya no trataba de apartarlo empujándolo del pecho, sino que ahora se aferraba a sus anchos hombros en sensual abandono.

—¡No! ¡Oh, no! —gimió cuando sintió esa dulce, pero dolorosa anticipación, creciendo de un modo insoportable en búsqueda de satisfacción.

Rafe se contuvo por un momento, tenía la respiración agitada y los músculos de su cuerpo temblaban tensos. Tenía los ojos turbios de deseo y estaban tan ensombrecidos que parecían negros cuando deslizó las manos al trasero de su esposa para llevarlos a los dos a la culminación con una serie de salvajes y vigorosas embestidas.

Jo quedó sin fuerzas bajo el peso del cuerpo de Rafe mientras oleadas de exquisitas sensaciones amainaban dentro de ella. La agitada respiración de Rafe le abanicaba la garganta. Él le olisqueaba el cabello y pasó largo rato antes de que el ritmo de su corazón se normalizara.

La cordura retornó lenta y penosamente para Jo, trayendo consigo un acceso de quemante vergüenza. Su cuerpo, tanto tiempo insatisfecho, la había traicionado y se despreció por sucumbir a esa necesidad primitiva que Rafe despertó en ella. Había saciado su cuerpo, pero su alma estaba vacía y humillada.

Rafe se apartó de ella y extendió un brazo para cubrirse los dos con la colcha. Permanecieron acostados uno al lado del otro largo rato, sin hablar ni tocarse, luego él se incorporó sobre un codo y se

inclinó hacia ella.

—¿Todavía sigues diciendo que ya no sientes por mí lo mismo que antes? —preguntó con una sonrisa de burlón triunfo.

—¡Maldito seas, Rafe! —profirió Jo, controlando el deseo de abofetearlo. Podía soportar cualquier cosa, excepto esa actitud de maligna satisfacción ante su humillante derrota—. ¡Maldito seas una y mil veces, Rafe Andersen!

—¿Por qué? —él alzó las cejas en burlona actitud de asombro y con suavidad le pasó una mano desde la sonrojada mejilla hasta el hombro—. ¿Me maldices por demostrarte que aún puedes desearme?

—¡Déjame en paz! —rugió ella, apartándole la mano con brusquedad y volviéndole la espalda para replegarse hasta el otro extremo de la amplia cama.

—Está bien, te dejaré en paz —rió él con suavidad y apagó la lámpara de cabecera que estaba de su lado de la cama—. Por ahora…

Jo apagó su luz también. Se alegró de la oscuridad y trató de hallar olvido en el sueño, pero una hora después seguía despierta, escuchando la acompasada respiración de Rafe.

¡Por ahora! Las palabras resonaban una y otra vez en su mente. Eso significaba que era sólo el comienzo. Jo se preguntó cómo sobreviviría a esos días y esas noches que la esperaban sin perder por completo la dignidad y el respeto de sí misma que aún conservaba.

Capítulo 4

Después de permanecer despierta la mayor parte de la noche no fue extraño que Jo se quedara dormida hasta tarde el domingo por la mañana, pero era algo que rara vez se permitía y se sintió culpable de que algo así le sucediera en su primera mañana en Satanslaagte.

Nadie dormía hasta tarde en la granja y Jo pudo imaginar el acerbo comentario que habría hecho Averil Andersen, de estar allí.

Elsie se estaba incorporando de meter una tarta al horno, cuando Jo entró en la cocina. El rostro de la mujer negra era una máscara de cortesía sonriente mientras se apartaba del horno y se limpiaba las manos en el delantal.

—Buenos días, Elsie —sonrió Jo—. Temo que me quedé dormida.

—El amo Rafe dijo que no la despertáramos.

¡Qué considerado!, pensó Jo con irónico cinismo.

—¿Quiere que le prepare algo para desayunar, madame?

¿Desayunar? La simple idea de alimento le revolvía el estómago. Sacudió la cabeza.

—Será suficiente una taza de té, gracias y la tomaré afuera en la terraza.

Elsie miró a Jo con desconcierto. Le parecía deplorable que la joven iniciara el día sin un desayuno decente y Jo no pudo dejar de sonreír, cuando vio a la negra sacudir la cabeza con desaprobación al tiempo que se volvía para conectar la tetera eléctrica.

Jo salió a la terraza y permaneció de pie con las manos apoyadas en la balaustrada mientras aspiraba el aire matinal del Karoo. Fritz, el pastor alemán, estaba echado al sol bajo los escalones que conducían al jardín; alzó la cabeza y bostezó cuando vio a Jo, luego volvió a acomodarla entre sus patas y pronto se durmió. Por primera vez Jo sintió envidia de un perro. Fritz no tenía ninguna preocupación en la vida.

Más allá del jardín estaban los pastizales donde se alimentaban las ovejas laneras de Rafe.

¡Rafe! La mirada de Jo se posó en las distantes colinas. Pensaba en la brutalidad que él mostró hacia ella, como si estuviera

impulsado por una ira profunda y no estaba segura de si esa ira iba dirigida personalmente a ella o si sólo la había utilizado como chivo expiatorio para su violencia.

El ruido de pasos atrás de ella disipó sus atribulados pensamientos. Al volverse vio a Elsie colocando una bandeja con el servicio de té en la mesa de mimbre con cubierta de cristal.

—¿Quiere que le traiga algo más, madame?

—No, gracias, Elsie —la sonrisa de Jo fue apaciguadora cuando notó un asomo de preocupación en el gesto de la mujer que la miraba con tanta atención—. Cuando termine de tomar mi té quizá vaya a dar un paseo por las colinas para estirar las piernas y si el señor Rafe llega antes que yo regrese, puede decirle dónde me encuentro.

Elsie asintió y se fue, y Jo se sirvió una taza de té antes de sentarse en una de las sillas de mimbre.

Mientras tomaba su té contemplaba los bien cuidados jardines. Su mirada estaba en los setos, pero su mente en otra parte. ¿Era así como iba a pasar sus días?, se preguntaba. ¿No tendría nada que hacer entre las comidas, como no fuera sentarse en la terraza a tomar té? ¡No! ¡No otra vez!

Jo terminó pronto y llevó la bandeja a la cocina. Cuando la joven salió para su paseo cerró de un golpe la puerta de malla y la extraña mirada de Elsie la siguió mientras atravesaba el patio. Su paso era firme y acelerado y ya cerca del cobertizo de esquileo se percató de que Fritz la seguía.

—Gracias, Fritz —le sonrió con languidez al animal—. Me viene bastante bien la compañía de un amigo en este momento.

Detrás de los establos podía verse la pequeña colina. El ascenso a la cumbre era empinado, pero a Jo siempre le gustó contemplar el panorama desde allí. El corazón trepidaba en su pecho y la sangre cantaba en sus venas cuando por fin se sentó en una roca lisa para recobrar el aliento. Siempre se sentía renovada y lista para afrontar sus problemas después del ascenso a la colina. Así se sentía ahora al contemplar el horizonte.

Las tierras de Rafe se extendían casi hasta donde la vista alcanzaba. Las ovejas pastaban en los campos o se reunían alrededor de los abrevaderos, pero conforme fuera acercándose el

mediodía, buscarían la sombra bajo las acacias que constituían parte de la escasa vegetación del Karoo.

Había dos hombres a caballo en uno de los pastizales más al norte. Apenas se distinguían entre los matorrales, pero Jo sabía que debían ser Rafe y Stan.

¿Qué harían al cabalgar así? ¿Contar las ovejas? ¿Verificar el buen estado de las cercas? Las preguntas que se agolpaban en su mente le hicieron comprender lo poco que sabía sobre las actividades de una granja ovejera. También tuvo tiempo de reflexionar sobre su propia situación. ¿Podría pasar el resto de su vida con un hombre que no la amaba? ¿Podría darle el hijo que él deseaba y luego renunciar a su propia carne y sangre para recobrar su libertad? Un carrizo delgado se quebró entre sus dedos.

—Lo quieras o no, Rafe Andersen, tendrás que aguantarme toda la vida —expresó en voz alta sus pensamientos—. Si he de tener a tu hijo, entonces me quedaré en Satanslaagte para criarlo y cuidar de él hasta que sea adulto.

¿Pero cuál sería su posición en la casa? ¿Qué esperaba exactamente Rafe de ella? No se lo había preguntado y él nada había dicho, pero era algo que definitivamente tenía que saber.

—Vamos, Fritz, es hora de regresar.

El perro respondió a su llamada y detuvo su loca correría en pos de un saltamontes para seguir a su joven ama colina abajo.

A pesar de los temores de Jo, Rafe fue a almorzar a la casa. Los ladridos entusiastas de Fritz anunciaron su llegada y el corazón de Joceline dio una loca cabriola en su pecho cuando lo vio entrar en el comedor.

Era una visión penosamente conocida la de ese hombre grande, curtido y viril vestido con su ropa de dril y sus botas de trabajo. El aroma a sol y campo se desprendía de él y temblaba en el olfato de Jo despertando recuerdos incautos y ella tuvo dificultad para librarse de esa extraña constricción en la garganta.

Rafe se reunió con ella a la mesa y se sirvió jamón con ensalada.

—¿Dormiste bien? —preguntó él con un asomo de burla en los ojos oscuros.

—Sí, gracias —replicó Jo con voz tiesa, esquivando la mirada y atacando la comida de su plato con un entusiasmo que nacía más

del bochorno que del apetito.

—Te veo la cara bronceada —comentó Rafe de improviso—. ¿Saliste a pasear esta mañana?

—Subí a la colina.

—Es bastante empinada.

—Lo sé, pero me gusta el ejercicio y siempre aprecié la vista desde allí.

Rafe alzó la mirada hacia ella, con gesto de interrogación.

—¿Ya habías subido antes?

—Muchas veces —Jo dejó su cuchillo y tenedor sobre el plato y se pasó una servilleta por la boca—. ¿Por qué te asombra?

—Nunca te gustó el Karoo y sin embargo, ahora me dices que solías subir a la colina para admirar el paisaje.

—No me disgusta el Karoo. ¿Qué dije o hice para darte esa impresión?

Rafe no respondió. Estaba mirando con fijeza algún punto encima del hombro izquierdo de su esposa y la expresión de furia que distorsionó sus facciones la amedrentó.

¿Qué había dicho para enfurecerlo así?

Los signos visibles de ira se disiparon, pero la tensión permaneció hasta que Elsie les sirvió el té y se llevó la loza.

—Tenemos que hablar, Rafe —exigió Jo con voz apacible cuando estuvieron solos—. Necesito saber lo que esperas de mí.

—Espero tenerte en mi cama por las noches.

Ella se obligó a guardar silencio mientras luchaba contra una oleada de resentimiento y furia.

—Eso ya lo sé demasiado bien, pero de cualquier manera me deja con mucho tiempo ocioso.

—El nuestro no es un matrimonio convencional, de modo que tenemos la libertad de vivir nuestra vida como se nos antoje y aparte uno del otro.

—¡Diantre, Rafe, no sigas fingiendo que no entiendes a lo que me refiero! ¡Quiero saber cuál es mi lugar en esta casa!

Rafe la miró con fijeza, dio un sorbo a su té y luego sonrió con cierta ironía.

—Puedes considerarte señora de la casa por el tiempo que decidas permanecer aquí y que conviertas este lugar en tu hogar o tu prisión depende por completo de ti.

Jo comenzaba a notar una vislumbre al final de ese túnel en particular, pero tenía que estar segura.

—En otras palabras —comenzó con cautela—, puedo hacer lo que me plazca, inclusive cambiar lo que desee en la casa siempre que no interfiera con la forma en que tú quieres vivir, ¿estoy en lo correcto?

—¡Exactamente! —exclamó Rafe, bebió el resto de su té y se puso de pie—. Ahora, discúlpame, tengo trabajo que hacer.

Jo apenas se atrevió a respirar mientras lo veía salir con paso firme del comedor. Lo oyó atravesar el vestíbulo y poco después una puerta se cerró con violencia.

Rafe había entrado en su estudio. Era su santuario privado y nadie, ni siquiera Jo, tenía acceso a menos que fuera invitado. Eso era lo que Averil había dicho y Jo así lo aceptó sin discusión, aunque ahora comenzaba a dudar muchas cosas. Averil había hecho lo posible para evitar que Jo estuviera a solas con su esposo y sin duda esa prohibición de entrar en el estudio de Rafe no fue sino una de sus estratagemas.

Jo terminó su té y llevó la bandeja a la cocina antes de irse a su habitación. Su mente estaba muy despierta, pero sentía un enorme cansancio. Cerró la puerta y se quitó los zapatos con un movimiento del pie, también se quitó la ropa y se puso una bata para tenderse en la cama en un intento por relajarse.

El silencio del domingo por la tarde tuvo un efecto soporífero en ella y un momento después dormitaba, pero una media hora más tarde despertó al oír el agua que corría en el cuarto de baño. Comprendió que debía ser Rafe dándose un duchazo, mas la idea no la alarmó.

Volvió a dormirse y cuando despertó encontró a Rafe parado a un lado de la cama; la blancura de la toalla ceñida a su cintura contrastaba con la bronceada piel. Tenía el cabello húmedo y lo había cepillado hacia atrás, entonces algo en la forma en que Rafe la miraba agitó un recuerdo borroso; sin embargo, esa expresión se disipó antes que Jo pudiera analizarla.

Rafe colocó una rodilla sobre la cama y luego se inclinó sobre su esposa, aprisionándola con una mano a cada lado del cuerpo. El pulso de Jo enloqueció y con la mirada recorrió los anchos

hombros, el pecho cubierto de rizados vellos y el estómago plano y tenso de su esposo.

—Déjame en paz, Rafe —pidió con voz enronquecida, luchando contra el impulso de someterse a la dominación masculina.

—Ojalá pudiera —gruñó él—. Pero estuve pensando en ti toda la mañana y no puedo sacudirme de la memoria la delicia que anoche viví en tus brazos.

—¡Oh, por favor! —con las mejillas encendidas por el bochorno, Jo le empujó los brazos en un esfuerzo por desasirse, mas en ese momento Rafe le deshizo el nudo del cinturón de la bata antes que ella pudiera impedirlo—. No, Rafe. ¡Por favor, no!

Sin embargo, Rafe no hizo caso a sus súplicas y una sensación de impotencia invadió a Jo. Resistirse sería inútil, de modo que se quedó inmóvil, pasiva bajo las manos que la despojaban de la bata. Los dedos de Rafe fueron diestros para desabrocharle el sostén, y la delicada prenda siguió el mismo rumbo de la bata. Lo único que quedaba ahora era la braguita de encaje sutil, pero pronto también fue despojada de ella.

—Ha pasado tanto tiempo… —mientras le quitaba las horquillas del pelo y le pasaba los dedos con suavidad por entre los sedosos rizos antes de contemplar con arrobo su sinuoso y terso cuerpo—. Tenía hambre de ti, Jo.

—¡Oh, Dios! —gimió ella cuando las manos de Rafe comenzaron a causar estragos en su sistema nervioso—. ¡Te odio por hacerme esto!

—Ódiame todo lo que quieras, mientras me sigas deseando… —no le quitó la vista de encima al despojarse de la toalla de la cintura, luego se inclinó sobre Jo—. No te resistas esta vez, Jo —murmuró, tomándole la boca en un beso embriagador.

Ella no se resistió. No hubiera podido; no cuando Rafe encendía ese delicioso fuego que sólo él mismo podía aplacar. No tenía caso pretender que no lo deseaba. Su mente podría seguir negándolo, pero su cuerpo la traicionaba constantemente y ella sabía que debería acostumbrarse a vivir con ese hecho tan humillante. Rafe podía saber que aún lo deseaba, pero jamás que todavía lo amaba. ¡Jamás! Prefería morir antes que volver a mostrarle lo que su corazón guardaba.

Durante las tres siguientes semanas Jo elaboró una agradable rutina para mantenerse ocupada y también para dedicarse a sus propios intereses. Al principio encontró cierta oposición entre la servidumbre cuando intervino en el cuidado de la casa y los jardines, pero de pronto se ganó la adhesión de los empleados gracias a su paciencia y comprensión.

El coche de Jo llegó por tren durante su primera semana en Satanslaagte, y ella se alegró de poder volver a movilizarse. Rafe había transferido el primer monto de un depósito mensual a la cuenta de su esposa. Jo lo descubrió en su primer viaje a la ciudad, pero la cuestión del dinero seguía siendo tema delicado para ella, así que retiró una cantidad de sus propios ahorros para comprar algunos artículos que necesitaba.

Entre sus compras figuraban unas agujas de tejer y estambre de algodón. Tejer era un pasatiempo útil y agradable. Lo que menos esperaba era que el interés de la servidumbre por su labor, terminara en dos clases semanales de tejido para las esposas de los trabajadores del campo.

Elsie fue la primera en pedirle a Jo que la enseñara a tejer y luego, una por una, fueron llegando las demás. Al final de su tercera semana en Satanslaagte, Jo enseñaba tejido a seis mujeres.

Fue durante la cuarta semana de Joceline en la granja, cuando Lorin Scheepers hizo su primera aparición. Jo estaba tomando el té en la terraza el miércoles por la tarde cuando una camioneta polvorienta se detuvo frente a la casa cerca de los escalones, con una brusquedad que hizo rechinar los neumáticos.

Jo se puso de pie, reconociendo a Lorin antes que ésta bajara del vehículo. Fritz también la reconoció y corrió a su encuentro ansioso por una caricia, mas Lorin pasó al lado del animal como si no existiera para dirigirse a la sombreada terraza.

Lorin no había cambiado. Aún acostumbraba sujetarse el negro cabello en una cola de caballo y al caminar todavía exudaba esa vitalidad un tanto masculina. Sus ojos azules como el cielo matutino, se posaron en Jo con esa expresión de desdén que tanto recordaba.

Jo permaneció de pie y erguida en silencio. Lorin hundió los dedos en los bolsillos de sus pantalones de dril y se apoyó contra la balaustrada, luego cruzó los pies.

—Con toda sinceridad, nunca creí que Rafe sería tan insensato de volver a casarse contigo, pero… —bajo la camisa parda los hombros de Lorin se encogieron un poco—, supongo que es asunto de él.

Típico de Lorin, pensó Jo. Nunca perdía tiempo en diplomáticos preámbulos antes de lanzarse al ataque. Alguien debía enseñarle buenas maneras, decidió. Entonces indicó con un ademán la bandeja del té.

—¿Gustas una taza de té?

Lorin rechazó la invitación con un gesto desdeñoso.

—Esta no es una visita social. Mis padres me pidieron invitaros a ti y a Rafe a cenar con nosotros este viernes por la noche. Es el cumpleaños de mi padre y hemos invitado a algunos amigos.

—Se lo diré a Rafe.

Lorin se volvió para marcharse, pero se detuvo al borde de las escaleras para dirigirle a Jo otra mirada de desprecio.

—No te adaptaste antes, ¿qué te hace pensar que lo harás ahora?

Jo esbozó una sonrisa forzada.

—Te lo haré saber cuando yo misma sepa la respuesta.

Una sonrisa malévola curvó los labios de Lorin.

—Te agradecería que le dijeras a Rafe que nos veremos mañana en el lugar de siempre.

Jo sintió como si una garra de hierro le apretara los pulmones, pero por fuera se mostró calmada y segura de sí misma.

—Se lo diré —prometió, mirando a su rival sin parpadear.

Jo se desplomó en su asiento cuando Lorin se marchó y se aferró, con manos crispadas a los brazos de su silla. ¿El lugar de siempre? ¿Cuál era el lugar de siempre? ¿Y por qué se reunían Lorin y Rafe allí?

Fritz se incorporó con un breve ladrido de gusto cuando Rafe apareció por un costado de la casa.

—Hola, muchacho —Rafe se inclinó para palmearle con afecto la cabeza antes de quitarse el sombrero de ala ancha y tomar asiento para servirse una taza de té—. ¿Fue a Lorin a quien vi marcharse? —preguntó por encima del hombro.

—Sí —la afirmación brotó en un resuello airado, pero Jo se controló enseguida—. Sus padres le pidieron que viniera a

invitarnos a cenar el viernes por la noche. Es el cumpleaños del señor Scheepers.

—¿Aceptaste?

—Le dije que te lo diría a ti.

—Me parece que es hora de que comencemos a aceptar invitaciones, además de nosotros también invitar a nuestros vecinos.

Todo era una farsa terrible. Después de casi cuatro semanas de matrimonio Rafe consideraba que era hora de que se exhibieran como una feliz pareja. ¡Pero todo era una mentira! Jo deseó reír a carcajadas, pero controló el impulso por temor a terminar llorando.

Se levantó lentamente y avanzó algunos pasos hacia uno de los extremos de la terraza. Eso le ayudó a controlar la sensación de histeria que la invadía.

—Lorin me pidió que te diera un mensaje —declaró Jo y se volvió a mirar a su esposo—. Dijo que te esperaba mañana en el lugar de siempre.

Rafe inclinó la cabeza para agradecer el mensaje, pero su expresión permaneció impasible. Terminó de beber su té y dejó la taza vacía en la bandeja.

—Llegaré un poco tarde para la cena esta noche —fue todo lo que dijo al tomar su sombrero y salir en la misma dirección por la que llegó.

Jo, con sentimientos encontrados lo miró alejarse. Estaba decepcionada, furiosa, dolida y… Tenía que admitirlo… ¡Celosa! No tenía derecho a esperar una explicación, pero supuso que al menos por cortesía, Rafe le ofrecería una.

—¿Cenará aquí esta noche la señorita Lorin? —quiso saber Elsie cuando Jo llevó la bandeja a la cocina.

—No la invité —hubo un asomo de desafío en la actitud de Jo al dejar la bandeja sobre la mesa donde Elsie pelaba patatas.

—Es hora de que la señorita Lorin se encuentre un marido en lugar de andar tras de…

—¿En lugar de andar tras de Rafe? —completó la frase Jo cuando el ama de llaves se interrumpió con expresión de bochorno —. ¿Es eso lo que ibas a decir, Elsie?

—Lo siento, madame.

—No tienes que disculparte. Ahora comprendo que te dabas

cuenta de más cosas de las que suponía.

Elsie se limpió las manos en un paño y se alisó el almidonado delantal antes de volverse hacia Jo con una expresión más seria.

—Me alegro que haya regresado, madame. El señor Rafe nunca fue el mismo desde que usted se fue y el año pasado…

Su voz se disipó en el silencio y sacudió la cabeza como si considerara que había dicho demasiado.

—¿Qué pasó el año pasado, Elsie? —la instó Jo con innegable curiosidad.

Elsie vaciló, luego se acercó a Jo y bajó el tono de voz casi a un murmullo como si temiera ser escuchada.

—El señor Rafe y la señora Averil tuvieron una terrible discusión el año pasado en abril, el día del cumpleaños del señor —explicó el ama de llaves, uniendo las manos a modo de imploración ante su generoso busto como si reviviera la terrible experiencia—. No pude oír sobre lo que discutían, pero el señor Rafe se fue de Satanslaagte al día siguiente y la señora Averil caminaba por la casa como alguien que estuviera al borde de la muerte. El señor Rafe regresó a la granja una semana después, pero parecía como si no hubiera comido ni dormido durante varios días; desde entonces se ha comportado como el mismo diablo.

Jo no supo cómo interpretar eso. Reconocía que había cierta manifestación de ira diabólica en todo lo que Rafe decía o hacía, pero no podía imaginarlo trabado en agresiva controversia con su madre, y a juzgar por lo que Elsie le dijo, debió ser violento el enfrentamiento.

¿Qué lo habría causado? ¿Y adónde se habría ido Rafe hecho una furia, para regresar una semana después en tal estado de descuido? Jo deseó conocer las respuestas a esas preguntas, pero dudaba de saberlas algún día.

Era tarde esa noche, y Jo yacía despierta escuchando la acompasada respiración de Rafe, cuando recordó algo más que Elsie le dijo: *"El señor Rafe nunca fue el mismo después que usted se fue"*.

¿A qué se refería Elsie con eso?, se preguntó Jo; sin embargo, sabía que esa interrogante también quedaría sin respuesta.

Jo condujo a Beaufort West el viernes por la tarde para recoger

el bolígrafo que había mandado grabar con las iniciales de León Scheepers. Esa noche sería la cena con los padres de Lorin, pero Jo no tenía muchas ganas de ir cuando regresó a Satanslaagte.

Estacionó su coche en la cochera detrás del Mercedes de su esposo y caminó hacia la casa, entonces vio una camioneta estacionada frente al ala izquierda de la casa donde se construían las habitaciones adicionales. A pesar de su creciente curiosidad no había querido ir a observar las operaciones de construcción, pero esta vez la curiosidad fue mayor que la discreción y se encaminó hacia allá con paso decidido.

Un joven negro vestido con un overol manchado de pintura, bajaba de la camioneta una de las varias cajas de madera. El muchacho llevó la caja adentro del edificio y Jo lo siguió.

Las ventanas estaban bien abiertas para dejar entrar el aire, no obstante, el olor a pintura fresca era muy intenso. Jo miró a su alrededor. Había un mostrador en un extremo del salón y más allá había una habitación más pequeña cuya ventana daba al jardín. Las dos habitaciones daban a un pasillo a través de una arcada y Jo iba a dar un involuntario paso en esa dirección cuando en el umbral apareció Stan, quien se detuvo en seco, visiblemente sorprendido por la presencia de Jo, pero un golpe seco seguido de una imprecación ahogada resonó por el pasillo, y Stan se volvió lanzando una mirada severa en esa dirección.

—¡Pret, ten cuidado con esos mosaicos, hombre! —gritó con enfado y recibió como réplica una especie de murmullo, luego se volvió hacia Jo con cortesía, pero evidentemente nervioso—. Buenas tardes, madame.

—Hola, Stan —sonrió ella—. Lo siento si te asustó mi presencia.

—No la oí entrar, madame.

¿Era esa una acusación o la simple declaración de un hecho?, se preguntó Jo mientras caminaba hacia el mostrador de madera que formaba una división entre los dos cuartos. Al llegar allí pasó los dedos por la pulida superficie. Había algo en el diseño de esas habitaciones que la perturbaba, pero no sabía qué era.

—¿Para qué se usarán estas habitaciones adicionales? —preguntó, consciente de que los negros ojos de Stan seguían cada uno de sus movimientos, pero cuando él no respondió ella se volvió. Stan miraba al suelo moviéndose sobre un pie y sobre el otro con

evidente engorro. Jo sintió lástima por él. No saciaría su curiosidad a expensas de otra persona—. Creo que estoy metiéndome en lo que no es de mi incumbencia, ¿verdad? Siendo ese el caso no haré más preguntas.

—Este es un apartamento para la señora Averil —respondió Stan de repente y sacó su pañuelo para limpiarse el sudor que le humedecía la frente—. Se mudará aquí cuando regrese de su visita a su hermana en Inglaterra.

Jo sintió el impacto de esa declaración como un golpe en la frente y por un momento el azoro le provocó un leve vértigo.

—Entiendo —asintió, pero no entendía nada.

¿Por qué se mudaría Averil de su casa para vivir en ese anexo? ¿Quién había tomado la decisión? ¿Averil? ¿Rafe? Pero, ¿por qué?

Suponía que Stan conocía las respuestas, pero no quiso abochornarlo más con sus preguntas.

—Por favor, madame —suplicó el hombre—. El señor Rafe me mataría si supiera que se lo dije.

Jo pretendió no entender la razón para esta reserva, pero le aseguró a Stan:

—Mis labios están sellados.

Capítulo 5

Jo le dio un sorbo a su licor de sobremesa y permitió que su mente se distrajera un momento de la conversación que tenía lugar a su alrededor.

La cena en la granja de los Scheepers no fue la dura prueba que imaginó. Había otros invitados, muchos de los cuales Jo no conocía, pero León y Anne Scheepers la recibieron con tanto afecto que Jo sintió como si los tres años que vivió separada de Rafe se hubieran desvanecido.

Lorin, empero, no fue tan amable como sus padres. Recibió a Jo con una fría y desdeñosa inclinación de cabeza y después la ignoró. En tanto, procuraba acaparar la atención de Rafe cada vez que se le presentaba la oportunidad.

Chris Scheepers, el hermano de Lorin, llegó tarde a la fiesta. Entró lleno de disculpas, cuando ya todos habían cenado. Su mirada recorrió el salón para posarse en Jo y esa afectuosa y cálida sonrisa que ella conocía tan bien la envolvió desde el otro lado del salón. Chris siempre estuvo cerca cuando ella necesitó un amigo y Jo siempre se lo agradecería.

La atmósfera en la fiesta fue jovial desde el principio, pero quizá Lorin merecía un especial voto de reconocimiento por hacer sonreír a Rafe más de una vez esa noche, pensó Jo mirando a la atractiva mujer. Lorin había colocado una mano posesiva en la manga de la chaqueta de Rafe para mirarlo, ladeando seductoramente la cabeza y él reía de buena gana con lo que Lorin le decía. Jo contuvo el aliento en un angustiado susurro que por suerte se perdió entre el clamor de las voces y las risas a su alrededor.

Había captado una vislumbre del Rafe de antes en esa risa que Lorin le arrancaba. En ese momento, Jo lo vio otra vez como el hombre de quien se había enamorado locamente hacia casi cuatro años, y su añoranza por aquel ser cálido y cariñoso fue tan intensa de repente que le provocó una punzada de dolor en el pecho.

Jo se sintió un poco mareada, y tomando su copa de licor, se disculpó del grupo de mujeres con las que departía. Necesitaba aire fresco, pero una mano la tomó del brazo antes que pudiera salir de la sala. Al volverse, se encontró con los risueños ojos de Chris

Scheepers.

—Toda la noche he querido charlar contigo a solas —comentó y la instó a sentarse en un banco que estaba abajo de una ventana abierta—. Me alegra volver a verte, Jo. Quería darte la bienvenida.

—Gracias, Chris.

Ella le hizo lugar a su lado en el banco y Chris la miró fijamente al sentarse.

—Sigues siendo una de las mujeres más bellas que he conocido —declaró él al fin—. Y creo que voy a enamorarme otra vez de ti.

Jo lo miró en azorado silencio y luego su suave boca se curvó con humor.

—Sospecho que estás flirteando conmigo, Chris.

—¿Y por qué no habría de hacerlo? —su sonrisa fue socarrona —. Sería interesante averiguar si Rafe es todavía capaz de sentir algo tan humano como los celos.

Jo quiso reír, pero controló el impulso.

—¿Qué te hace pensar que no es humano?

—Rafe no se ha mostrado muy humano durante mucho tiempo, pero quizá cambiará ahora que has vuelto a su vida.

Jo no supo qué decir. ¿Qué podía decir sin dejar ver a Chris que las cosas entre ella y su esposo no eran lo que debieran?

Al otro extremo del salón Lorin deslizaba las manos por la chaqueta de Rafe y sus dedos lo tomaban de las solapas al levantar la cara hacia él en una evidente invitación al beso.

—¡Hay ocasiones en que quisiera estrangular a esa hermanita que tengo!

La vehemente declaración de Chris obligó a Jo a apartar la mirada de la escena.

—No la juzgues con demasiada severidad, Chris. Está enamorada de Rafe.

—¿Lo sabías?

Una sonrisa sin humor tembló en los labios de Jo mientras miraba el rostro azorado de su interlocutor.

—Siempre lo he sabido.

—¡Lorin necesita un buen puntapié en el trasero!

—Quizá lo haga algún día —declaró Jo y su sonrisa se tornó maliciosa.

¡Gracias al cielo que todavía conservaba el sentido del humor!

León Scheepers escogió ese momento para aparecer en el umbral del atestado salón y hacerle una seña desesperada a su hijo. Chris dirigió a Jo una mirada de disculpa y se levantó para ir con su padre, pero cierto sexto sentido hizo que ella también se levantara y siguiera a los dos hombres al vestíbulo.

—¿Qué pasa, papá?

—Hubo un accidente —respondió León con evidente preocupación—. Parece que Eric estaba colocando unas cortinas para su esposa cuando la escalera resbaló y creo que cayó a través de la ventana del salón.

—Tú quédate aquí, papá —instruyó Chris—. Yo me encargaré.

Jo dejó su copa sobre una mesa cercana y siguió con presteza a Chris hacia la cocina, donde lo vio sacar de una alacena un estuche de primeros auxilios.

—Me gustaría ayudar, si es posible —sugirió Jo cuando Chris se incorporó. Este pareció vacilar, pero ella agregó—: ¿Has olvidado que soy enfermera titulada?

—No me gusta la idea de sacarte de la fiesta, pero creo que efectivamente necesitaré tu experiencia como enfermera —admitió él, tomando un manojo de llaves de un gancho que estaba en la pared, luego condujo a Jo fuera de la cocina—. Mi camioneta está estacionada acá atrás.

Jo sintió el frío penetrar a través de su vestido de fiesta mientras se apresuraban a través del irregular camino; sin embargo, olvidó su propia incomodidad cuando Chris detuvo la camioneta frente a una de las cabañas, donde ya se había reunido un gentío consternado.

Todo lo que quedaba de la enorme ventana eran los puntiagudos trozos de vidrio que aún sobresalían del marco, notó Jo mientras iba tras de Chris al interior de la cabaña.

Siguieron el sonido de voces que provenía de la cocina y allí encontraron al negro de rostro ceniciento tendido sobre un colchón en el suelo con un grupo de bien intencionados amigos rodeándolo.

El grupo se dispersó pronto cuando vieron a Chris y Jo. Sólo la mujer acuclillada al lado de Eric permaneció allí, y fue obvio para Jo que se trataba de la esposa del hombre lastimado.

—¡Gracias a Dios que vino, señor Chris! —exclamó la mujer con asomo de histeria en la voz—. Lo trajimos acá al colchón, pero no

hemos podido parar la hemorragia y ya no sé qué hacer.

El hombre tiritaba en evidente conmoción cuando Jo y Chris se acuclillaron a cada lado de él. Jo se apartó para tomar el botiquín y después remover las toallas empapadas en sangre para un rápido examen del herido.

Eric había sufrido varias cortes menores y raspaduras, pero las heridas que más preocupaban a la joven eran un corte largo en el brazo izquierdo y otro más profundo en el muslo derecho. La sangre manaba sin interrupción de las dos heridas y eso sólo podía significar una cosa: ¡Arterias cortadas!

—Ha perdido ya demasiada sangre y si no trabajamos deprisa perderá mucha más —anunció Jo y al volverse a mirar a Chris notó que su rostro se había puesto gris al ver tanta sangre.

—Se pondrá bien, ¿verdad, madame? —preguntó la esposa de Eric entre lágrimas y sollozos al darse cuenta de que Joceline era experta en esos menesteres.

—Por supuesto —aseguró Jo a la mujer con estudiada calma mientras aplicaba con los dedos de la mano derecha una firme presión a la arteria braquial a lo largo de la parte interior del brazo de Eric mientras que con la izquierda guiaba los dedos de Chris hacia la arteria femoral en la ingle del herido—. Aplica toda la presión que puedas —instruyó, y al alzar la cabeza, vio a Rafe entrar en la cocina con rostro sombrío y austero. No tuvo tiempo de preguntarse la razón de su presencia; sólo se alegraba de que estuviera allí—. Necesitamos más luz, Rafe.

Rafe se volvió hacia la lámpara que pendía en el centro de la habitación y ladeó la pantalla para que la luz diera directamente al accidentado que gemía sobre el colchón. Rafe sostenía la lámpara firmemente y al mismo tiempo hablaba con tono pausado con la consternada esposa de Eric, procurando calmarla y distraerla del espectáculo de su esposo sangrante.

Jo trabajó lo más rápido que pudo, pero le costó trabajo ocultar su preocupación al aplicar el torniquete final.

—Tienen que llevar a ese hombre al hospital lo más pronto posible, Chris —advirtió al incorporarse para ir a lavarse las manos al vertedero.

No tuvo que decir más. Rafe y Chris comprendieron la urgencia y no perdieron tiempo para levantar a Eric y llevarlo a la

camioneta.

Chris se aseguró de que el semiinconsciente Eric y su esposa estuvieran cómodos en la parte trasera de la camioneta antes de colocarse él al volante. Una vez instalado allí asomó la cabeza por la ventana del vehículo y dijo:

—Gracias, Jo. No sé qué habría hecho sin tu ayuda.

—Ya vete —lo instó Jo con apremio y momentos después las luces de la camioneta se perdían en la distancia.

La multitud de curiosos comenzó a dispersarse y Jo tiritó, percatándose hasta entonces del frío que tenía. Rafe la condujo al Mercedes que estaba estacionado cerca de la cabaña, luego se despojó de su chaqueta y se la entregó.

—Toma, más vale que te pongas esto.

—Gracias —murmuró Jo, deleitándose en el calor masculino que todavía emanaba de la prenda.

¿Estaba enfadado con ella? se preguntó, dirigiendo una mirada de soslayo al austero perfil. Rafe subió a su lado y puso en marcha el auto. ¿Debería disculparse por haber salido de la fiesta sin avisarle?

Las palabras "*Lo siento*" oscilaron precariamente en sus labios, pero luego recordó que Rafe había declarado que aparte de compartir el lecho conyugal, uno no debería interferir en la vida del otro.

¡Oh, Dios, cómo detestaba este matrimonio que no era matrimonio! ¡Odiaba estar tan cerca de él físicamente y tan lejos en lo emocional! Deseaba no seguir amándolo tanto. Deseaba…

Jo puso freno a sus pensamientos. Si seguía así terminaría por sumirse en la autocompasión y eso era lo último que quería.

La fiesta seguía su curso cuando Rafe estacionó el Mercedes a la entrada de la casa de los Scheepers. Jo se inclinaba hacia adelante para quitarse la chaqueta de Rafe cuando éste encendió la luz interior del coche y se volvió en su asiento para mirarla.

—Tienes sangre en el vestido —observó.

—Lo sé —ella dobló los pliegues limpios sobre la parte manchada—. La sangre se puede lavar, pero no puedo entrar en la fiesta así.

La expresión de Rafe pareció suavizarse, pero no, debió

imaginarlo a la tenue luz del coche.

—Iré por tu abrigo y tu bolso —indicó Rafe y tomó la chaqueta que Jo le entregaba para ir poniéndosela mientras caminaba hacia la casa con paso firme.

Jo se apoyó contra el respaldo del asiento mientras lo esperaba y clavó la mirada en las estrellas. ¿Por qué había tanta ira en Rafe? ¿Podrían volver a hablarse alguna vez sin esa corriente subterránea de furia controlada?

Jo estaba sentada frente al tocador cepillándose el cabello antes de acostarse y Rafe acababa de salir de la ducha, cuando se oyó el timbre del teléfono en el vestíbulo.

—Yo contestaré —declaró ella, dejó el cepillo en la mesa y se puso de pie.

Salió del dormitorio con premura y aceleró el paso hasta casi correr en el pasillo. Tenía la intuición de que era Chris, y tuvo razón.

—Llamé primero a casa y mi padre me informó que ya os habíais ido —comentó—. Pensé que quizá querrías saber que Eric acaba de salir de la sala de emergencia y el médico dice que tendrá que permanecer en el hospital al menos un par de días.

—Me alegro —suspiró Jo con alivio—. Estaba muy preocupada; te agradezco la llamada.

—Lamento que la velada tuviera que terminar tan pronto para vosotros.

—No importa.

Hubo un breve silencio y luego Chris preguntó:

—¿Se enfadó Rafe porque saliste conmigo de la fiesta de manera tan precipitada?

—No.

—¿No se puso ni siquiera un poco celoso?

—Ni un poco.

Si Rafe tan sólo se hubiera mostrado un poco celoso, entonces para ella habría esperanzas de…

—Supongo que me considerara inofensivo —observó Chris, interrumpiendo con su risa los pensamientos de la joven—. Pero qué poco sabe… —agregó, bajando la voz en son de broma a una especie de gruñido animal—. Hay en mí una bestia latente que

brota a la superficie cuando estás conmigo.

—No seas tonto, Chris —rió Jo—. Buenas noches.

—Dulces sueños, princesa.

Jo todavía sonreía cuando colgó el receptor, pero sintió que la sonrisa se le congelaba al volverse y encontrarse con la austera mirada de Rafe al otro lado del vestíbulo. Sus enormes manos estaban hundidas en los bolsillos de la bata de baño que dejaba descubiertas las musculosas piernas de las rodillas para abajo.

—Era Chris —informó Jo y una sonrisa sesgada curvó los labios firmes de su esposo.

—Eso supuse…

—Me llamó para avisarme que Eric está fuera de peligro —explicó Jo, obligándose a permanecer serena al apagar la luz del vestíbulo y preceder a Rafe por el pasillo hacia la habitación.

—No pude dejar de notar que estabas muy amigable con Chris después de la cena esta noche.

Jo comenzó a percibir el peligro y se estremeció cuando Rafe la siguió al dormitorio; pero no se dejaría intimidar.

—Si me portaba amable con él, es porque es mi amigo. Siempre me gustó charlar con él. Y me sigue gustando.

Unos dedos se afianzaron como garras en su brazo, lastimando su delicada piel. La expresión de Rafe era sombría y amenazante cuando la obligó a volverse a mirarlo.

—Chris estaba flirteando contigo y no vi que hicieras ningún intento por disuadirlo.

—Lorin te manoseó toda la noche y tampoco vi que la disuadieras… —replicó ella, convirtiendo el temor en furia repentina y desasiéndose con un brusco tirón.

—¿Estabas celosa? —se burló Rafe de improviso y Jo, de buena gana, pudo borrarle esa odiosa sonrisa del rostro, pero controló con firmeza el impulso.

—Esta conversación está lindando en lo ridículo —replicó con voz tiesa, luego se volvió hacia el tocador para cepillarse el pelo con inusitado vigor en un intento por desahogar parte de su furia—. Tenía entendido que nuestro matrimonio nos permitía vivir nuestras vidas por separado, ¿o no?

—Eres mi esposa, de cualquier manera —la voz de Rafe se convirtió en un profundo y amenazador gruñido—. Y no permitiré

que me avergüences en público alentando a otros hombres a flirtear contigo.

—No estaba alentando a Chris a flirtear conmigo… ¡Y aunque así fuera, no es asunto tuyo!

—¡Pues lo estoy convirtiendo en mi asunto! —ladró Rafe, con un gesto terrible mientras arrancaba de la mano de su esposa el cepillo para el pelo y lo lanzaba al otro lado de la habitación. Jo nunca lo había visto así antes y el corazón se le contrajo de terror—. ¿Me escuchas? ¡Lo estoy convirtiendo en asunto mío!

—No puedes hacerlo, Rafe —apuntó Jo con una calma que incluso la sorprendió a ella misma—. Si reclamas tu derecho a controlar mis acciones, yo tendré exactamente el mismo derecho en relación contigo y eso terminará con la libertad que has disfrutado estos últimos tres años.

La intención de Jo no fue hostigarlo, sino sólo aclarar un hecho que parecía evidente, pero Rafe palideció de ira.

—¡Gran Dios! —rugió y se irguió ante ella lanzando destellos de furia por los ojos—. ¡Podría…!

Se interrumpió de repente y esta vez fue Jo quien palideció. Rafe había alzado las manos para estrangularla, pero un instante después giró sobre sus talones y salió del dormitorio hecho un basilisco y cerrando de un portazo.

¿Qué diantre le sucedía? ¿Por qué se puso tan furioso? Él había planeado las condiciones, ¿por qué se enfadaba si ella actuaba de acuerdo a las reglas?

Jo comenzó de pronto a temblar con tal intensidad, que sus piernas apenas lograron llevarla hasta la cama y allí se desplomó con el rostro sobre la almohada ahogando un trémulo sollozo.

Un instante después se incorporó con brusquedad y se apartó un mechón de cabellos de la cara. *«¡De ninguna manera voy a llorar!»*, se dijo con firmeza. *«¡Ya he vertido demasiadas lágrimas en esta habitación y no voy a llorar otra vez!»*

Exhaló un suspiro audible y fue calmando poco a poco los temblores que la sacudían.

Rafe se acababa de comportar como un marido celoso. ¡Pero eso era absurdo! Todo lo que quería de ella era un heredero legítimo para Satanslaagte a cambio del préstamo que le había hecho a Danny, mas era obvio que la amistad de ella con Chris le molestaba.

¿Sería posible que…?

La joven regresó a la cama y junto con la lámpara apagó sus pensamientos. Se acurrucó en posición fetal y trató de dormir, pero la cama se sentía fría y solitaria sin Rafe.

Todavía estaba despierta, una hora después, cuando su esposo entró con sigilo en el dormitorio y se acostó al lado de ella sin encender la luz. El olor a tabaco se mezclaba con el aroma limpio, almizclado del cuerpo masculino y Jo se puso tensa. Si la tocaba ahora, Rafe se daría cuenta de que estaba despierta. Quizá ya había oído su corazón que trepidaba contra sus costillas. Permaneció muy quieta, apenas atreviéndose a respirar, pero su temor resultó innecesario, pues Rafe permaneció en su lado de la cama. Yacía de espaldas a ella y pronto, su respiración profunda y regular le indicó que ya estaba dormido.

Jo todavía tardó un poco más en quedarse dormida y por primera vez en varias semanas, volvió a sufrir ese terrible sueño que la acosaba con frecuencia.

Subía por esos conocidos escalones, pero en su sueño sus movimientos eran lentos y la escalera parecía interminable hasta que al fin lograba entrar en el apartamento de Tony Ribeiro, quien estaba sentado ante su mesa de trabajo cuando Jo irrumpía. Tony pasaba amorosamente las manos sobre una guitarra aún sin terminar, luego se volvía hacia ella y le sonreía.

—¿Quieres ayudarme, Jo?

—Ya sabes que te ayudaré, Tony. Sabes que lo haré.

La sonrisa en el hermoso rostro del muchacho se transformaba en una mueca de terrible ansiedad y alargaba las manos, buscando las de Jo, pero algo la retenía, evitando que los dedos de sus manos extendidas tocaran los de él.

—Es inútil, Jo. No puedo seguir.

—¡Puedes, Tony! ¡Puedes! —porfiaba ella, tratando de alcanzar sus manos, pero ya no estaba allí y de repente la escena cambiaba por completo, provocando en Jo un acceso de terror como sólo se podía sentir en los sueños.

Tony se apuntaba con un revólver a la sien y en sus ojos había una muda acusación que Jo no podía entender al tiempo que lo miraba curvar el dedo sobre el gatillo.

De pronto hubo un extraño y espantoso cambio en la conocida pesadilla. El hombre sentado en la silla de ruedas ya no era Tony, sino Rafe, que la miraba con ojos acusadores y sombríos y antes que ella pudiera impedirlo su dedo apretaba el gatillo. La sangre manaba del agujero abierto por la bala en la cabeza y un grito desgarrado brotaba de la garganta de la joven.

El grito aún brotaba de sus labios cuando despertó con sobresalto para descubrir que se había incorporado en la cama. Rafe se incorporó también a su lado, contemplando azorado a su esposa que respiraba con dificultad y sollozaba con una angustia infinita.

Rafe encendió entonces la lámpara de cabecera. Jo estaba desorientada; la pesadilla y la realidad se mezclaban en su mente mientras parpadeaba hacia la luz. Sentía como si tuviera encerrado en el pecho a un gato salvaje y tenía la boca seca. De pronto, miró con desconcierto a Rafe. ¿Era real o un fantasma?

Entonces Rafe la tomó en sus brazos y le pasó una mano por la cabeza.

—Ya, ya pasó. Está bien, Jo. Fue sólo un sueño —murmuraba con tono apaciguador—. Sólo un sueño.

¡Sólo un sueño! Los brazos que la consolaban eran muy reales, lo mismo que el musculoso cuerpo al que se aferraba como una niña atemorizada. ¡Gracias al cielo que sólo había sido un sueño!

Sus hombros comenzaron a temblar y sin importarle lo que Rafe pensara, se abrazó a él con más vehemencia, reprimiendo un llanto de alivio que manaba desde lo más profundo de su alma.

Rafe le deslizó la mano por entre los cabellos y tomándola con suavidad por la base de la nuca, le apoyó la cabeza contra el hueco de su hombro.

—Ya pasó, Jo —volvió a decir con tono tranquilizador—. Pero no contengas las lágrimas. Te hará bien llorar.

La sostenía como quien consuela a una niña. Las suaves caricias lograron apaciguarla hasta que el llanto cesó. Jo se relajó y exhaló un trémulo suspiro.

—¿Te sientes mejor? —inquirió Rafe por fin, sin dejar de acariciarle la cabeza.

—Sí, gracias —susurró ella contra la firme columna del cuello de su esposo.

Unas horas antes Rafe estaba tan furioso que ella casi temió que

quisiera matarla, y ahora era tan increíblemente gentil y tierno que Jo apenas se atrevía a hablar por no romper el encanto.

—No creí que hablaras literalmente cuando dijiste que todavía sufrías pesadillas sobre ese amigo parapléjico que murió —Rafe alzó la cabeza de la almohada y tomándola de la barbilla le apartó el rostro húmedo de lágrimas—. Estabas soñando con él, ¿verdad? —preguntó, escudriñando sus ojos.

—Sí —murmuró ella, tratando de apartar de su mente el terrible giro que tomó la pesadilla.

—¿Quieres hablar de ello?

—No —respondió y volvió a poner la cabeza en el consolador refugio en el tibio hombro—. Ahora no.

—¿Quieres que te sirva algo de beber? ¿Quizá una taza de leche caliente para ayudarte a dormir otra vez?

Jo movió la cabeza en réplica negativa.

—No quiero nada, gracias.

Todo lo que quería en ese momento era absorber la viviente calidez del cuerpo de su esposo para borrar de su mente y su corazón el horrendo sueño.

Rafe apagó la luz, hundiendo el dormitorio en las sombras, pero éstas no perturbaron a Jo. Se sentía tranquila y segura en los brazos de Rafe, ceñida a su largo y vigoroso cuerpo y percibiendo el acompasado ritmo de su corazón.

Rafe dejó de acariciar el pelo de su esposa para deslizar la mano por su espalda, y el firme y rítmico movimiento de sus dedos terminó por aplacar la tensión de Jo por completo.

Ella suspiró hondamente, relajando también su mente y se estiró contra Rafe, entrelazando sus piernas con las de su esposo de una manera conscientemente seductora. Quería darle las gracias, pero no estaba segura de cómo hasta que sintió contra su abdomen la creciente excitación de él.

Rafe gimió con suavidad e intentó apartarse, pero ella le deslizó la mano por un costado y lo retuvo tomándolo del firme trasero. Él emitió un jadeo, comprendiendo de inmediato el mensaje de su esposa, entonces su boca buscó la de ella con una avidez a la que Jo respondió sin reserva.

Se besaron profunda y apasionadamente, sus lenguas se unían en un erótico ritual que exacerbaba sus sentidos y acrecentaba su

excitación hasta que ambos alcanzaron la cúspide del deseo.

Rafe la ayudó a quitarse el tenue camisón y lo arrojó al suelo. Ahora no había nada entre ellos, eran piel contra piel y él la estrechó emitiendo un gemido casi animal que escapó de su garganta.

Jo tenía tanta hambre de él como Rafe de ella y se deleitó con la sensación de esos músculos duros bajo sus palmas cuando le pasaba las manos por la ancha espalda. Le acarició los hombros y deslizó los dedos por entre el cabello para guiar la cálida y sensual boca de su esposo a sus senos, donde él ya había incitado los pezones a turgentes y titilantes nódulos de deseo y placer.

La mente de Jo se fue olvidando de todo lo que no fuera el sabor, el olor y la sensación de Rafe. Él sabía con precisión cómo excitarla y explorarla con sutil sabiduría hasta llevarla al paroxismo del gozo. Y Jo se removía, serpenteaba debajo de él, estremecida por el ansia insoportable del deseo, pero por alguna razón desconocida Rafe mantenía el control sobre sí mismo.

—¡Muéstrame que me deseas, Jo! —gruñó contra su boca con voz apremiante y áspera—. ¡Tócame, por amor de Dios, y muéstrame que me deseas! —agregó, más explícito.

Durante las semanas anteriores Jo había sido la compañera reservada, casi pasiva en sus sesiones amorosas, pero ahora descartó esa reserva para complacerlo como él estaba complaciéndola. Deslizó una mano a lo largo del estómago tenso y plano hasta que sus dedos acariciantes se encontraron con la pulsante masculinidad, para sentirlo estremecerse al gemir de placer contra el cabello de ella.

Jo experimentaba una extraña sensación de poder sentir el magnífico cuerpo de su esposo temblar bajo su mano gentil, manipuladora, pero también acrecentaba su propia excitación, y estaba más que lista para recibirlo cuando Rafe la tomó por fin, con una salvaje pasión.

Sus cuerpos se fundieron en una llama de deseo y se movieron en perfecta y rítmica armonía demandando satisfacción. Sus sentidos se agudizaron hasta una intensidad intolerable y fueron ascendiendo en una espiral de emociones hasta perder el control. Juntos alcanzaron la cima de un clímax explosivo y delirante que los dejó casi sin aliento.

Por primera vez, Jo se sintió contenta después de hacer el amor con su esposo mientras yacía en sus brazos y escuchaba que sus corazones, poco a poco tomaban su ritmo normal. Su mente vagó dichosa al pasado, a aquella época en la que creía que Rafe la amaba y se aferró a ese recuerdo, deseando con toda desesperación creerlo otra vez, aunque fuera tan sólo durante las pocas horas que faltaban para el amanecer.

—Vaya, eso fue una verdadera revelación… —murmuró Rafe—. ¡Si después de tus sueños alcanzas tales cimas de pasión, entonces convendría que tuvieras estas pesadillas con más frecuencia!

Jo se apartó de él y pudo sentir las mejillas arderle de vergüenza y bochorno al incorporarse en la cama y cubrirse con la colcha. Nunca se había sentido tan vulnerable y ese matiz de burla en la voz de su esposo la hirió en lo más sensible.

Nada había cambiado. Por el bien de su familia había permitido que la compraran y la usaran. No había cabida para ninguna emoción sutil en este acuerdo matrimonial y no se permitiría volver a olvidar eso.

Saltó fuera de la cama sin encender la lámpara y buscó a tientas su camisón en el suelo.

—¡Eres un cerdo insensible, Rafe! —siseó con fiereza, recurriendo a la ira para calmar el dolor de la decepción—. ¡Y me desprecio por haber creído que eras otra cosa!

Rafe pareció encontrar divertida la andanada y su risa burlona siguió a Jo mientras ésta huía al cuarto de baño, donde pudo desahogar su ira y humillación vertiendo algunas lágrimas en privado.

Se sentía herida hasta el alma. ¿Cómo pudo creer, siquiera por un momento, que Rafe la quería, que abrigaba por ella un poco de amor?

Capítulo 6

Las nubes se deslizaban como tenues copos de algodón en el cielo azul, y hacía tanto calor al sol que Jo tuvo que quitarse la chaquetilla tejida antes de descender por la colina con Fritz corriendo junto a ella.

Dar una rápida caminata colina arriba por las mañanas antes del desayuno se había convertido en un ritual cotidiano que rara vez se perdía, pero esta mañana en particular había permanecido en la colina casi dos horas.

Había perdido la noción del tiempo mientras pensaba en su familia, preguntándose por qué no se comunicaban con ella. Jo solía escribirles cada semana desde su llegada a Satanslaagte, pero hasta el momento no había recibido ninguna respuesta. ¿No comprendían que estaba ansiosa por saber si las cosas habían resultado como esperaban?

—Llevé la bandeja del té a la sala, y tiene usted un visitante, madame —anunció Elsie cuando Jo entró en la cocina.

—¿Quién es?

—El señor Chris, madame.

Esto era inesperado y poco habitual. Chris no acostumbraba presentarse en Satanslaagte sin invitación.

—Gracias, Elsie —murmuró Jo y salió de la cocina en dirección al vestíbulo.

Chris estaba parado ante la ventana, mirando hacia el jardín, pero se volvió cuando oyó que Jo entraba en la sala y en su rostro se dibujó esa jovial e inocente sonrisa que ella recordaba tan bien.

Joceline le devolvió la sonrisa.

—Espero que no hayas esperado demasiado.

—Esperaría toda la vida por ti, Jo —advirtió él, llevándose a los labios la mano que ella le extendió.

—No digas esas cosas —lo reprendió Jo con suavidad, invitándolo a sentarse con un movimiento de la mano—. Sé que no hablas en serio, pero comentarios como ese pueden ser mal interpretados.

—No te molestaban antes —observó su amigo, mirándola con extrañeza cuando se sentaron uno frente al otro, delante de la

mesita de centro donde Elsie dejó la bandeja con el té y los panecillos.

—Las cosas han cambiado —explicó Jo sin pensarlo y se arrepintió enseguida al notar el súbito interés de su visitante.

—¿Ah, sí? ¿De qué manera?

Jo apartó la mirada e intentó cambiar la conversación.

—Será mejor que bebamos nuestro té antes que se enfríe.

Sin embargo, sintió la mirada de curiosidad de su amigo posada sobre ella durante el silencio siguiente mientras la joven servía el té y le ofrecía un panecillo.

—No has respondido mi pregunta, Jo —porfió él—. ¿En qué sentido han cambiado esta vez las cosas en tu matrimonio?

—No quiero hablar de ello.

—¿Por qué no?

—Ya dije demasiado, Chris —replicó Jo—. Mejor dejamos el asunto allí.

Chris la miró con gesto especulativo por un momento, mas luego asintió.

—Está bien, Jo, no preguntaré más. Pero siempre estaré dispuesto si necesitas alguien en quien confiar.

—Lo sé… Y te lo agradezco —dio un sorbo a su té y su tensión disminuyó—. Todavía no me has dicho a qué debo el placer de tu visita.

—Iba del hospital camino a casa y decidí pasar a verte.

—Espero que no tengas malas noticias. ¿Tuvo Eric una recaída?

Chris sacudió la cabeza.

—El paciente está reponiéndose y el médico dice que podría salir mañana.

—¡Me alegro!

Chris le sostuvo la mirada con expresión grave.

—Eric te debe su rápida recuperación y todos te estamos agradecidos.

Jo se abochornó por el elogio. Sólo había cumplido con un deber de humanidad, pensó.

—Toma otro panecillo —ofreció, para ocultar su turbación.

—¿Estás tratando de callarme, o de cebarme? —bromeó su interlocutor mientras tomaba el panecillo.

—Las dos cosas —admitió Jo, mirando con leve espíritu crítico

el larguirucho cuerpo de su amigo—. La otra noche no pude dejar de notar que en los tres años que no nos vimos perdiste mucho peso. ¿Has estado enfermo?

La inocente observación de Jo provocó una inesperada y sorprendente reacción. Los ojos de Chris se ensombrecieron con dolor y por un espantoso momento Jo pensó que iba a llorar, no obstante, él pareció recobrar el aplomo al ponerse de pie con brusquedad y caminar hacia la ventana. Allí se quedó, de espaldas a la joven, con las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones y los hombros abatidos.

Sin quererlo, Jo lo había lastimado y se preguntaba qué podía decir o hacer para remediar la situación cuando Chris se volvió y comenzó a explicar:

—El año pasado conocí a una chica. Alice Montgomery —declaró con voz quebrada y enronquecida por la emoción—. Íbamos a casarnos. Alice conducía su coche a la casa de sus padres para pasar la Navidad con ellos —hizo una pausa y su rostro se contrajo por el dolor del recuerdo—. Hubo un accidente.

La compasión constriñó el corazón de Jo.

—¿Murió?

—¡Algo peor! —la voz se le quebró y tardó un momento en recobrarse antes de volverse hacia Jo—. Ha estado en coma desde el accidente —hizo un gesto de impotencia con las manos—. Y las posibilidades de que salga del coma son mínimas.

Su expresión de angustia hizo que Jo se levantara y caminara hacia él.

—Lo siento mucho, Chris —murmuró y tomó sus manos entre las de ella.

Chris bajó la mirada a esas manos pequeñas y capaces que tomaban las de él y esbozó una leve sonrisa sesgada.

—Supongo que todos tenemos nuestros problemas y ciertamente no vine hoy aquí con la intención de agobiarte con los míos.

—Me alegro de que me lo hayas contado —le aseguró Jo con suavidad y lo instó a regresar a su asiento para servirle otra taza de té.

Media hora después, antes de marcharse, Chris disfrazó su profundo dolor tras su encantadora sonrisa de muchacho, pero el corazón de ella sangraba por él. Jo había trabajado demasiado

tiempo en un hospital como para desconocer el dolor y el sufrimiento soportados por la familia y los amigos de un paciente comatoso, y sólo podía rogar al cielo que en este caso la agonía no se prolongara demasiado.

Hablar con Chris la hizo olvidar sus problemas personales, pero al final de esa semana, cuando no recibió nuevas de Cape Town, decidió llamar a su madre. Marcó el número de su casa y el teléfono sonó durante largo rato antes que la llamada fuera contestada.

—Residencia Harris. Habla Lavinia Harris.

—Hola, mamá.

—¿Jo? ¿Eres tú, Jo? —fue la asombrada réplica.

—Por lo que sé, soy tu única hija, de modo que, ¿quién más te llamaría "*mamá*"? —preguntó Jo con una aspereza y un matiz de sarcasmo desacostumbrados en ella.

—¿Estás bien, Jo?

—Por supuesto que estoy bien —replicó con cierta impaciencia —. ¿Cómo están las cosas allí? ¿Qué sucede? He escrito cada semana, pero no habéis contestado ni una carta. Recibiste mis cartas, ¿verdad?

—Sí, sí las recibí y he querido escribirte, Jo, pero… En realidad… No he tenido tiempo.

Esa extraña vacilación en la voz de Lavinia despertó en Jo una sospecha que no supo definir en ese momento.

—¿Todo salió bien para Danny? —inquirió—. ¿Está todo resuelto en el negocio?

—Sí, pues… Claro, sí… Todo está… Muy bien.

—No pareces muy segura —observó Jo con suspicacia.

—Por supuesto que estoy segura —declaró Lavinia en tono más firme—. Tú sabes que yo nunca he tenido mucho que ver con el negocio, pero Danny me ha asegurado que todo marcha bien.

—¡Bien! —el suspiro de Jo fue audible—. Me alegro.

Lavinia era por naturaleza una mujer muy parlanchina, pero en esta ocasión se mostraba extrañamente reticente y Jo miraba al suelo de mosaicos de su cocina con ceño extrañado cuando la conversación terminó. Esperaba que hablar con su madre apaciguaría su mente, pero el resultado fue al contrario.

¿Sucedía algo malo, o ella se lo imaginaba? Danny debía de

saberlo decidió, volviendo a levantar el auricular y marcando el número de la oficina de su hermano.

La secretaria de Danny respondió la llamada y al reconocer la voz de Jo, la comunicó sin tardanza con él.

—¿Hola? ¿Jo? —la voz de Danny parecía agitada—. ¿Estás bien?

—Esa fue la misma pregunta que me hizo mamá cuando le hablé —replicó Jo con irritación—. Por amor de Dios, Danny, ¿por qué no habría de estar bien?

Hubo un breve silencio.

—¿Hablaste con mamá?

—Hace un momento. Parecía muy rara, como distraída. ¿Sabes que tuve la sensación de que no deseaba hablar conmigo?

Danny soltó la risa.

—¡Oh, Jo, estás imaginando cosas!

—Quizás… —concedió ella, pero no muy convencida—. ¿No me estáis ocultando algo? ¿Está enferma mamá?

—Te aseguro que mamá estaba en perfecta salud cuando salí de casa esta mañana. Escucha, Jo, debo colgar, tengo un asunto muy importante que atender —agregó de improviso—. Saluda a Rafe por mí, ¿quieres?

—Sí, claro, yo…

Pero no concluyó la frase al darse cuenta de que la comunicación ya estaba interrumpida. Se sintió extrañamente desolada al colgar el auricular.

¿Por qué tenía la sensación de que su madre y su hermano no querían hablar con ella? ¿Era su imaginación, o en realidad parecían nerviosos?

La serie de preguntas aumentaba a cada momento. Necesitaba respuestas, pero no recibía ninguna y si no salía de la casa un rato enloquecería de frustración.

Fue a dar un rápido paseo para aclararse la cabeza, pero cuando pasó ante la vieja bodega debajo de los establos, se detuvo de improviso para observar la construcción con techo de paja.

Todos los días pasaba cerca de la bodega camino a la colina, pero esta vez se dirigió con paso decidido al edificio. La pintura de la puerta de madera estaba muy descascarada y ella se preguntó si todavía serviría el aherrumbrado pestillo. Sí servía, pero los goznes

de la puerta chirriaron en protesta cuando Jo la abrió, y al entrar el olor acre y polvoriento la hizo arrugar la nariz.

La bodega estaba llena de embalajes y cajas de cartón, así como de herramientas viejas. Todo estaba cubierto con una espesa capa de polvo.

Era un espacio enorme, lo suficiente para albergar al menos a veinte personas y una idea cobró forma en la mente de Jo al mirar a su alrededor. Ese sería un lugar ideal para dar acomodo a las mujeres que asistían a sus clases de artes domésticas.

Jo salió con sobresalto de su contemplación momentos después, cuando un ratón pasó a toda velocidad a sus pies y ella se apartó de un brinco, haciendo caer con el brazo una caja de cartón que provocó un alud de cajas mas pequeñas, lo cual levantó una nube de polvo.

Jo estornudó… Y volvió a estornudar. Tenía que salir de la bodega, decidió, sin dejar de estornudar una y otra vez en su pañuelo de encaje. Se volvió y apenas había dado un paso en dirección a la puerta cuando el crujido de una pesada bota sobre la grava la hizo alzar la mirada para encontrarse con la masiva figura de Rafe, que vestido con ropas de faena le obstruía el paso.

El corazón le dio un vuelco. ¿Se habría metido donde no debía?

—¿Buscabas algo? —preguntó él.

Jo dejó de estornudar y no supo si había enfado o mera curiosidad en la pregunta.

—No, sólo… Me preguntaba si…

—¿Qué? ¿Te preguntabas, qué? —la instó Rafe al verla vacilar presa de súbita incertidumbre.

Jo se sonó y se secó las lágrimas que le había provocado el polvo, dándose tiempo para pensar. *«¿Me atreveré? ¿Se lo pido? ¡Oh, qué rayos!»*

—Me preguntaba si esta bodega se usa para algo en especial.

—Como puedes ver… —con un ademán abarcó el lugar—. Sólo se ha usado para guardar basura. ¿Por qué lo preguntas?

—El grupo de mujeres que asiste a mis clases de labores domésticas ha crecido tanto que me hace mucha falta un lugar para trabajar y esta bodega sería ideal si… Si me permitieras usarla.

Sus palabras parecieron suspenderse pesadamente en el ambiente mientras ambos se miraban fijamente. Jo contuvo el

aliento cuando Rafe apartó al fin la vista para recorrer con los ojos el lugar. Tenía apretados los labios y Jo notó que la mandíbula se endurecía. ¿Acaso se negaría?

—Hace falta reforzar dos vigas, tendrán que reemplazarse los marcos de algunas ventanas y a las paredes y el maderamen les vendría bien una capa de pintura —los ojos de Rafe se encontraron con los de ella al concluir su veredicto—. Las reparaciones podrían durar una semana, más o menos.

Jo se sintió un poco aturdida de alivio y emoción.

—Perfecto.

—Mañana por la mañana daré las instrucciones necesarias —indicó Rafe, volviéndose para irse.

—¡Rafe! —la mano de Jo sobre su hombro lo detuvo antes que pudiera salir, y en un impulso irresistible, ella se paró de puntas y lo besó en la boca—. Gracias.

Rafe la miró con extrañeza, con el cuello y los hombros tensos bajo las manos de su esposa y con expresión impasible, a no ser por una visible dureza en los músculos de la mandíbula.

—¿Echas de menos la vida de la ciudad?

La pregunta fue tan inesperada como su fría reacción ante el beso, entonces Jo bajó las manos a sus costados para apartarse de él, abochornada y confusa.

—No, no echo de menos la ciudad —respondió.

—¿Qué fue lo que te impidió adaptarte la vez anterior? —inquirió Rafe con ese matiz de enfado subyacente en su voz profunda y gutural.

Tu madre. Las palabras se agolparon en la boca de Jo, pero se obligó a contenerlas porque no habrían sido del todo ciertas. Gran parte de la culpa se la atribuía a sí misma, pero éste no era el lugar ni el momento para una confesión.

—Yo era más joven entonces y quizá un poco inmadura —replicó, esquivando la escudriñadora mirada de su esposo—. Pero, ¿eso qué importa ahora?

—Quizás no te impusiste lo suficiente…

Jo había descubierto por sí misma la verdad hacía mucho tiempo. En lugar de pelear sus derechos como esposa de Rafe, se replegó en su concha. El tiempo no erradicó el problema como esperaba y lo único que consiguió fue arrinconarse en una trampa

preparada por ella misma.

—¿Habrían cambiado las cosas si me hubiera impuesto? —preguntó, despreciándose por esa perpetua llama de esperanza que ardía en su interior.

—Probablemente no —concluyó Rafe, inclinando la cabeza para atravesar la puerta y dirigirse hacia los establos.

Jo sintió una extraña pesadez cuando regresaba a la casa. Después de cinco semanas de matrimonio con Rafe aún le parecía difícil adaptarse al sube y baja emocional en que se había convertido su vida. Había ocasiones en las que creía que la tensión entre ella y su esposo se aligeraba, pero luego, de improviso, Rafe sacudía y derribaba esa ilusión.

¿Por qué lo hacía? ¿Y por qué había ocasiones en las que tenía la sensación de que esa terrible y permanente ira en Rafe estaba dirigida contra ella? ¿Qué había hecho para merecer eso?

¡Más preguntas! ¡Cielos! ¿Cuándo recibiría respuestas?

Las actividades dentro y alrededor de la casa mantuvieron a Jo demasiado ocupada durante las siguientes tres semanas para entretenerse en preguntas para las que no podía encontrar respuesta. La bodega quedó limpia y reparada en una semana, como Rafe prometió; pero todavía pasó otra semana antes que se utilizara como salón de trabajo. Jo elaboró las cortinas, pero las mujeres amueblaron el lugar con viejos sillones y mesas traídos de sus casas.

Jo se alegraba de tener ese proyecto que la mantenía ocupada, pero ya había comenzado a mirar al futuro. Las clases de artes manuales terminarían a la larga y luego, quizá la bodega podría convertirse en clínica; pero eso estaba muy lejos todavía y no estaba segura de que Rafe accediera.

Las obras en el apartamento habían concluido también. No obstante, el anexo tenía una puerta abierta a la sala; esto permitiría a Averil un acceso directo a la casa, además de contar con una salida privada al jardín.

Jo aceptó el ruido y el alboroto de las labores de construcción sin chistar, pero las ocasiones en que intentó interrogar a Rafe sobre el apartamento, sus facciones se tornaban duras y ominosas, de modo que decidió a esperar hasta que él considerara pertinente darle alguna explicación.

Durante ese tiempo también recibió noticias de su madre. Lavinia Harris le escribió una carta agradable e informativa, pero Jo no podía sacudirse esa extraña sensación de que algo no funcionaba como debiera. Su imaginación corría desbocada. Algo no marchaba bien, pero por alguna razón le querían ocultar la verdad.

Jo salió de la casa una mañana para su habitual paseo por la colina. El aire estaba tibio y perfumado por la naciente primavera. El banco de nubes en el horizonte parecía hinchado con la promesa de lluvia, pero algunas veces, durante semanas y meses interminables en el Karoo, esas serían las únicas nubes que habría: Una promesa de lluvia en el horizonte.

Jo alzó la mano para protegerse los ojos del sol matinal para mirar en dirección a la propiedad vecina. La granja de los Scheepers estaba al este de Satanslaagte y el límite entre las dos vastas propiedades se hallaba a unos cien metros más allá de la ladera oriental de la colina. Jo no había visto a Lorin durante las últimas semanas, pero se había encontrado a Chris en una ocasión cuando estaba de compras en Beaufort West. Tomaron juntos el té y ella había notado consternada el aspecto triste y derrotado de su amigo, así como su palidez y melancolía.

Ahora, a punto de volverse, un movimiento captó la atención de Jo y con las manos a modo de visera, dirigió la vista hacia un punto más allá del límite Satanslaagte, donde un grupo de acacias crecía exuberante al lado de un molino de viento.

Un caballo estaba atado a uno de los árboles. Se trataba de la yegua que Chris solía montar y no cabía duda de que era él el que estaba sentado al borde del pozo.

Es extraño, pensó Jo. La única razón para desmontar en ese lugar en particular sería para reparar el molino o verificar si el agua corría normalmente, pero Chris no hacía ni una ni otra cosa.

¡Algo andaba mal!

Joceline se apresuró colina abajo por la ladera este con Fritz corriendo delante de ella.

—Vete a casa, Fritz. Vete a casa —ordenó al perro al llegar a la barda que delimitaba las dos propiedades. Fritz gimió y metió el rabo entre las patas, mas estaba bien adiestrado y obedeció—. Eso es, eres un buen chico —le alentó Jo.

La barda tenía más de un metro de altura y Jo trepó a ella con cuidado, procurando no resbalar. Cuando cayó al otro lado, aún le quedaban al menos otros cien metros que recorrer.

Chris todavía estaba sentado al borde del pozo de concreto a la sombra de las acacias cuando Jo se acercó al molino de viento. Estaba cabizbajo con los codos apoyados contra los muslos y las manos colgándole exangües entre las rodillas. Era la imagen viva de la desolación. No oyó a Jo que se acercaba y ella vaciló estando a unos pasos de él. Era, no obstante, demasiado tarde para preguntarse si tenía o no, derecho a entremeterse.

—¿Chris? —casi susurró el nombre y cuando él alzó la cabeza para mirarla, ella quedó consternada. Estaba sin afeitar, tenía los ojos vidriosos e inyectados y parecía haber envejecido muchos años —. Estaba caminando por la colina cuando vi tu caballo y pensé que sucedía algo. ¿Qué pasa, Chris? ¿Qué tienes?

—Llamaron esta mañana —explicó Chris con voz densa y acongojada y sus ojos se anegaron de lágrimas—. Está muerta, Jo. Alice murió.

—¡Oh, Chris, lo siento mucho!

Jo se le acercó para confortarlo y lo abrazó como a un niño con la cabeza apoyada contra su pecho.

—¿Sabes que incluso recé para que esto sucediera pronto? —confesó él—. Creí que me sentiría mejor cuando todo hubiera terminado, pero no fue así.

—Llevará tiempo…

Trató de tranquilizarlo, acariciándole el cabello hasta que el silencio fue roto por un crujido de las aspas del molino al ser impulsadas por la brisa.

—¡Oh, Dios! Creo que estoy haciendo un papelón, ¿verdad? —gimió Chris, apartándose de Jo con expresión abochornada.

—No, Chris —indicó ella con voz gentil—. Sólo estás portándote como un ser humano.

A Chris le llevó un rato recobrar el control de sí mismo y su voz era razonablemente serena cuando al fin le informó a su amiga de sus planes.

—Me iré a George esta tarde para ayudar en los arreglos del funeral.

—¿Irá alguien contigo? —quiso saber Jo, preocupada de que

Chris condujera hasta allí solo y en su estado emocional.

—Mi madre me acompañará —respondió y bajó la vista a sus polvorientas botas—. ¿Sabes? Esperaba esto desde hace mucho tiempo, pero de cualquier manera me consternó al suceder.

—Siempre es así.

Jo podía recordar todavía lo que su familia sufrió a la muerte de su padre, aun cuando todos sabían que nunca se recuperaría de una apoplejía.

—¿Qué voy a hacer, Jo?

—Dale tiempo al tiempo —sugirió ella con suavidad—. Y agradece al cielo que el sufrimiento de todos los que querían a Alice haya durado sólo meses y no años.

Él asintió.

—Sí, supongo que debería agradecer eso.

El molino de viento volvió a crujir y Chris se puso de pie. Su sonrisa esta vez carecía de alegría.

—Bien, creo que no puedo sentarme aquí todo el día a lamentarme cuando hay tanto trabajo que hacer.

—Ten en cuenta que el trabajo es una excelente terapia —lo animó Jo, poniéndose también de pie.

—Parece como si tuvieras experiencia en eso.

—La tengo —admitió ella con una sonrisa pesarosa, mientras caminaba al lado de su amigo hasta donde estaba atada la yegua—. Pensaré en ti, Chris y rezaré por ti.

—Gracias, Jo. Eres una buena amiga —la abrazó brevemente y le besó la mejilla antes de montar en su yegua—. ¿Quieres que te lleve en ancas hasta la barda?

—Caminaré, gracias —declaró Jo y Chris alzó una mano a modo de despedida antes de cabalgar hacia su granja.

Jo caminó con cierta tristeza hasta la barda para trepar por ella. La vida podía ser cruel con frecuencia y el destino había propinado a Chris el más duro de los golpes.

Estaba bordeando la colina en su camino de regreso a la casa cuando el sonido de los cascos de un caballo, sobre la dura tierra, la hizo detenerse ante la verja que daba al patio y volver la cabeza. Rafe cabalgaba hacia ella desde la arboleda que crecía con exuberancia a lo largo del cerco. Llevaba el ala del sombrero de

fieltro baja sobre la frente para protegerse del sol, pero incluso a esa distancia Jo pudo notar la dureza de su mandíbula y el gesto de desaprobación de su boca.

Fritz corría al lado del negro garañón, pero se adelantó cuando vio a Jo y corrió a su encuentro con entusiastas ladridos. Ella se inclinó para palmear la cabeza del animal, pero retrocedió dos pasos cuando Rafe desmontó y ató su caballo al poste de la reja.

—Cuando vi que Fritz regresaba a casa sin ti, pensé que habrías caído y te habías lastimado —los oscuros ojos de Rafe la penetraron de manera acusadora y hubo una furia controlada en su actitud cuando se echó atrás el sombrero—. Ahora ya sé para que servían esas caminatas matinales. ¡Son una cortina de humo para tus encuentros secretos con Chris!

Jo no supo si reír o rugir de furia, pero se sintió más inclinada a esto último. Supo que Rafe había estado observándola desde las sombras de los árboles del coto mientras ella consolaba a Chris y había sacado sus propias conclusiones.

—Alice Montgomery murió esta mañana —informó ella al fin con voz admirablemente controlada y serena y por la expresión de Rafe supo que él sabía de quién estaba hablando. No merecía una explicación, pensó Jo, pero de cualquier manera recibiría una—. Yo estaba arriba de la colina cuando noté que Chris se encontraba sentado bajo las acacias y no habría ido hacia él de no haber sospechado que algo andaba mal. La noticia de la muerte de Alice lo estrujó terriblemente y yo hice lo que pude como amiga suya, para consolarlo. ¿Tú no habrías hecho lo mismo?

Los ojos de Rafe se clavaron con intensidad en los de su esposa antes de apartarse de ella con brusquedad.

—¡Dios sabe que hay veces en que ni yo me conozco!

—Si esa es una disculpa, entonces la acepto.

—Un momento, Jo… —exigió él, poniéndole una mano sobre el hombro, antes que ella se volviera para alejarse.

Su rostro curtido y viril parecía distorsionado por el velo de las lágrimas de furia que inundaban los ojos de su esposa. Ella lo oyó mascullar algo que no entendió, luego Rafe la estrechó fuerte contra su vigoroso pecho. El olor a trabajo y sol se combinaban con el aroma de su loción cuando se apoderó de la boca de Jo en un beso que asaltó los sentidos de ésta. Ella quedó estremecida cuando al fin

Rafe la soltó para montar en su caballo.

—Nos veremos después —se despidió abruptamente y luego se marchó, espoleando al caballo a un rápido galope a través de la estepa.

Jo lo miró alejarse hasta que la imagen se convirtió en una mancha diminuta en la distancia donde el sol reverberaba. De repente, ella sonrió. Rafe no era tan indiferente como pretendía hacerle creer y esa idea la reconfortó durante el resto del día.

Capítulo 7

Jo estaba de ánimo reflexivo cuando dejó sus pendientes en el joyero de porcelana que estaba sobre el tocador; luego se quitó los zapatos blancos que había usado esa noche con su vestido lila. Pensaba en Chris y se preguntaba cómo soportaría la pérdida, cuando alzó la mirada y vio a Rafe salir del cuarto de vestir.

—Mi madre llegará a casa el sábado —anunció de improviso, quitándose la bata de baño para meterse en la cama.

¿Tan pronto? Las palabras retumbaron en la mente de Jo con una nota de pánico.

—¿Irás a recibirla al aeropuerto en Cape Town?

—Mandaré a Stan a recibirla.

¡Ahora! ¡Ahora se lo diría! ¡Tenía que decírselo ahora! Jo tomó el camisón que estaba doblado al pie de la cama y declaró con tono inocente:

—Veré que arreglen y ventilen su habitación.

—No será necesario —los ojos de Rafe retuvieron los de ella, pero sus facciones permanecieron inescrutables al apoyarse contra la almohada y pasarse los dedos por entre los cabellos—. Mi madre se acomodará en el apartamento que agregamos a la casa, y sus muebles y demás pertenencias serán trasladadas allá antes de que regrese.

—¿Por qué no me habías dicho esto antes?

—Porque no era necesario sino hasta este momento —señaló Rafe con una especie de desgano—. Además, no es asunto que te interese.

—Pero sí me interesa, Rafe.

El enfado la hizo sentarse en la cama. Por un momento se distrajo con el aura de masculinidad que Rafe exudaba y se quedó mirando el amplio tórax, luego sus ojos se deslizaron, involuntariamente, a lo largo de los vellos que formaban una V desde el firme y plano estómago hasta el sitio donde lo cubría la colcha. Sin embargo, Jo tuvo que controlar con firmeza sus sentidos. Esta era la oportunidad para encontrar una respuesta a todas esas interrogantes que la inquietaban y no dejaría pasar la oportunidad.

—¿Por qué se mudará tu madre de la casa?

El rostro de su esposo se endureció.

—Es mejor así.

Eso no le decía mucho a Jo.

—¿Mejor para quién?

—Para ella y para mí.

—¿Fue una decisión que tomasteis entre los dos?

—La decisión fue mía.

Había algo en esa declaración formulada con voz apacible pero tajante, que hizo pensar a Jo que no sería sensato seguir preguntando. ¿Sabría alguna vez la verdad? Suspiró para sus adentros y estaba a punto de volverse cuando Rafe le arrancó el camisón de las manos.

—No sé para qué te molestas en ponerte algo que sabes que te voy a quitar —murmuró Rafe con una nota de sensualidad que oscureció su voz y despertó en Jo una deliciosa sensación.

—Estoy tratando de mantener la poca dignidad que me queda —mantuvo una calma aparente a pesar de la traicionera aceleración de su pulso—. Dame eso, Rafe.

—Esta vaporosa prenda agrega misterio a tu cuerpo y parte de la emoción consiste en ir quitándotela poco a poco. Sin embargo, es mucho más excitante ver a una mujer desnudarse —había algo en la profundidad de sus ojos y en el sesgo sensual de la boca que estremeció con bochorno y placer a Jo—. Desnúdate para mí, Jo.

Los ojos de ella se llenaron de azoro y el rubor encendió sus mejillas.

—Debes estar loco si crees que voy a…

—¡Desnúdate, Jo! —interrumpió la indignada protesta con voz ominosamente suave, pero su sonrisa era a la vez burlona y desafiante mientras metía el camisón debajo de su almohada—. ¿O prefieres que te arranque a tirones ese lindo vestido del cuerpo?

Jo no dudó ni por un momento que Rafe sería capaz de cumplir la amenaza y sus manos se alzaron en un gesto de involuntaria protección al escote de su delicado vestido.

—Nunca me dejas mucha opción, ¿verdad? —acusó Jo con tensión mientras su mente buscaba frenética alguna forma de salir de esa situación.

—Bien, siempre podrías comprarte otro vestido.

—Detesto los gastos innecesarios —protestó sin poder contenerse y el brillo de triunfo en los ojos de su esposo la hizo comprender que había perdido.

—En ese caso… —sonrió él con sensualidad—: Desnúdate.

Jo deseó poder meterse debajo de la espesa alfombra y quedarse allí para siempre. Rafe se movió con impaciencia, y temerosa de que cumpliera su amenaza, Jo comenzó a desabrochar los diminutos botones de perla del frente del vestido.

Los ojos de Rafe eran como llamas. Saltaban a cada movimiento de las manos de su esposa al despojarse de la ropa y parecieron quemarle la piel cuando ella fue desnudándose ante su lúbrica inspección. La mirada ardiente se detuvo fascinada en los senos firmes y pequeños cuando ella se quitó el sostén, luego descendió para seguir la última prenda de sutil encaje al caer al suelo a lo largo de las torneadas piernas, y fue en ese punto donde Jo comprendió que ya no estaba abochornada, sino que titilaba con una extraña excitación al sentirse desnuda para él.

—Ven acá —gruñó Rafe, apartando la colcha y extendiendo las manos hacia ella con impaciencia.

Jo cayó encima de él, piel contra piel y sintió como si cada músculo del magnífico cuerpo de su esposo se acoplara a la suave femineidad del suyo. Rafe posó una mano sobre el firme trasero de ella para ceñirla más estrechamente y la otra en su nuca. Permanecieron así por un momento, mirándose con fijeza a los ojos hasta que él le tomó la boca con los labios.

La pasión al rojo blanco del beso encendió una llamarada de deseo en el cuerpo de Jo quien se sintió ávida por el de Rafe cuando éste apartó la boca de la de ella y le soltó el pelo de las horquillas que lo sujetaban. El cabello de Jo cayó como un velo de oro bruñido y ella experimentó en el cuero cabelludo una agradable titilación cuando Rafe hundió las manos en la sedosa espesura.

—Eres tan bella… —llamas de deseo saltaban de sus ojos entornados mientras trazaban los delicados contornos del rostro femenino—. Parece que no puedo tener suficiente de ti.

Jo deseó poder pensar en alguna mordaz réplica a esa declaración, pero su mente se negaba a funcionar con normalidad. Su cuerpo ansiaba satisfacción y por el momento eso era lo único que importaba, comprendió al bajar la boca hacia la de él en muda

invitación. Rafe probó los labios entreabiertos para explorar su dulce humedad y todo pensamiento coherente resultó imposible.

Hicieron el amor con una urgencia salvaje. Después, permanecieron abrazados y Jo apenas podía reconocerse en la impúdica y desaforada conducta que manifestó durante ese apasionado impulso hacia la satisfacción que su cuerpo le exigió.

¿Qué le estaba sucediendo?, se preguntó con agitación cuando Rafe apagó la lámpara de cabecera. Nunca había hecho el amor de ese modo tan frenético y salvaje, casi desesperado. ¿Tendría algo que ver con el hecho de que Averil Andersen regresaría a Satanslaagte al final de la semana?

Jo sintió que sus entrañas se contraían al pensar en la madre de Rafe y se desasió de los brazos de su esposo para incorporarse en la cama.

—¿Rafe? —lo tocó en el hombro—. ¿Estás despierto?

—Ahora lo estoy —masculló con cierta irritación en la soñolienta voz.

—No puedes hacer que tu madre viva en el apartamento.

—Todo está decidido —gruñó él, golpeando la almohada con el puño para darle forma y volver a acomodarse para dormir.

—¡No puedes hacerlo!

El silencio recibió la declaración y por un momento, Jo pensó que Rafe la ignoraría, pero luego éste encendió la luz de cabecera y se volvió de espaldas.

—¿Qué te hace pensar que no puedo? —preguntó con ceño adusto.

—Esta ha sido la casa de tu madre desde antes que tú nacieras, Rafe —arguyó ella—. No puedes confinarla ahora a un espacio tan reducido, por bonito y nuevo que esté.

—No confinaré a mi madre fuera del resto de la casa, simplemente le estoy concediendo un sitio en nuestro hogar, donde tenga absoluta libertad de hacer lo que le plazca —el ceño se tornó enfadado—. ¿Y puedo preguntarte, qué derecho tienes para cuestionar mi decisión?

—No la estoy cuestionando —replicó Jo con calma—. Sólo estoy tratando de apelar a tu sentido de justicia.

El rostro de Rafe se endureció.

—¡Sé lo que hago, Joceline!

El uso de su nombre completo era una clara advertencia de no proseguir con el tema y cuando Rafe apagó la luz, Jo se deslizó bajo las sábanas para permanecer acostada con la mirada clavada en la oscuridad.

Rafe podía tener sus razones para desear que su madre se mudara al apartamento, pero esto no tenía sentido para Jo, ni le parecía correcto. Averil Andersen era una mujer orgullosa, autócrata y había hecho todo lo que estaba en su poder para mantener su influencia en lo que consideraba sus dominios. ¿Qué pudo suceder para que aceptara la decisión de su hijo?

Era inútil tratar de desenmarañar la cuestión. Cuanto más lo intentaba, más confusa quedaba y suspirando con cansancio, cerró los ojos y trató de dormir.

Jo se acomodó en la sombreada terraza la tarde del sábado. Creyó que podría mantenerse ocupada con su bordado, pero éste permaneció intacto en su regazo mientras mantenía la mirada fija en el camino que conducía a la casa.

Deseaba que Rafe se apresurara a reparar la bomba de agua para que regresara a casa. La ansiedad que fue acumulando toda la semana ahora llegaba a su cúspide. ¡Si tan sólo Rafe llegara a casa! No quería estar a solas con Averil cuando llegara.

La joven tomó su bordado e intentó una vez más trabajar en él, pero unos minutos después volvió a dejarlo en su regazo. ¿Cómo reaccionaría Averil? ¿Se mostraría cortés o abiertamente hostil? Una moviente nube de polvo captó la atención de Jo y los músculos de su estómago se contrajeron. Pronto tendría las respuestas a sus dudas.

Se apresuró a entrar en la casa para avisar a Elsie que preparara el té y llevara la bandeja a la sala, luego volvió a salir a la terraza para esperar la llegada de Averil. ¿En dónde estaba Rafe, por Dios santo? ¿Por qué tardaba tanto?

Varios angustiosos minutos pasaron antes que el Mercedes gris metálico tomara el sendero particular en dirección a la casa, con Averil sentada cómodamente en el asiento posterior y Stan al volante.

Jo permaneció de pie en la terraza hasta que el vehículo se detuvo y no fue sino hasta que Stan salió del coche para abrirle la

puerta a Averil, cuando descendió por los escalones para recibir a su suegra.

«¿En dónde estás, Rafe?»

Averil Andersen era alta y todavía esbelta para sus sesenta y tantos años. Estaba ataviada con un elegante vestido azul de mangas largas y llevaba puesto su collar de perlas favorito. El cabello corto y estilizado era casi completamente blanco y Jo decidió que la mujer estaba casi igual que la última vez que la vio.

—Bienvenida a casa, señora Andersen.

Gracias a sus años de riguroso adiestramiento como enfermera, pudo mirar con aparente calma el arrogante rostro de la recién llegada.

No había calidez en los oscuros y evaluadores ojos que se posaron en los de Jo, quien comenzaba a creer que la mano que le extendía en saludo iba a ser ignorada, mas de repente percibió la firme presión de los fríos dedos de Averil.

—Debe estar cansada —comentó Jo.

—El viaje en coche desde Cape Town fue bastante agotador —admitió, y dejando que Stan se ocupara del equipaje, permitió a Jo que la ayudara a subir por los escalones para luego entrar en el fresco interior de la casa.

Elsie esperaba respetuosamente en el vestíbulo para darle la bienvenida a Averil e intercambiaron algunas palabras antes de que el ama de llaves regresara a la cocina. Jo condujo a su suegra a la sala, donde las esperaba una bandeja con té y panecillos.

Averil se sentó en uno de los sillones con un suspiro audible antes de echar un vistazo a su alrededor. Esos ojos oscuros y perceptivos eran muy parecidos a los de Rafe y no habrían dejado de advertir los pocos cambios que Jo había hecho en la sala, pero para asombro de la joven, su suegra no hizo comentario alguno.

—¿En dónde está Rafe? —finalmente Averil formuló la pregunta que Jo se había venido haciendo durante la última hora.

—Lo espero en cualquier momento, pero dijo que podíamos tomar el té si se demoraba; que no lo esperáramos.

Jo se sentó al borde del sofá para servir el té y sintió alivio al ver que su mano estaba firme cuando le ofreció a Averil la taza.

La tensa boca de Averil se relajó y por primera vez sonrió al servirse un panecillo del platón que Jo le extendió.

—Me alegra que Elsie recordara hornear mis panecillos favoritos de jengibre.

—Elsie estaba ocupada esta mañana, fui yo quien los horneó.

La sonrisa se desvaneció.

—No sabía que cocinaras.

Había mordacidad en el comentario, pero Jo decidió ignorarlo al mirar a través de la ventana que Rafe se aproximaba. *«¡Gracias al cielo!»*

—Hola, madre —saludó Rafe cuando entró en la sala y Jo se asombró ante la gélida actitud de su esposo.

—¡Rafe!

Averil permaneció sentada, pero había un aire casi patético en la forma como su rostro se iluminó cuando vio a su hijo y el corazón se le estrujó a Jo cuando Rafe se inclinó para besar con frialdad a su madre en la mejilla.

—Te veo bien, madre —comentó con una sonrisa tiesa al sentarse en el sofá al lado de Jo y aceptar la taza que ésta le ofrecía en silencio.

—Dijiste que disfrutaría una larga estancia con mi hermana y así fue. Pero es agradable regresar a suelo familiar.

A instancias de Rafe, Averil mencionó algunos de los lugares que visitó durante su permanencia en las islas Británicas; y mientras hablaban, Jo no pudo dejar de percibir cierto elemento de tensión que no existía antes entre Rafe y su madre. ¿Acaso era resabio de la disputa de hacía un año? ¿La querella que Elsie mencionó?

Por fin la conversación se disipó y hubo un silencio incómodo antes que Averil se inclinara hacia adelante para poner su taza vacía sobre la bandeja.

—¿Ya está listo mi apartamento?

—Todo está tal como lo querías —Rafe se puso de pie y ofreció a su madre una mano para ayudarla a levantarse—. Déjame que te lo muestre.

Jo también se había levantado, pero Rafe le indicó con un ademán que permaneciera en la sala y ella asintió en concordancia. Había temido ese momento y sintió alivio de que Rafe hubiera considerado innecesario que los acompañara.

Esperó hasta que la puerta que comunicaba con el anexo se cerrara antes de volverse hacia la ventana para mirar con actitud

reflexiva hacia el espacioso jardín donde el sol vespertino desplegaba sombras a través del bien podado césped.

El encuentro con Averil Andersen después de todos esos años no fue tan difícil como esperó. Aunque no estaba muy segura de qué era lo que había esperado, pero ciertamente no imaginó encontrarse con una versión encogida de la mujer que ella conocía.

¿Encogida? Sí, allí radicaba la diferencia que ahora existía en la relación entre madre e hijo. Un cambio cataclísmico debió ocurrir para colocar a Rafe como señor de la casa tanto como era señor de sus tierras y Averil se había empequeñecido en el proceso de entregar el control de sus dominios.

Jo oyó que se abría la puerta detrás de ella y, al volverse, vio que Rafe se acercaba.

—¿Está todo bien? —preguntó ella.

—Mi madre desempaquetará su equipaje y luego es probable que descanse un poco antes de la cena —la sonrisa de Rafe era irónica—. ¿De qué estabas tan preocupada?

—De nada —mintió Jo.

Rafe le tomó la barbilla entre el dedo pulgar y el índice de su mano derecha, y le alzó la cara para obligaría a mirarlo a los ojos.

—No sé si te has percatado, pero hay una vena a un lado de tu boca que suele palpitar siempre que estás nerviosa o agitada; y ha estado palpitando todo el día.

—No me gusta la idea de que tu madre se haya mudado de su propia casa —confesó Jo con renuencia—. No puedo dejar de sentirme culpable por ello.

El rostro de Rafe se endureció y su mano descendió a su costado.

—No tienes absolutamente nada de qué sentirte culpable —se volvió hacia la chimenea y seleccionó una pipa de las que estaban sobre la repisa—. Esa fue sugerencia mía y mi madre la aceptó sin vacilación.

—¿Fue una simple sugerencia, o una decisión que la dejó sin opción? —preguntó Jo con suspicacia, consciente de la habilidad de su esposo para manipular a la gente.

—Fue una sugerencia a la que no estaba obligada a acceder.

Jo trató de adivinar los pensamientos de Rafe mientras éste le ponía el tabaco a su pipa y la encendía, pero su expresión

permaneció impenetrable.

—Todavía no entiendo por qué hiciste esa sugerencia.

—Tuve mis razones y por el momento no quiero discutirlas —declaró con severidad, apretando con los dientes el tallo de su pipa, al tiempo que el humo brotaba de su boca mientras dejaba la cerilla en el cenicero.

—Pero creo que tengo…

"*Derecho a una explicación*", habría querido concluir, pero no tuvo oportunidad.

—¡Basta! —rugió Rafe con el humo saliendo de las ventanas de su nariz. Se quitó la pipa de la boca y Jo palideció ante la oscura furia que vio en sus ojos—. ¡Este tema ya no está abierto a discusión, Joceline! ¿Entendido?

—Sí.

Jo se sintió desfallecer. El suelo parecía moverse bajo sus pies, pero de alguna manera logró permanecer de pie hasta que Rafe salió de la Sala iracundo. Sólo entonces se desplomó en el sillón más cercano.

El mareo pasó pronto, pero Jo siguió sentada un rato más con una mano sobre su estómago. Ya no podía ignorar lo que le estaba sucediendo. El ciclo natural de su cuerpo se había interrumpido y durante las últimas semanas los repentinos accesos de mareo y náuseas eran frecuentes.

Estaba embarazada. Era casi indudable, pero sería más sensato guardar la noticia hasta confirmarla.

Averil parecía más fresca y descansada cuando llegó a cenar. Fue lo bastante cortés para no ignorar a Jo, pero casi sólo hablaba con su hijo. Jo no resintió ser dejada fuera de la conversación, ya que le daba la oportunidad de observarlos con más atención, aunque esto no la acercó a la verdad. Rafe se mantenía algo indiferente ante su madre, en tanto que Averil trataba a su hijo con gran cautela y ella habría dado cualquier cosa por entender la situación.

El café les fue servido en la sala y poco después de las nueve esa noche, antes de retirarse, Averil fue a su apartamento y salió casi de inmediato con una enorme caja envuelta con papel plateado y azul.

—Os compré algo como regalo de bodas en Waterford, Irlanda —declaró y colocó el paquete en la mesa con cubierta de mármol.

El reloj que estaba encima de la repisa de la chimenea marcó los segundos, pero Rafe no hizo intento de moverse hacia el regalo de su madre y Jo se removió nerviosa en el borde de su asiento.

—¿Lo… Abro? —preguntó, sintiéndose incómoda al alzar la mirada hacia Averil, quien permanecía de pie, muy tiesa.

Averil asintió y sus aristocráticas facciones no delataron lo que sentía. Jo se despreció a sí misma por el temblor de sus manos al desenvolver con cuidado el paquete.

Un tazón para ensalada del más fino cristal era el contenido de la caja y Jo exhaló un jadeo de admiración al sacar la hermosa pieza. Lo alzó para que Rafe lo viera, mas él lo observó con impasible expresión.

—Fuiste muy amable al pensar en nosotros, madre —agradeció Rafe con voz impersonal como si se dirigiera a una extraña; entonces Jo tuvo el impulso de ir a desempolvarlo cuando notó la expresión de pena y desilusión en los ojos de la anciana.

Colocó el tazón sobre la mesa y se puso rápidamente de pie para besar a su suegra en la mejilla.

—Muchas gracias por este hermoso regalo, señora Andersen.

—Me alegra que te haya gustado —replicó Averil con voz plana y su boca se curvó en una sonrisa sin calidez—. Buenas noches.

Jo tragó el nudo que se le formó en la garganta y parpadeó para contener las lágrimas que escocían sus ojos. En ese momento la puerta que comunicaba con el apartamento se cerró después de que la señora Andersen se marchara, pero al siguiente instante la furia y la indignación la hicieron volverse hacia Rafe para verlo repantigado en el sofá, con enorme desparpajo.

¿Cómo podía ser así?, se preguntó furibunda. ¿Cómo podía quedarse así, impasible ante el sufrimiento de su propia madre?

—No sé qué pudo suceder para cambiarte de manera tan monstruosa, pero creo de verdad que el hombre gentil y cariñoso que alguna vez conocí debe esconderse en alguna parte dentro de ti. ¡Te sugiero que lo busques, Rafe… Y pronto!

Salió de la sala hecha una furia y sus pasos resonaron en el vestíbulo antes de apagarse en el alfombrado pasillo. Rafe no hizo intento alguno por seguirla, y eso fue una bendición. Jo estaba peligrosamente al borde de las lágrimas y no quería, de ninguna manera, derrumbarse emocionalmente ante él.

Jo estaba perdida en sus pensamientos la siguiente tarde. Estaba sentada en la terraza cubierta y apenas se dio cuenta de que Elsie había salido de la casa con una bandeja de té que colocó sobre la mesa de mimbre.

Había visto a Averil a la hora del té esa mañana, pero fue a la hora del almuerzo cuando vio a Rafe por primera vez en ese día, mas su mal humor no había propiciado la conversación. Él salió del comedor en cuanto terminó de comer para encerrarse en su estudio y Averil se fue a su apartamento poco después.

Sola otra vez y demasiado inquieta para ir a acostarse, Jo tomó su labor de bordado en la sombreada terraza, pero su mente más que las agujas del bordado, fue la que trabajó.

Había hecho mucho calor todo el día, parecía verano más que el primer día de primavera, y estaba abanicándose con el patrón del bordado cuando el sonido de un coche que se aproximaba rompió el silencio de la tarde dominical.

Era el coche de Lorin, que levantaba el polvo del camino hasta detenerse bajo el frondoso olmo y Jo sintió aquella conocida tensión estrujarle las entrañas. Lorin y Averil se habían aliado en el pasado para hacerle la vida imposible, pero ya no lo permitiría.

Jo se levantó de su silla y forzó una sonrisa de bienvenida cuando Lorin comenzó a ascender por los escalones a la terraza.

—Buenas tardes, Lorin.

—No vine a verte a ti —anunció Lorin con insolencia pasando frente a Jo hacia la entrada de la casa.

—¡Lorin!

Esa helada nota de autoridad en la voz de Jo había detenido en seco a más de un abusivo interno en el hospital, y así resultó con Lorin. La joven se detuvo para volverse a mirar a Jo con expresión azorada.

—En ningún momento pensé que venías a verme —declaró con tono gélido—. Pero ésta es mi casa y lo menos que puedes hacer es mostrarte cortés.

Lorin se recobró pronto de su estupefacción.

—Esta nunca podrá ser tu casa, porque no perteneces aquí y nunca pertenecerás.

¡No perteneces! Esa vieja cantinela evocó dolorosos recuerdos,

pero Jo tenía que pensar en el futuro; y el futuro era el bebé que creía llevar en sus entrañas.

—Te equivocas, Lorin —replicó con firmeza—. Eres tú quien no pertenece, y a menos que muestres un asomo de decencia, no toleraré tu presencia en mi casa.

—¡No me puedes hablar así! —exclamó Lorin con arrogancia—. ¿Quién rayos crees que eres?

—¡Es mi esposa!

La voz de Rafe les llegó desde el lado opuesto de la terraza y Jo escuchó el jadeo de consternado azoro de Lorin cuando las dos se volvieron al mismo tiempo para verlo caminar hacia ellas con expresión feroz en el rostro.

—Jo es mi esposa —repitió con ominosa calma—, y apoyo cada una de sus palabras, Lorin. Si no puedes ser amable con ella, especialmente en su propia casa, entonces no eres bienvenida aquí.

Esta declaración de apoyo de su esposo envolvió en una confortante calidez el corazón de Jo, pero en Lorin tuvo el efecto contrario.

El rostro de la vecina tomó una palidez enfermiza y hubo veneno puro en sus brillantes ojos azules al encontrarse por un instante con los de Jo, antes de salir hecha una furia hacia el lugar donde había estacionado su auto.

Jo puso la mano con suavidad en el brazo de Rafe, a modo de agradecimiento mientras Lorin se alejaba en su coche y a toda velocidad por el sendero particular, mas la tensión de Jo no disminuyó al percibir la tensión de los músculos bajo su palma.

—Gracias por tu apoyo, Rafe.

La mirada de Rafe se suavizó y parecía a punto de decir algo, pero Averil escogió ese momento para asomarse a la terraza.

—¿No fue la voz de Lorin la que escuché hace un momento? —preguntó, mirando a su alrededor con curiosidad.

—Sí, madre —confirmó Rafe mientras los tres caminaban hacia la mesa de mimbre donde los esperaba el té.

—¿Por qué no se quedó a tomar el té con nosotros? —quiso saber Averil, dirigiendo una mirada interrogante a Jo, pero fue Rafe quien le respondió.

—Le dije a Lorin que no era bienvenida aquí si no podía tratar a mi esposa con decencia.

¡Oh! —susurró apenas casi con cautela, tras el tenso silencio que siguió a la firme explicación de su hijo, y Jo hubiera querido saber cuáles eran los pensamientos que bullían tras la hermética expresión de su suegra.

—¿Le sirvo té, señora Andersen? —preguntó Jo con una calma que estaba lejos de sentir.

—Sí, gracias —respondió Averil con ese tono sumiso que Jo todavía no podía comprender.

La Averil Andersen de tres años antes no habría cedido con tanta facilidad ante su hijo, pensaba Joceline, mientras bebían su té. Era Rafe quien solía ceder casi siempre, permitiendo que su madre lo manipulara a su antojo.

Las preguntas que revoloteaban ahora en su mente eran repetitivas, y sabía que debía acallarlas o se volvería loca por la incertidumbre.

Capítulo 8

No fue sino hasta el miércoles de la siguiente semana cuando Jo tuvo la oportunidad de consultar al médico. Él no pudo confirmar a simple vista sus sospechas de estar embarazada, pero le prometió tener los resultados de sus exámenes ese mismo día.

Una tibia brisa agitaba el polvo en la estepa y esa mañana al regresar de la ciudad en su coche, Jo vio las nubes aglomerarse con promesa de lluvia en el horizonte. Sin embargo, ya sabía con qué facilidad las nubes se disipaban cuando llegaban a las áridas planicies del Karoo.

Hacía falta lluvia. Jo llegó a esta conclusión mucho antes que Rafe lo mencionara durante el desayuno. Todo mundo rezaba para que lloviera y después de eso seguirían rezando, pues nada se temía más en el Karoo que los largos y áridos meses veraniegos.

Jo estaba sola en la casa después del almuerzo esa tarde cuando recibió la llamada que había estado esperando. Las pruebas eran positivas. Estaba embarazada del hijo que Rafe había exigido a cambio del préstamo.

Sintió deseos de llorar al sentarse temblorosa en la silla que estaba junto a la mesa del teléfono. Estaba casi segura de su embarazo, pero el ver confirmadas sus sospechas fue un verdadero impacto.

No, no era el impacto lo que le provocaba deseos de llorar. Lo que en ese momento sentía era miedo. ¿Cómo reaccionaría Rafe ante la noticia de que iba a ser padre? Si todo resultaba bien tendría su heredero antes del invierno del año siguiente ¿Luego qué? ¿Se convertiría ella en un apéndice indeseable al lado de su esposo, una vez cumplida su parte de ese odioso arreglo?

¡No! La palabra ascendió como un grito angustioso desde lo más profundo de su alma y resonó en su mente como una sirena.

Jo era otra vez dueña de sí misma cuando más tarde se reunió con su suegra para tomar el té en la sala. Había servido el té y estaba ofreciendo a Averil uno de sus panecillos favoritos de jengibre cuando oyó los cascos de un caballo aproximarse a la casa.

—Algo anda mal…

Averil dio voz a los pensamientos de Jo y no pasaron ni dos minutos cuando Elsie apareció ansiosa en el umbral de la sala.

—Es Stan, madame —informó dirigiéndose a Jo—. Dice que Klara comenzó con los dolores del parto y que la partera está enferma de bronquitis. Stan no sabe si habrá suficiente tiempo para llevar a Klara al hospital y quiere saber si usted podría venir y ayudar.

Jo dejó su taza de té en la bandeja y declaró con calma:

—Dile a Stan que estaré en su casa lo más pronto que me sea posible, que él vaya a su casa para estar con su mujer.

Elsie salió a toda prisa para dar el mensaje, en tanto Jo se disculpaba con su suegra para ir a su habitación a recoger su maletín médico.

A punto de salir le pareció conveniente dejarle un mensaje a Rafe con su madre, y cambió de dirección para hacer un apresurado rodeo por la sala.

—Si no regreso antes de la cena, señora Andersen, ¿quisiera explicar a Rafe la situación?

—Por supuesto —asintió Averil mirando a su nuera con aire crítico—. Aunque pienso que no es sensato que intervengas en algo de lo que no sabes nada y te sugiero que convenzas a Stan de que el hospital será el mejor sitio para su esposa.

Jo se encrespó. Calma, se dijo.

—Como parte de mi capacitación me enseñaron obstetricia, señora Andersen, y tenga por seguro que sabré qué es lo que más le conviene a Klara después que la examine.

Giró sobre sus talones y se fue, sin importarle en ese momento si su réplica había molestado a su suegra. Tenía cosas más importantes de las cuales preocuparse y el clima era uno de ellos, comprendió al mirar al cielo con inquietud.

Las nubes se habían acumulado en el curso del día y parecía que estaba por desatarse una tormenta. Podía ver relámpagos en la distancia y las primeras gotas de lluvia golpearon en el parabrisas de su coche al acercarse a la cabaña de Stan, donde su caballo aún estaba atado al poste de la cerca.

Un inesperado relámpago acompañado de un trueno sacudió la tierra cuando Jo salió del coche para correr hacia la puerta de la

cabaña y no pudo dejar de sentir compasión por el asustado animal.

Tocó a la puerta de la cabaña antes de abrirla y entrar con premura para escapar a la violencia de la inminente tormenta y estaba atravesando una pequeña sala amueblada con sencillez, pero con esmero, cuando los sofocados gemidos de Klara la condujeron a su habitación.

Klara yacía en la cama, su rostro de tono oliváceo registraba el dolor y estaba cubierto de sudor. Stan estaba sentado a su lado en una silla, pero saltó en el momento en que vio a Jo; su expresión fluctuaba entre el alivio y la ansiedad.

—Gracias por venir, madame —dijo Klara, sonriendo a pesar del dolor de las contracciones y Jo le tomó la mano entre la suya y se la apretó para tranquilizarla.

—Quiero examinar a tu esposa, Stan, ¿por qué no vas a meter al caballo al establo antes que se desate la tormenta?

Stan asintió y se puso de pie para salir, pero se detuvo en el umbral para dirigir una mirada ansiosa a su mujer.

—No tardaré —le prometió y enseguida se fue.

—No quiero ir al hospital —declaró Klara con preocupación en el momento en que estuvo sola con Jo—. Si usted puede ayudarme, madame, prefiero que mi bebé nazca aquí en la casa.

—Si el nacimiento se está desarrollando con normalidad, no veo ninguna razón por la que el bebé no deba nacer en casa —Jo colocó su maletín sobre la silla que Stan había dejado y lo abrió para sacar los instrumentos que necesitaba—. Ahora, veamos como estás, Klara.

La lluvia impulsada por el viento azotó una ventana y los cimientos de la cabaña parecieron sacudirse con cada trueno, en tanto Jo proseguía su examen. Un pensamiento alarmante la acosó de repente: ¿Estaría transitable el camino después de este diluvio? Reflexionó sobre esto por un momento, pero luego un asunto más importante ocupó su mente.

—Parece un nene grande, Klara —opinó por fin—. Sus pulsaciones son fuertes y como todo parece desarrollarse correctamente no veo razón por la cual el bebé no pueda nacer aquí, pero de cualquier manera va a llevar cierto tiempo.

Klara pareció tranquilizada y una expresión soñadora apareció en sus ojos oscuros.

—No quiero tener más hijos después de éste, de modo que ojalá sea varón.

—Supongo que después de tener tres hijas, tú y Stan estaréis ansiosos por tener un niño —sonrió Jo mientras le alisaba las sábanas—. Y hablando de hijas, ¿en dónde están?

—La hija de Elsie, Violet, las está cuidando hasta que todo haya pasado. Dormirán en su casa esta noche y… ¡Oh!

La explicación fue interrumpida por otra contracción y Jo deslizó una mano bajo la sábana para colocarla contra el duro y distendido abdomen de la mujer.

—Sólo trata de relajarte, Klara —la instruyó con voz calmada—. Respira profundo a través de la nariz. Eso es. Ahora deja escapar el aire poco a poco por la boca. Muy bien… Así…

Klara siguió con precisión las indicaciones de Jo y poco después las contracciones fueron menos dolorosas.

Una puerta se azotó en alguna parte de la casa y un momento después Stan entró en la habitación.

—¿Cómo está? —preguntó con ansiedad.

—Todavía faltan cerca de dos horas para que nazca el bebé, pero tu mujer está bien.

—Deja de preocuparte por mí, Stan —reprendió Klara a su esposo con ternura.

—¿Estuviste presente en el nacimiento de tus hijas, Stan? —le preguntó Jo cuando él se sentó sobre la cama al lado de su esposa y Stan negó con un movimiento de cabeza.

—La comadrona decía siempre que éste no era lugar para un hombre y que debía esperar afuera hasta que todo terminara.

—¿Quisieras estar presente esta vez?

Stan dirigió una mirada interrogante a Klara, luego miró a Jo y asintió.

—Gracias, madame, me gustaría quedarme.

El bebé de Klara nació a las siete y cuarto esa noche cuando la tormenta alcanzaba su máximo de violencia y Stan había sostenido la mano de su esposa para apaciguarla con palabras cariñosas durante todo el trauma del parto.

—¡Es un niño! —exclamó emocionado cuando, con una leve palmadita de Jo, el bebé lanzó su primer chillido—. ¡Es varón, Klara!

—¡El Señor sea alabado! —fue todo lo que Klara dijo y había lágrimas de alborozo en sus ojos cuando sostuvo a su criatura.

En ese momento Jo no pudo dejar de pensar en la nueva vida que crecía dentro de ella y sintió una profunda emoción al contemplar la tierna escena. Esta no era la primera vez que asistía al milagro del nacimiento, pero nunca antes la había conmovido tan profundamente.

Todavía llovía mucho a las ocho y media esa noche cuando Jo tomó su maletín y se inclinó sobre la cuna. Sonreía al rozar con la punta de un dedo la suave mejilla del recién nacido, pero su sonrisa se desvaneció cuando se incorporó para dirigir una mirada clínica a la madre. Klara estaba acostada, apoyada contra las almohadas. Parecía exhausta, pero el agotamiento no disipaba ese brillo de orgullo y alegría que iluminaba su rostro.

—Te sugiero que hagas lo que está haciendo tu hijo, Klara —aconsejó Jo con amable severidad—. Descansa.

—Me dormiré ahora —prometió Klara, buscando la mano de Jo para apretársela con fuerza—. Dios la bendiga, madame, es usted muy buena.

—Vendré otra vez por la mañana, pero no duden en llamarme si necesitan algo.

Klara asintió y Jo echó una última mirada al bebé dormido antes de volverse hacia la puerta, donde Stan la esperaba con un paraguas para acompañarla hasta el coche.

—Conduzca con cuidado, madame Jo —aconsejó Stan cuando Jo se sentó al volante—. El camino va a estar lleno de lodo con esta lluvia.

—Tendré cuidado —prometió Jo—. Buenas noches, Stan.

Era una noche oscura. A la distancia, el cielo era rasgado por los relámpagos y seguía lloviendo tan densamente que los limpiaparabrisas apenas lograban apartar el agua. La visibilidad era mala y Jo conducía con lentitud por el resbaladizo camino de la hacienda; mas aumentó la velocidad cuando los neumáticos tocaron terreno firme.

El camino se volvía sinuoso al ascender, luego descendía abruptamente y volvía a subir. Ya estaba cerca de casa, pensaba Jo con cierto alivio mientras libraba las curvas, mas cuando giró hacia

un declive, el corazón le saltó a la garganta con espanto. El coche patinaba y los neumáticos resbalaban peligrosamente en el lodo. Cambió pronto de velocidad y por un milagro logró mantener el coche en marcha hasta sentir que el vehículo tocaba terreno más seguro.

—¡Gracias a Dios! —murmuró con un suspiro de alivio, pero no se volvió a relajar ante el volante hasta que vio las luces de la casa por entre los árboles.

Guardó el coche en la cochera y se apresuró hacia la casa. La distancia entre la cochera y la puerta de la cocina no era mayor de veinte metros, pero su vestido de algodón sin mangas no ofrecía ninguna protección contra el agua que caía a raudales, así que llegó empapada hasta los huesos a la protección del cobertizo posterior.

La puerta se abrió de súbito antes de que ella pudiera alcanzarla y la silueta de Rafe se dibujó oscura y ominosa contra la luz de la cocina. La severidad de su expresión se tornó más sombría en los siguientes segundos y Jo comprendió que debía presentar un espectáculo deplorable con el cabello escurriéndole sobre el rostro, el vestido adherido a su cuerpo como una segunda piel y el agua chorreando de ella y formando un pequeño charco a sus pies.

—¡Por Dios, entra rápido! —ordenó él, y condujo la estremecida figura de su esposa a la cocina, no sin antes cerrar la puerta a los desatados elementos—. ¿Está todo bien?

—Todo está bien con la madre y el bebé. Y yo estoy bien, salvo que estoy empapada hasta los huesos.

—Será mejor que te quites esa ropa mojada y te metas en la bañera con agua caliente —aconsejó Rafe con austeridad.

Jo no tenía ninguna objeción a ese consejo. Nada le caería mejor en ese momento que meterse en el agua caliente. Los dientes le comenzaban a castañetear por el frío y casi corrió desde la cocina hasta su habitación.

Media hora después, relajada y reconfortada, tras el baño, cubierta con su bata de casa y sentada con las piernas cruzadas al borde de la cama, Jo se secaba el pelo con una toalla. La tormenta había pasado, pero todavía podía escuchar la lluvia que golpeteaba los cristales de las ventanas. En ese momento se abrió la puerta del dormitorio y vio a través de un velo de cabellos enmarañados a Rafe que entraba con una taza humeante en la mano.

—¿Te sientes mejor? —preguntó él, sentándose a su lado en la cama y volviéndose a mirarla.

—Mucho mejor, gracias.

El corazón de Jo latía un poco más rápido y fuerte contra sus costillas cuando soltó la toalla y se pasó el cepillo por los húmedos e hirsutos cabellos, en un intento por dar cierto orden a su apariencia. ¿Acaso era efecto de la tenue luz de la lámpara, lo que prestaba a las facciones viriles de su esposo ese inusitado enternecimiento?

Una taza apareció en la línea de visión de Jo.

—Te preparé chocolate caliente —declaró él.

—Gracias.

Dejó el cepillo a un lado para tomar la taza y sus dedos se tocaron con los de Rafe, quien no apartó la mano de inmediato y cuando lo hizo, una corriente de empatía estremeció a Jo constriñendo su garganta mientras se llevaba la taza a la boca para beber el chocolate.

—Debes estar cansada.

—Por el momento estoy demasiado agitada para sentir cansancio —sus ojos se encontraron con los de Rafe por encima del borde de la taza y sonrió al evocar la emoción y el alborozo que presenció esa noche—. Stan y Klara tienen un hijo.

Una sonrisa curvó la boca firme, pero sensual de Rafe y la sonrisa se acentuó hasta arrugar los bordes de sus ojos.

—Deseaban un varón.

—Eso me dijo Klara.

¿Y tú, Rafe? preguntó Jo en silencio. ¿Quisieras un niño? ¿O serías feliz con una niña?

Ella bajó los párpados por miedo a lo que él pudiera adivinar en sus ojos. Rafe tenía derecho a saber que iba a ser padre, pero todavía no estaba preparada para decírselo.

—Te traeré algo de comer —señaló Rafe cuando ella daba el último trago a su chocolate.

—No, por favor. No hace falta —lo detuvo del brazo—. Comí un plato de sopa y un emparedado en casa de Stan y Klara antes de regresar a casa y ahora no tengo apetito, en realidad.

Tenía hambre de charlar, no de comer. Si Rafe se iba ahora, todo su ánimo se desvanecería dando lugar a la frustración. Había tanto

que ella quería manifestar, tanto que necesitaba compartir, que no esperó la invitación de su esposo para hacer un resumen de todo lo ocurrido durante las largas horas que pasó al lado de Klara.

Rafe hacía preguntas y escuchaba con interés. Sus ojos se clavaban en el rostro de su esposa mientras ella hablaba con entusiasmo y exuberancia y en ocasiones sus facciones se suavizaban con una sonrisa que derretía el corazón de Jo.

Ese era el Rafe de siempre, el verdadero, pensó Jo cuando su voz por fin se disolvió en el silencio. Ese era el Rafe con el que siempre le gustó charlar; el hombre gentil y afectuoso de quien se enamoró apasionadamente hacía tantos años y el alma se le expandió con nostalgia.

«Dime que no estoy equivocada, Rafe. Tócame y muéstrame que todavía me quieres…»

—Siempre te has dado generosamente a los demás —murmuró Rafe, con los ojos brillantes respondiendo a la silenciosa súplica y tocándola de una manera que ninguna caricia habría logrado—. ¿Te queda algo que darme a mí?

—Me estoy dando yo entera, ¿no es suficiente? —la tensión emocional entre ambos comenzó a tornarse insoportablemente matizada de deseo, pero algo le decía a Jo que tendría que tomar la iniciativa. Sin dejar de mirar a su esposo a los ojos, se despojó del camisón—. Por favor, Rafe, hazme el amor.

—No necesitas pedirlo por favor —replicó él tomándole el rostro entre las manos y sonriéndole con inmensa ternura al tiempo que se inclinaba hacia ella para tomar sus labios en el más dulce de los besos.

Jo abrió la boca invitando a la intoxicante invasión mientras su cuerpo recibía con exquisitos estremecimientos las caricias de las firmes manos de ese hombre de campo. Trató de controlar la punzante urgencia de sus emociones cuando Rafe le frotó los senos con las palmas, pero perdió por completo el control cuando los pulgares se movieron de un lado a otro en cadenciosa caricia sobre las enhiestas puntas y un gemido de placer escapó de sus labios.

Los dedos de Jo se afanaron con torpeza en los botones de la camisa de su esposo y si Rafe no le hubiera ayudado ella habría rasgado el costoso algodón en su ansiedad por tocarlo sin la engorrosa barrera de la ropa. Lo deseaba como nunca antes y el

cuerpo comenzaba a dolerle con la intensidad de su deseo.

Al despojarlo de la camisa le trazó un sendero de apasionados besos desde el hueco del cuello al torso, hirsuto de vellos, hasta que la exploradora punta de su lengua se encontró con una endurecida tetilla.

Rafe gruñó y estimulada por la conciencia de que estaba complaciéndolo, Jo siguió aventurándose, mas de pronto él la tomó por las caderas y la puso de rodillas sobre la cama hasta que sus senos quedaron a la altura de su cara. Su lengua latigueó los pezones endureciéndolos. Jo hundió los dedos entre el cabello de su esposo en un intento por acercarlo más, pero él se mantuvo a cierta distancia.

—¡Por favor, Rafe! ¡Sabes lo que quiero! ¡Por favor! —suplicó con voz enronquecida, y arqueando el cuerpo hacia la incitante lengua.

Sólo entonces él cedió, pero aún así, fue Jo quien acercó aún más un seno a esa boca tibia y húmeda que la atormentaba y enloquecía de placer.

Un trémulo gemido escapó de sus labios cuando Rafe succionó con suavidad un pezón primero y luego el otro, despertando un ansia tan intensa que su cuerpo se arqueó nuevamente contra el de él. El delicioso tormento continuó mientras él la acostaba con suavidad para acariciarle con boca y manos, con ligereza y sensualidad, cada centímetro de su ardiente cuerpo hasta las sensibles plantas de los pies.

Jo se sentía enervada por el deseo y apenas se daba cuenta de su propia respiración cuando Rafe comenzó a recorrer la suave piel de la parte interna del muslo con una serie de besos incendiarios, pero cuando llegó al enfebrecido núcleo de su feminidad ella se alarmó ante la salvaje respuesta de su propio cuerpo, a esa caricia hasta entonces desconocida.

—¡No, Rafe! ¡No!

Ese grito suplicante pareció brotar de una garganta que no era la suya. Jo se estremecía tratando de escapar a la exquisita tortura. Y luego fue demasiado tarde. Su cuerpo se contrajo en un espasmo de indescriptible placer para luego inmovilizarse.

—¡Oh, cielos! —susurró alzando el brazo y cubriéndose el rostro para ocultar su vergüenza y bochorno—. Lo siento. No… No debiste

hacer eso.

—Tuve que hacerlo. Estabas demasiado impaciente.

—Pero ya terminó.

—No ha terminado aún, Jo —prometió él—. Para mí no, y ciertamente tampoco para ti.

Ella lo observó con ojos entornados cuando él se levantó para quitarse el resto de la ropa. Jo se maravilló, como siempre, ante la magnificencia de ese cuerpo musculoso, luego Rafe se inclinó sobre ella como animal depredador listo a cobrar su presa.

—¡Estás loco! —jadeó Jo en protesta y buscó su boca—. No puedo… No podría…

¡Pero sí que pudo!

Rafe otra vez la excitó con maestría, llevándola a esa cumbre de deseo donde la mente se nublaba obligando al cuerpo a manifestarse sin límites ni cortapisas.

«Te amo.» Las palabras temblaban en el perímetro de la mente consciente de Jo, pero permanecieron impronunciadas mientras sus cuerpos enfebrecidos se fundían en una rítmica armonía de pasión compartida. *«Te amo, Rafe.»* Quería que lo supiera y la única forma de hacérselo saber era entregándose a él en cuerpo y alma por primera vez, desde que aceptó participar en ese absurdo trato matrimonial.

Jo despertó temprano a la mañana siguiente, mas no lo bastante temprano para hablar con Rafe antes de que él saliera de la casa. La noche anterior, habría querido decirle que iba a tener su bebé, pero al final permaneció silenciosa por temor a disipar esa maravillosa sensación de satisfacción y gozo profundo que siguió a su amoroso abrazo.

Se lo diría más tarde, cuando se encontraran en la mesa del desayuno, decidió al levantarse y se vistió para salir, y sólo podía rezar en silencio suplicando que sus peores temores no se realizaran. Después de lo que compartieron tan sólo unas horas antes estaba casi segura de que no la rechazaría. ¿O sí?

El sol acababa de salir cuando Jo encaminó su coche hacia la cabaña de Stan. La tormenta había causado estragos en el camino de la hacienda, pero la tierra parecía regocijarse en su humedad y Jo sabía que pronto una gran cantidad de suculentas plantas

emergerían desde los ocultos recovecos de la tierra, para cubrir el terreno lleno de malezas con una alfombra de flores multicolores.

Klara estaba levantada y cuidaba de su bebé cuando Jo llegó a la cabaña. Stan se había ido a buscar a las niñas y Jo sólo permaneció allí el tiempo necesario para examinar al recién nacido y a la madre.

Más tarde esa mañana, cuando miraba a Rafe a través de la mesa del desayuno, cambió de idea respecto a divulgar su secreto. El gentil y cariñoso Rafe de la noche anterior se había esfumado y en su lugar estaba el extraño rostro adusto de los últimos dos meses. Jo creyó que su sincera entrega habría marcado un punto de cambio en su matrimonio, pero sólo fue una triste equivocación nacida de la tonta esperanza que nunca la abandonaba.

—Anoche no comiste casi nada y ahora apenas pruebas tu desayuno.

El tono casi acusador de Rafe la hizo clavar la mirada en los huevos fritos que comenzaban a congelarse en el plato y su rostro palideció. Una oleada de náusea ascendió desde sus entrañas y gotas de sudor perlaron su frente cuando se levantó con presteza para salir corriendo del comedor.

De alguna manera logró llegar hasta el cuarto de baño, a tiempo para vaciar su convulsionado estómago y se desplomó sobre el inodoro al sentir que iba a devolver lo poco que había comido. Vomitó una y otra vez hasta que quedó exhausta y sudorosa. Cuando por fin cesó la náusea se sentó al borde del mismo con lágrimas en los ojos y fue entonces cuando se percató de que no estaba sola.

Rafe estaba allí sosteniendo un vaso con agua ante los labios de ella. Jo dio un sorbo para borrar esa quemante sensación en su garganta, luego él la alzó en brazos y la llevó a la habitación como si no pesara más que una niña.

La depositó con suavidad sobre la cama y se sentó a su lado, sus facciones se mostraban severas a la luz matinal que se filtraba a través de las cortinas de encaje de la ventana.

—Deduzco que estás embarazada.

Esa fría y tentativa declaración desató toda la ira y el dolor que se habían acumulado en ella por tanto tiempo.

—¡Sí, maldita sea, estoy embarazada!

Las palabras brotaron en un siseo furioso entre dientes apretados, y luego para su horror, Jo rompió en sollozos. Se apartó de Rafe para hundir el rostro en la almohada, pero él la tomó en sus brazos y la sostuvo contra el hueco de su hombro.

—¡Por amor de Dios, no llores! —le acarició con suavidad el cabello y la meció en sus brazos—. Por favor, Jo, no soporto verte llorar.

—Siempre quise… Tener a tu hijo —sollozaba en el hombro de su esposo—. Pero no así. No… A cambio… De un préstamo. Es tan…

—No hubo tal préstamo.

—…Brutal y… Y tan espantosamente inmoral. No creo que…

La voz de Jo se disolvió en el silencio entre sollozos cuando de repente las palabras de su esposo penetraron en su cerebro. No tenían sentido, pero tuvieron un efecto tranquilizador, entonces lanzó un suspiro estremecido al echar la cabeza hacia atrás para mirarlo con fijeza a través de un velo de lágrimas.

—¿Qué dijiste? —preguntó con voz débil y trémula, convencida de que no había oído bien.

Rafe le sostuvo la mirada por un momento, luego la soltó y se puso de pie.

—Dije que no hubo tal préstamo —repitió él con seriedad.

—No… Entiendo —murmuró Jo, enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano y tratando de prestar sentido a la confusión de su mente mientras miraba a su esposo apartar las cortinas de la ventana como si de repente tuviera necesidad de más aire.

—Quería recuperarte. Así de simple —declaró con aspereza—. Sabía que no regresarías a Satanslaagte por tu propia voluntad y sospechaba que si te pedía que volvieras a casarte conmigo me rechazarías, de modo que entre Danny y yo fraguamos el asunto del préstamo.

Jo clavó la estupefacta mirada en la enorme espalda. ¿Se había vuelto loco? ¿O la loca era ella?

—¿Por qué me querías otra vez contigo? —preguntó, ignorando por el momento la última parte de la declaración de su esposo.

—¿Por qué? —la mano que apretaba la cortina de encaje se cerró en un puño que endureció los músculos de su antebrazo—. Porque nunca debí dejarte ir por principio de cuentas —anunció

con inesperada vehemencia.

La mente de Jo giraba como la de un ebrio; entre el estupor y la incredulidad. De repente nada tuvo sentido para ella y se preguntó si algo volvería a tenerlo alguna vez.

Jo se puso de pie lentamente. Había un clamor terrible dentro de ella, como un volcán que amenazaba explotar, pero era innegable que había una pregunta que requería respuesta.

—Si la necesidad de Danny por un préstamo fue una farsa, entonces supongo que tu desesperada necesidad de un heredero también lo fue, ¿me equivoco?

—Fue la única forma que se me ocurrió para convencerte de un matrimonio normal.

—¿Cómo pudiste hacerme esto? —la humillación y la ira le tiñeron de rubor las mejillas, pero había un frío invernal en su voz —. ¿Cómo pudiste?

Rafe se volvió entonces; poseía una extraña palidez en el rostro al acercársele.

—Jo, debes comprender…

—¡No me toques! ¡Jamás te vuelvas a acercar a mí! —sus ojos chisporroteaban furia verde al replegarse lejos de las manos de su esposo—. ¡Creo que eres despreciable!

Capítulo 9

—¡Creo que eres despreciable!

Las palabras de Jo aún pendían en el aire entre ella y Rafe cuando unos urgentes golpes a la puerta rompieron el airado silencio. La furia de la joven todavía buscaba una salida cuando abrió con un brusco tirón la puerta para encontrarse con Elsie, ansiosa y consternada en el umbral.

—Lo siento, madame, pero madame Averil no se siente bien y pide hablar con usted.

El orgullo de Averil no le habría permitido mandar llamar a Jo, a menos que fuera algo muy importante y fue esta certeza la que penetrando en la niebla de ira de Jo la hizo guardar sus cuitas personales en un desván de la mente por el momento. Salió con toda presteza al pasillo antes que Rafe y casi corría cuando atravesó la sala para entrar en el apartamento.

Jo encontró a Averil en la cama, sus plateados cabellos estaban en desorden y sus manos se aferraban de manera convulsiva a la colcha con la que se cubría hasta su barbilla. La respiración de la anciana era agitada e irregular, tenía fiebre y entre accesos de tos se quejaba de un dolor en la espalda.

Jo temía que se tratara de bronquitis y estaba tomándole el pulso cuando se dio cuenta de que Rafe la observaba en atento silencio desde el otro lado de la cama.

—Sugiero que llames a tu médico —señaló Jo, dirigiéndole sólo una rápida mirada.

Averil hizo algunos aspavientos de protesta, pero Rafe no hizo el menor caso. Salió de la habitación y cuando regresó algunos minutos más tarde parecía pálido y sombrío.

—El doctor Bosman salió a visitar a un enfermo, pero su esposa prometió comunicarse con él para decirle que venga lo más pronto posible.

Jo acomodó a su suegra lo más confortable que pudo y casi pasó una hora hasta que se oyó afuera, la llegada de un coche. Rafe salió a averiguar y cuando regresó no venía solo. Un hombre de edad madura, con maletín, precedió a Rafe dentro del dormitorio y la sonrisa de reconocimiento en el rostro de Averil le permitió deducir

a Jo que debía tratarse del médico familiar. Rafe hizo las presentaciones pertinentes y luego salió para dejar que el facultativo practicara su examen.

—Es bronquitis aguda —el médico confirmó por fin las sospechas de Jo—. Unos días en cama con los medicamentos apropiados y pronto te podrás bien.

—No puedo quedarme en cama —protestó Averil entre accesos de tos.

—Puedes y te quedarás, Averil —ordenó el galeno con severidad, mientras guardaba su estetoscopio en el maletín—. Si no haces lo que te digo la bronquitis se complicará y tendremos que hospitalizarte y ya sabes cómo detestas los hospitales.

Cuando cedió el ataque de tos, Averil miró con afectuosa severidad a su médico.

—Sólo estás tratando de asustarme para que cumpla tus recomendaciones.

—Me conoces demasiado bien para saber que no mentiría en algo tan serio, Averil —declaró el doctor Bosman con absoluta seriedad—. Creo que sería buena idea mandar a una enfermera del hospital para que cuide de ti por algunos días.

El febril rostro de Averil se volvió hacia su nuera con expresión de súplica.

—No será necesario, doctor Bosman —intervino Jo, respondiendo con calma al silencioso ruego de su suegra—. Soy enfermera calificada y puedo cuidar de la señora Andersen yo misma.

El doctor asintió su aprobación y después de intercambiar algunas palabras con Rafe en la sala, se marchó.

Jo rara vez dejó de estar al lado de la cama de la señora Andersen durante los siguientes tres días con sus respectivas noches y el único momento en que veía a Rafe era cuando él iba a ver cómo seguía su madre.

Aquellas largas horas, cuidando de Averil entre la fiebre y los accesos de tos, dejaron a Jo poco tiempo para pensar en sí misma. Fue durante la cuarta noche, cuando Averil dormía plácidamente por primera vez, que sus pensamientos regresaron a esa mañana cuando Rafe le confesó la estratagema que había planeado con

Danny.

Había sido engañada para volver a casarse con Rafe. Su hermano, y quizá su madre también, la manipularon con habilidad para ese primer encuentro con Rafe en el Hotel Mirage de Beaufort West y ella avanzó con toda ingenuidad a la bien tramada emboscada.

Jo deseó poder odiar a Rafe, pero lo que sentía por él no era odio; lo amaba y ese hecho inalterable era algo con lo que había aprendido a vivir desde hacía mucho tiempo. Se sintió lastimada y furiosa cuando supo la verdad, pero ahora estaba calmada y racional, y no buscaba entender nada de manera consciente, cuando comenzaron a fluir por su mente fragmentos de la conversación con Rafe.

"*Quería recuperarte…*" "*Así de simple…*" "*Sabía que no regresarías a Satanslaagte por tu propia voluntad…*" "*Nunca debí dejarte ir por principio de cuentas…*".

Los pensamientos iban y venían hasta que Jo se incorporó de golpe en su cama. Empezaba a comprender una cosa que no tomó en cuenta antes. Era la declaración de Rafe: "*Nunca debí dejarte ir*".

El corazón le daba vuelcos en el pecho, casi impidiéndole respirar. ¿Podía interpretar esas palabras como una declaración de que nunca había dejado de quererla? Jo deseaba poder creer eso de manera desesperada, pero todavía había piezas del rompecabezas que faltaban y no se atrevía a dejarse llevar por el entusiasmo.

—¿Por qué no descansas un poco, Jo? Me siento mucho mejor.

Jo alzó la mirada con cierto sobresalto al escuchar la temblorosa voz de su suegra y se puso de pie al lado de la cama en el dormitorio en penumbras.

—No sabía que estaba despierta, señora Andersen.

—Hace buen rato que estoy despierta —confesó Averil, mirándola con sus oscuros ojos que tanto le recordaban los de Rafe.

—¿Quiere que le traiga algo de beber? ¿Quizás una taza de leche caliente?

Averil sacudió la cabeza contra la almohada.

—Un vaso de agua será suficiente, gracias.

Jo sirvió agua en un vaso y deslizó un brazo bajo los hombros de la enferma para ayudarla a incorporarse. Le sostuvo el vaso en los labios y Averil bebió hasta indicar con un leve movimiento de la

mano que ya no apetecía. Jo volvió a colocarla contra la almohada y puso el vaso sobre la mesita de noche, pero se sintió algo inquieta al sentir esos ojos oscuros seguir cada uno de sus movimientos.

—Por favor, siéntate, Jo… —Averil apartó un poco las piernas para hacer espacio en la cama y Jo se sentó con cierta cautela—. Has sido muy buena conmigo y Dios sabe que no he hecho nada para merecer tu gentileza.

Jo se sintió incómoda. Podía presentir que Averil tenía algo en mente; incluso podría adivinar de qué se trataba y de repente no pudo soportar la idea de que esa orgullosa mujer se humillara ante ella.

—Señora Andersen, no es necesario…

—No me interrumpas, Jo —exigió Averil con amable firmeza—. No importa lo que haga, no puedo evadir el hecho de que soy una anciana tonta. Te debo una disculpa, pero más que eso te debo una explicación y sólo puedo rezar para que llegue el momento en el que me puedas perdonar.

Jo permaneció muy erguida y en silencio con las manos entrelazadas en su regazo. Deseaba poder poner un punto final a esa charla, pero de alguna manera sabía que Averil no descansaría hasta haber sacado de su corazón lo que la atribulaba. Quizá era lo mejor, pero para Jo la situación era muy engorrosa.

—Cuando te casaste la primera vez con mi hijo me sentí amenazada y estaba celosa del amor que él sentía por ti —la confesión de Averil contenía tal sinceridad que resultaba conmovedora—. Todo lo que dije durante ese tiempo fue fruto de estas dos emociones perniciosas y admito que incluso me valí pérfidamente de Lorin para apoyar mi campaña contra ti.

Jo sabía eso, y sabía también que puesto que Lorin estaba enamorada de Rafe, se había prestado de muy buen grado a la alianza.

—Quería apartarte de Rafe y de Satanslaagte —continuó A veril —. Lo conseguí en ambos sentidos, pero en el proceso también conseguí que mi hijo se apartara de mí y supe que merecía su furia cuando se enteró de la parte que tuve en la ruina de su matrimonio. Rafe estaba muy abatido y triste después de que te marchases, pero cuando supo la verdad casi enloqueció de ira y desesperación, entonces supe que movería cielo y tierra para recuperarte —las

lágrimas brillaron en los ojos de la anciana, pero sonreía con tristeza y ternura al mirar a su nuera—. Quiero que sepas que me alegro mucho de que lograra persuadirte de que regresaras.

Jo miró a su suegra con expresión reflexiva mientras ella se enjugaba las lágrimas con un pañuelo de encaje. Hacía falta valor para admitir abiertamente los propios errores y en ese momento Jo no pudo menos que admirar a la mujer que en otros tiempos le causó tanto sufrimiento.

—¿Por qué aceptó la sugerencia de Rafe de mudarse a este apartamento? —preguntó, desviando la conversación al tema que tanto la perturbara esas últimas semanas.

—Está demostrado que es desastroso que haya dos mujeres bajo un mismo techo —Averil rió con suavidad por primera vez, mientras guardaba el pañuelo en el bolsillo de su pijama, pero enseguida se volvió a poner seria y una leve expresión de bochorno cruzó por su rostro—. No funcionó conmigo y mi suegra, cuando recién casada llegué a Satanslaagte hace muchos años, y tú y yo sabemos que tampoco resultó entre nosotras.

Jo sintió el escozor de las lágrimas.

—Usted siempre fue parte esencial en esta casa, en este hogar y para mí siempre lo será —su voz fue casi un susurro cuando agregó —: Será usted más necesaria ahora que nunca.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Averil, sometiendo a su nuera a un intenso escrutinio—. ¿En qué forma seré necesaria?

—Usted será abuela en un futuro no muy distante y una criatura necesita de un abuelo o abuela tanto como de sus padres.

Averil miró a su nuera con azoro contemplativo y sus facciones aristocráticas se suavizaron de tal manera que a Jo se le contrajo la garganta de emoción.

—¡Oh, querida mía! ¿Qué puedo decir?

Jo tomó una de las manos de la anciana entre las suyas y se la apretó con firmeza.

—Sólo dígame que está feliz por Rafe y por mí… Mamá.

Era la primera vez que Jo se atrevía a llamar a la señora Andersen "*mamá*", y los ojos de la anciana volvieron a brillar con el rocío de las lágrimas al apretar los dedos de su nuera en un gesto de reconocimiento.

—No tienes idea de lo feliz que estoy por Rafe y por ti… Hija

mía.

Parecía un milagro. Al fin se había cerrado esa brecha entre las dos mujeres y Jo permaneció sentada en la cama durante largo rato sosteniendo apaciblemente la mano de su suegra, sin que ninguna se atreviera a hablar, por temor de romper el arrobo del momento. Pero Jo supo que no quedaba más remedio que romper el beatífico silencio cuando vio el reloj que estaba en la mesita de noche.

—¡Las once y media! —exclamó, levantándose con renuencia para alisar las sábanas—. Todavía tenemos una larga noche ante nosotras y creo que deberíamos tratar de volver a dormir.

—Creo que no me será posible —protestó Averil con una sonrisa satisfecha—. Estoy tan feliz de que hayamos tenido esta charla y demasiado emocionada ante la perspectiva de convertirme en abuela…

A pesar de las objeciones de Averil, media hora después estaba dormida y sólo entonces Jo se acomodó en el sofá que le había servido de lecho durante las tres últimas noches. Estaba cansada y necesitaba un buen sueño reparador sin interrupciones, mas su mente permanecía perturbadoramente activa.

¿En dónde estaba Rafe? ¿Estaría dormido o permanecería despierto pensando en ella, como ella pensaba en él? ¿La quería? ¿Era por eso que había decidido recuperarla? Averil le había dicho que estaba celosa por el amor que su hijo le tenía, pero Jo no podía dejar de subrayar en su mente el tiempo pasado en esa declaración. Si Rafe seguía amándola, ¿por qué no se lo decía? ¿Por qué seguía ocultando sus sentimientos tras esa capa de enfado y severidad que tanto la había amedrentado los últimos meses?

Un suspiro desalentado escapó de sus labios al volver la mejilla sobre la almohada para tratar de conciliar el sueño. Todavía revoloteaban muchas preguntas en su mente y todas clamaban por una respuesta. Su cabeza giraba al pensar en ello, pero las respuestas tendrían que esperar hasta que tuviera tiempo de reanudar esa odiosa y humillante charla con su esposo.

Averil estuvo muy mejorada al día siguiente, lo suficiente para sentarse en un sillón y Jo la dejó allí, al cuidado de Elsie, mientras ella iba a su dormitorio para darse una ducha y cambiarse de ropa. Jo habría querido encontrarse con Rafe antes que él saliera esa

mañana, pero todavía estaba tratando de hacer algo con su pelo antes de bajar a desayunar, cuando lo vio girar por el camino de la hacienda en su camioneta de trabajo.

No esperaba ver a Rafe durante el curso de esa mañana, pero cuando no llegó a almorzar comenzó a preocuparse. Era una tontería, se dijo, pero esa tarde al recoger la bandeja del té para Averil en la cocina, tuvo que expresarle a Elsie sus inquietudes.

—Estoy un poco preocupada, Elsie —confesó—. ¿Por qué no ha venido hoy a casa el señor Rafe?

—El señor Rafe no ha estado en casa muy seguido estos días, madame y esta mañana dijo que no lo esperáramos sino hasta muy tarde en la noche —Elsie dejó sobre el mostrador el cuchillo que estaba usando para pelar las patatas y se volvió a mirar por la ventana mientras se limpiaba las manos en la toalla de la cocina—. Están colocando nuevas cercas donde las viejas fueron derribadas por la tormenta, y si me lo pregunta usted, madame, le diré que se está preparando otra buena tormenta.

Jo siguió la dirección de la mirada del ama de llaves y entendió a lo que la mujer se refería. Oscuras nubes se aglomeraban en la distancia y se arremolinaban ominosamente sobre las áridas praderas.

Si el viento no cambiaba de dirección antes que llegara la noche, las estepas del Karoo recibirían otro chaparrón.

El calor era opresivo y lleno de promesa, pero la tormenta nunca se materializó durante la tarde. Las nubes sólo se desintegraron sobre la caldeada hondonada por entre las mesetas y las que sobrevivieron en la distancia fueron arrastradas por una ráfaga de aire inesperada.

Rafe llegó a casa antes de lo esperado esa noche. Jo se encontró con él en el comedor, después de que se afeitó y se cambió de ropa, y al mirarlo con atención por primera vez en muchos días, se consternó al notar sus bronceadas facciones marcadas por el agotamiento.

—¿Cómo está mi madre? —preguntó cuando se sentaron a la mesa para compartir la cena.

—Tu madre estaba bastante bien para levantarse de la cama esta mañana y disfrutó sentándose en el sillón durante breves lapsos.

Rafe aceptó esta información con una leve inclinación de cabeza, pero Jo tuvo la extraña sensación de que había formulado su pregunta de manera automática y sin prestar gran atención a la respuesta. Su expresión era adusta y su actitud fría y lejana. Esto hacía imposible todo intento de conversación mientras cenaban y ella sintió un verdadero alivio cuando Rafe dejó por fin la mesa con una disculpa murmurada para irse a trabajar a su estudio.

—Hoy no he visto a Rafe —se lamentó Averil cuando Jo fue a verla—. ¿No ha llegado todavía a casa?

—Llegó tarde y cuando se levantó de la mesa se fue directo a su estudio.

Una expresión de desilusión cruzó por el rostro de la anciana y Jo sintió una punzada de compasión. Tendría que hablar con Rafe sobre la frialdad que mostraba hacia su madre, y cuanto más pronto lo hiciera tanto mejor sería para todos.

No hubo necesidad esa noche de que Jo se quedara a cuidar de su suegra. Podía volver a dormir en una confortable cama y estaba ansiosa por hacerlo; sin embargo, primero fue a la cocina para prepararse un poco de chocolate caliente antes de retirarse a su habitación. Sacó una taza de la alacena y luego, en un impulso, sacó una segunda taza para servir chocolate en las dos.

¡Eso era una locura! Se arriesgaba a que le cercenaran la cabeza por entremeterse donde no debía. No obstante, colocó las dos tazas en una bandeja y las llevó al estudio. Sintió un nervioso aleteo en la boca del estómago cuando se detuvo ante la puerta, pero después de una vacilante pausa alzó la mano para llamar.

Llamó una segunda vez sin recibir respuesta. ¿Estaba ignorando deliberadamente Rafe su llamado o estaba tan absorto en lo que hacía que no la escuchó? Jo sintió que el valor comenzaba a abandonarla, pero si había llegado hasta allí no podía volverse atrás y fue con este pensamiento que abrió la puerta y entró.

Lo primero que golpeó sus sentidos fue el hedor a tabaco rancio cuando entró en el estudio, pero lo que vio fue suficiente para oprimirle el corazón. Rafe yacía desplomado sobre su escritorio atestado de papeles con la cabeza apoyada en los antebrazos. Su pipa favorita estaba al lado de un cenicero lleno y cerca de él había una botella de whisky vacía y un vaso volcado. Rafe rara vez bebía

más de una copa. ¿Por qué habría sentido la repentina necesidad de beber hasta el estupor?

Jo apartó una pila de papeles para hacer lugar en el escritorio para la bandeja, y luego fue a abrir la ventana para ventilar el lugar antes de poner una mano tentativa sobre el hombro de su esposo. Él se movió al sentir el contacto y Jo retiró enseguida la mano cuando Rafe se incorporó con sobresalto y trató de enfocar los ojos vidriosos en ella.

—¿Qué quieres? —preguntó, con aire vulnerable y extrañamente defensivo al hundirse hacia atrás en su asiento.

—Pensé que te gustaría beber una taza de chocolate caliente —Jo dirigió una mirada significativa a la botella vacía—. Pero creo que sería más conveniente una taza de café bien cargado.

Rafe esbozó una mueca al enderezar el vaso y sus facciones parecían macilentas a la luz de la lámpara del escritorio.

—La botella no estaba llena, apenas contenía lo suficiente para llenar poco más de medio vaso, de modo que bastará con el chocolate.

Jo sintió cierto alivio, aunque el nerviosismo y la incertidumbre aún contraían sus entrañas al entregarle la taza con el líquido caliente y sentarse para mirarlo a través del escritorio.

El silencio entre ambos era tenso y luego los ecos de su último altercado verbal se levantaron en la mente de Jo para convertirse en una barrera amenazante. Había sido Rafe quien había hecho el primer intento de apertura y total sinceridad aquella mañana cuando supo que iba a ser padre. Dependía de Jo ahora hacer el siguiente intento. Ella lo percibió y supo con cada fibra de su ser que no debía dejar pasar esta oportunidad.

—Sé que estás cansado, Rafe… —comenzó tentativamente—. Pero creo que deberíamos hablar.

Los ojos de Rafe brillaron de manera extraña al alargar la mano hacia su pipa, pero pareció cambiar de idea y se pasó la mano por entre los enmarañados cabellos.

—Tienes razón, ¿sabes? Lo que hice fue despreciable.

—Quizá no tanto si me dijeras toda la verdad —replicó Jo con gravedad—. Estoy convencida de que hay mucho más y creo que me debes una explicación más detallada.

Rafe volvió a extender la mano hacia su pipa y esta vez sí la

tomó. Apretó el cañón entre los dientes, encendió una cerilla y cubrió con la otra manó la llama para protegerla del viento que entraba por la ventana. Se tomó su tiempo para encender la pipa, luego se levantó con lentitud de su asiento y se paró ante la ventana, de espaldas a su esposa.

El agradable aroma del tabaco llegó hasta ella con la brisa nocturna y comenzaba a creer que nunca conocería la verdad cuando Rafe inició la explicación que ella tanto esperaba.

—Lo que tengo que decirte es una larga historia de falsas nociones, prejuicios y malas interpretaciones que nacieron de una falta de comunicación y mi propia falta de capacidad de percepción —hablaba sin volverse, pero Jo detectó una nota de amargura en su profunda voz de barítono—. Cuando me casé contigo por primera vez di por sentado que serías feliz en Satanslaagte, pero no fue así y el saber esto me desgarró por dentro hasta que comencé a sentirme un vil egoísta por tratar de obtener mi felicidad a tus expensas.

Jo sintió el dolor del pasado retornar con toda su ferocidad y se crispó por dentro. ¿Malas interpretaciones? ¿Falta de comunicación? Eso fue lo que a la larga los había apartado y… ¡Oh, cielos…! Ella tenía tanta culpa como Rafe, se confesó a sí misma mientras esperaba a que él continuara.

—Terminé por concluir que nuestro matrimonio fue un error y que serías mucho más feliz en tu ambiente, pero la mayor equivocación fue pedirte el divorcio —se volvió con lentitud y miró con ceño fruncido su pipa como si se preguntara cómo había llegado a su mano—. Comprendí mi error poco después que te fuiste. Mi vida sin ti carecía de sentido, pero por desgracia era demasiado tarde para hacer algo al respecto.

Jo entrelazó las manos sobre su regazo en un intento por controlar su temblor.

—Pudiste interrumpir el proceso de divorcio.

—Sí, pude hacerlo, pero un orgullo porfiado me lo impidió —sonrió, pero su sonrisa estaba teñida de amargura e ira al apoyarse contra el quicio de la ventana y cruzar una pierna sobre la otra—. Hice un embrollo de las cosas, Jo, y fui demasiado orgulloso para humillarme y admitir que me había equivocado.

Jo pudo entender y aceptar esa declaración mientras escuchaba pálida y muy quieta, en su asiento.

—¿Qué pasó luego? —lo instó a seguir.

—El año pasado en abril, el día en que cumplí treinta y seis años, para ser exacto, mi madre y yo estábamos cenando cuando de improviso se mencionó tu nombre en la charla y fue entonces cuando mi madre dejó escapar algo de manera inadvertida. Comprendí entonces que ella había tenido mucho que ver en tu incomodidad y descontento, así que terminamos por enfrascarnos en una riña fenomenal —su mirada se clavó en ella y la acusación que descubrió en la profundidad de sus ojos la hizo removerse con incomodidad en su asiento—. ¿Por qué no me dijiste nunca lo que estaba sucediendo, Jo? ¿Por qué me dejaste en la ignorancia?

Fue el turno de Jo para explicar y tuvo que hacer acopio de valor para sostener la penetrante mirada de su esposo, mientras acudía al desván de la memoria a fin de revivir las circunstancias que causaron el desgarramiento final de su relación.

—Yo no quería causar fricciones entre tu madre y tú —confesó con una voz no tan firme como habría deseado—. Eras su único hijo y creí que con tiempo y paciencia se resolverían las diferencias, pero estaba equivocada. Todo empeoró en lugar de mejorar. Cuando quise confiarme a ti descubrí que te habías apartado tanto que te habías convertido en un extraño inabordable. Y entonces simplemente me descorazoné.

Su voz se quebró en la última frase. Le dolía hablar de esos tiempos, pero tenía que hacerlo y se obligó a continuar.

—Comencé a creer que las cosas que tu madre decía eran ciertas. La vida en la ciudad no me había preparado para los desconocidos rigores de la vida en una granja ovejera y yo no me adaptaba. También llegué a aceptar que Lorin, con su conocimiento de la tierra, habría sido mucho mejor esposa para ti.

Rafe permaneció en silencio durante lo que pareció una eternidad, al tiempo que asimilaba todo lo que estaba escuchando. Una pequeña vena palpitaba en su sien y luego hizo un ademán de enfado con la mano con que sostenía la pipa.

—Yo nunca… Nunca, ¿me entiendes? Nunca tuve el deseo de casarme con Lorin. Ella creció junto conmigo y aun cuando éramos casi de la misma edad nunca la vi de otra manera más que como una chiquilla divertida que tenía un buen conocimiento de las labores del campo.

—Te creo —Jo nunca creyó que los sentimientos de Rafe por Lorin fueran de otra naturaleza, pero era un bálsamo para su alma que él lo dijera—. ¿Qué sucedió después que tuviste el altercado con tu madre?

—A la mañana siguiente me fui de aquí hecho una furia, en dirección a Cape Town —caminó hacia la joven y se sentó al borde del escritorio cerca de la silla en que su esposa estaba sentada—. Quería volver a verte, explicarte todo y estaba decidido a traerte de regreso conmigo a Satanslaagte.

De modo que esa semana que Rafe estuvo fuera de la granja había ido a Cape Town, estaba pensando Jo al recordar la información que le proporcionara Elsie.

—Nunca supe que hubieras estado en Cape Town, de modo que debo suponer que algo sucedió que te hizo cambiar de opinión respecto a buscarme.

—Visité tu casa, pero estabas de turno esa noche en el hospital, de modo que pasé una noche aleccionadora en compañía de tu madre y Danny —Rafe dejó la pipa en el escritorio y se pasó la mano por entre los cabellos—. Les dije todo y hablamos durante largo rato, pero al final concluyeron que no tenía yo muchas posibilidades respecto a ti. Me dijeron que te mostrabas inflexible en cuanto a volver a verme o saber de mí y que incluso habías prohibido en tu casa que se mencionara mi nombre —los cansados ojos del granjero se clavaron en los de Jo por un momento, luego emitió un suspiro y apartó la mirada—. Supe entonces con exactitud cuánto te había lastimado y en esas circunstancias consideré que no tenía derecho a forzar mi presencia en tu vida otra vez.

Rafe estaba tan cerca de ella que Jo apenas tenía que levantar una mano para tocarle el firme muslo, y deseó hacerlo, pero… Todavía no. Aún faltaba mucho que decir entre ambos.

—Pero a la larga forzaste mi presencia en tu vida —observó ella con seca ironía.

—Sí, lo hice —la expresión de Rafe se ensombreció y otra vez se levantó para pararse ante la ventana con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón—. Danny me llamó inesperadamente como un mes antes que volviéramos a casarnos y me comentó algo que me hizo creer que aún me querías.

Jo miró esos anchos hombros que de repente parecieron abatirse

con algo más que fatiga.

—Si creías que aún te amaba, ¿por qué no me abordaste de la manera normal en lugar de inventar esa horrenda farsa para obligarme a volver contigo?

—Danny también me dijo otra cosa —se volvió de repente y la paralizó en el asiento con esos ojos febriles y penetrantes—. Dijo que habías prometido jamás volver a poner un pie en Satanslaagte, aunque yo te lo pidiera de rodillas. ¿Lo recuerdas?

¡Conque eso era!

—Sí, lo recuerdo.

¿Cómo podía olvidar su réplica a la pregunta de Danny acerca de si volvería a casarse con Rafe si éste se lo pidiera? Jo bajó la mirada con aire culpable, pero su ira latente volvió a encenderse. Se puso de pie de un salto y atravesó la habitación hasta donde había un gabinete de cedro, contra el cual se apoyó.

—¡Maldición! —masculló con furia más contra sí que contra su esposo—. ¡Qué tonta fui al no ver más a fondo! Pero Danny se mostró tan convincente al suplicarme que acudiera a ti en busca del préstamo…

—Mi éxito dependía de la habilidad de tu hermano como actor y él me dijo después que había sudado horrores ante la idea de hacer o decir algo que te hiciera sospechar la verdad.

La pesadilla de los pasados meses comenzaba a evolucionar en algo mucho más aceptable, pero Jo todavía no estaba dispuesta a perdonar a nadie, mucho menos a su hermano por su conducta traidora.

Capítulo 10

Una fresca brisa entraba al estudio a través de la ventana abierta, llevando consigo el suave aroma de las gardenias y el sonido de los insectos que entonaban sus nocturnales himnos por entre la maleza. Un chacal aulló en la distancia y de alguna parte del jardín, el pastor alemán respondió con un ladrido de advertencia. Aquello perturbó la serenidad de la noche, mas no había nada de sereno en lo que Jo estaba sintiendo en ese momento al apartar las manos del gabinete.

Bullía en su interior con una ira renovada dirigida sólo contra sí misma. Si hubiera afrontado el problema entre Averil y ella durante su primer matrimonio, nunca se habría presentado la necesidad de Rafe de tramar tan absurda estratagema.

Se volvió lentamente. Rafe estaba parado todavía junto a la ventana, mirándola con expresión indescifrable y esperando. ¿Esperando qué?, se preguntó con inquietud.

—¿Mi madre lo sabía? —preguntó Jo, rompiendo el tenso silencio.

Rafe sacudió la cabeza.

—Danny y yo decidimos que no convenía confiarle el secreto hasta que tú y yo estuviéramos casados.

Esto explicaba por qué su madre no había contestado las cartas que le había enviado durante esas primeras semanas después del matrimonio. También explicaba el motivo por el que su madre parecía tan ansiosa e inquieta cuando la llamó por teléfono. De haberlos conocido, Lavinia Harris habría puesto un alto a los planes de Danny y Rafe y Jo suponía que su madre se sentía culpable por la parte que había tomado en el engaño aun cuando fuera de manera involuntaria.

Jo sintió que la embargaba un enorme cansancio físico y mental. Caminó hacia la silla que había estado ocupando y se desplomó en ella con pesadez.

—¿Por qué lo hiciste, Rafe?

Estaba cansada de tanta incertidumbre y de haber alimentado su alma con migajas de suposiciones. Era el momento de saber la verdad completa, de saber a qué atenerse. Pero Rafe la seguía

mirando en hosco silencio, y con el rostro convertido en una máscara impenetrable.

—¿Por qué me obligaste a este matrimonio bajo circunstancias tan detestables? —insistió.

Rafe todavía no parecía dispuesto a responder. Tenía la barbilla apoyada contra el pecho y presionaba el pulgar y el índice de una mano, contra los párpados cerrados, luego dejó caer la mano exangüe al costado.

—Dos años de desdicha y arrepentimiento pueden arruinar el alma de un hombre —declaró con voz rasposa por la emoción y la amargura—. Pero creo que la destrucción final fue causada por la desilusión y la ira que tuve que sufrir al descubrir la traición de mi madre.

Jo esperó en silencio que él continuara, pero algo indefinible en su oscura y apremiante mirada hizo que el anhelante y esperanzado corazón femenino acelerara su ritmo.

—Estaba furioso por lo que mi madre había hecho y también contigo por permitir que nuestro matrimonio se arruinara por no confiar en mí, pero más que nada estaba enfadado conmigo mismo por haber estado tan ciego a cosas que sucedían ante mi propia nariz —su sonrisa se torció con desprecio hacia sí mismo al apartarse de la ventana e ir a sentarse al borde del escritorio más cerca de Jo—. Quería que volvieras conmigo y creo que en mi afán por conseguirlo me trastorné.

—Y conseguiste que volviera contigo. Entre mi hermano y tú os las ingeniasteis para hacerme caer en la trampa, sin embargo, no fue suficiente para ti, ¿verdad? —Jo comenzaba a entender y con el entendimiento vino una extraña sensación de alivio—. Tuve que ser castigada por la parte que tuve en tu desdicha, querías verme sufrir como sufriste tú y si me podías causar angustia y dolor, eso aliviaría la angustia y amargura que viviste. Eso fue, ¿verdad?

—Sí —la boca de Rafe se apretó—. Por absurdo y vil que pueda parecer, eso fue lo que pensaba.

—Lograste muy bien tu objetivo, pero… —aspiró trémulamente —. ¿Nunca se te ocurrió que yo había sufrido también?

—Nunca lo pensé. Cuando uno sufre demasiado suele volverse egocéntrico —alargó una mano como si quisiera infundir con los dedos cierto color en las pálidas mejillas de su esposa, pero detuvo

la acción y apartó la mano con un asomo de incertidumbre—. Tenía mucha ira enterrada dentro de mi corazón. Era como un volcán que amenazaba periódicamente hacer erupción y nada podía yo hacer para contenerla —continuó Rafe, cuyo remordimiento acentuaba los estragos causados por la fatiga—. Comprendo que a veces me comporté como una bestia y si es algún consuelo para ti, no he hecho otra cosa que despreciarme a mí mismo por tratarte así.

Jo sintió un intenso deseo de alargar una mano y tocarlo. Quería confortarlo y ser confortada a su vez, pero su propio desconcierto la mantuvo inmóvil en su asiento.

—¿Cuándo pensabas decirme la verdad? —inquirió.

—No estoy seguro —Rafe movió los hombros como si de repente el algodón de su camisa se hubiera encogido causándole presión en la ancha espalda—. Hubo muchas ocasiones en las que estuve a punto de confesarlo todo, explicarte que lo del préstamo había sido una treta, pero algo me lo impedía siempre; supongo que mi maldito orgullo otra vez, y después me odiaba por ser tan cobarde.

—No creo que seas cobarde.

—¿No? Pues yo considero cobardía no decir la verdad por temor al desprecio que estaba seguro sentirías por mí, pero la otra mañana, cuando supe que estabas embarazada, ya no tuve opción. Nunca te vi llorar con tanta amargura antes y eso me dolió hasta el alma, entonces comprendí que no podía dejar las cosas como estaban. Tenía que decirte la verdad aunque me detestaras —Rafe se inclinó hacia ella y el sensible olfato de la joven titiló con la mezcla de colonia masculina y tabaco que se desprendía de la ropa de su esposo en cuyos ojos apareció una inusitada ansiedad—. ¿Qué será de nosotros ahora, Jo?

Jo lo miró con solemnidad. ¿Qué sería de ellos? No estaba segura. Todo lo dicho por Rafe sugería que aún la amaba y ella no tenía duda respecto a sus propios sentimientos, pero aún estaba recelosa de desnudar su alma ante él.

Apartó la mirada al pensar en Averil Andersen y evocó con claridad la desilusión y la tristeza reflejadas en el rostro de la anciana esa noche. Averil había pagado con creces por sus errores, igual que todos en una u otra forma a través de los años, pero Jo sabía que nunca podría aspirar seriamente a la felicidad si no hacía algo por ayudar a salvar la brecha existente entre madre e hijo.

—Tu madre y yo tuvimos una larga y reveladora charla anoche —declaró—. O más bien debería decir que tu madre fue la que habló la mayor parte del tiempo y yo escuché.

Observó un músculo saltar en la mandíbula de Rafe. Era un tema delicado y sabía que él podría no aprobar la interferencia de Averil, pero tenía que continuar.

—Hicimos las paces, Rafe. Ya no hay resquemores ni sentimientos de hostilidad entre nosotras, pero ahora es tu turno de hacer las paces con ella. Tu madre lamenta sus acciones del pasado y aún más al considerar que propiciaron nuestra ruptura. Te ama, Rafe. Eres su único hijo. ¿No puedes hallar sitio en tu corazón para el perdón?

La tensión en la firme boca de Rafe cedió un poco.

—Todavía me duele cuando pienso lo que me hizo, pero es mi madre de cualquier manera, y por supuesto que la perdoné hace tiempo.

—Tu madre no se ha dado cuenta. ¿Cómo podrá saberlo si no se lo dices?

—Muy bien, acepto tu razonamiento. Iré a verla en la mañana temprano —prometió él con solemnidad, pero luego hizo a un lado el asunto con un impaciente e imperioso movimiento de la mano—. Quiero saber sobre nosotros, Jo —acentuó, con un tono de urgencia teñido de la ansiedad que ella notó antes—. Es mejor que aceptes el hecho de que ya no voy a dejarte ir, de manera que, ¿adónde vamos desde aquí?

—Los dos cometimos muchos errores en el pasado, ¿quién no los comete? —declaró Jo, con voz inestable cuando esa perpetua llama de la esperanza se convirtió en una verdadera llamarada—. No cometamos más, si nos es posible.

—Dime, Jo… Y quiero la verdad —Rafe se inclinó hacia ella, clavándole la apremiante mirada y golpeando con determinación contra esas barreras que la cautela erigía frente a la joven—. Si yo te hubiera buscado durante esas semanas antes que se dictara nuestro formal divorcio… ¿Habrías dado una segunda oportunidad a nuestro matrimonio?

Jo consideró esto seriamente por un momento, luego sacudió la cabeza.

—Es posible que no —respondió con una poco habitual sonrisa

cínica en los labios—. Habría pensado que estabas confuso, que tus sentimientos carecían de firmeza y que no podía confiar en ti. Habría tenido demasiado miedo de volver a ser lastimada.

Hubo un breve parpadeo en Rafe como si lo hubieran herido en lo más vivo.

—¿Y qué me dices del año pasado en Abril, Jo? ¿Qué habrías dicho si te hubiera buscado entonces? ¿Me habrías mandado a paseo o me habrías escuchado?

—No sé. No estoy segura de lo que habría hecho —confesó Jo con expresión reflexiva, pero no parpadeó al sostenerle la mirada a su esposo—. Han sucedido muchas cosas desde entonces. Me obligaste a casarme contigo, he compartido tu lecho durante casi dos meses y medio y ahora estoy en las primeras etapas del embarazo. En las circunstancias actuales me parece difícil imaginar cómo habría reaccionado hace más de un año, pero eso ya no tiene importancia, ¿no crees?

—No, ya no la tiene —concedió Rafe con expresión más abatida y desolada—. He sido un verdadero bruto contigo, Jo. ¿He conseguido que me odies demasiado?

Jo no dejó de percibir la urgencia subyacente en esa pregunta aparentemente casual, pero no pudo dejar de sonreír con cierta ironía.

—Si mi hermano actuaba como espía tuyo, y creo que tengo todas las razones para suponerlo, entonces no hay necesidad de que responda eso.

—Nunca le pedí a Danny que te espiara; lo que él dijo fue que suponía que tus sentimientos por mí no habían cambiado y fue sobre la fuerza de esa suposición que basé mis acciones.

Jo aún estaba asimilando esa información cuando Rafe alargó las manos para envolver las de ella en un apretón casi doloroso.

—Físicamente todavía nos sacamos chispas uno al otro, pero quiero mucho más que eso de ti —continuó con cierta urgencia—. Quiero todo y quiero ser parte de cada pequeña cosa que conforma ese todo. De modo que si la información de Danny fue correcta, y aún no estoy del todo convencido de que lo sea, ¿tomarías en cuenta este nuevo trato que te ofrezco?

—Si todo esto es un rodeo para preguntarme si aún te amo, Rafe, entonces la respuesta es sí —no tenía caso seguir

ocultándoselo, así que alzó el velo que cubría el secreto de su corazón mientras su clara mirada sostenía la de su esposo—. No importa lo que haya sucedido antes y lo que pueda suceder en el futuro, mis sentimientos por ti son y seguirán siendo los mismos. Te amo, Rafe.

—¡Gracias a Dios por eso!

Él se puso de pie de un grácil movimiento, con el rostro aliviado de la ansiedad y la tensión, mas el alivio no se prestó a la gentileza cuando la levantó de la silla y la estrechó en sus brazos.

Jo temblaba y Rafe también. Ella podía sentir los estremecimientos que sacudían el vigoroso cuerpo de su esposo cuando permanecieron en estrecho abrazo. No había necesidad de hablar, era como si de repente sus mentes vibraran al unísono y pasaron varios minutos reparadores del alma, antes que Rafe aflojara la fiera presión para mirarla a la cara.

—Te amo, Jo —había una tierna calidez en los ojos que le recorrían el rostro y el corazón de Joceline se llenó de un gozo tan intenso que le anudó la garganta—. Te amo —repitió.

—Nunca me dijiste eso antes —susurró Jo con voz sofocada por la emoción y los ojos inundados de lágrimas de felicidad.

—¿Qué es lo que no te había dicho antes, mi amor? —preguntó Rafe con suavidad contra la trémula boca de su esposa.

—Que me amas.

—¿No? —Rafe alzó la cabeza y su expresión registró cierta incredulidad—. ¿Nunca te dije que te amaba?

Ella sacudió la cabeza y le sonrió con lágrimas en los ojos, mientras se estrechaba en el cálido círculo de los brazos masculinos.

—No, nunca. Muchas veces dijiste "*te deseo*", pero nunca "*te amo*".

Rafe consideró esto por un momento con gravedad y luego esbozó una sonrisa triste.

—Creo que siempre he tenido esa tendencia a ser muy explícito respecto a las cosas menos importantes, pero las palabras siempre me fallan cuando tengo que expresar las cosas que más me interesan —la volvió a estrechar y con enorme suavidad le enjugó con besos las lágrimas que brillaban en sus pestañas—. ¿Crees que alguna vez podrás perdonarme por enredar tanto nuestras vidas y por haber sido tan tonto estos últimos meses?

—Creo que podré —bromeó Jo—. Pero temo que será un largo proceso que llevará muchos años y por lo tanto no podrás apartarte de mi lado mientras tanto.

—Entonces, tómate tu tiempo, mi vida. Tómate tu tiempo —afirmó él, sonriendo con suavidad—. Creo que nada puede parecerme más apetecible que quedarme a tu lado toda la vida.

—Entonces debes ser un tremendo masoquista enamorado del castigo, mi querido esposo.

—El castigo siempre se torna más tolerable si se le condimenta con una pizca de placer.

Había una deliberada sensualidad en la voz amortiguada de Rafe y los sentidos de Jo respondieron con violencia a la incitación cuando la alzó en brazos para llevarla a través de la silenciosa casa, hacia el dormitorio.

Más tarde esa noche, cuando yacían despiertos en arrobado abandono uno en brazos del otro, Rafe se movió un poco y colocó la mano con suavidad sobre el abdomen de Joceline, que aún no hacía evidente su embarazo.

—Respecto al bebé… —murmuró Rafe con la mirada ensombrecida por la preocupación, pero Jo lo silenció poniéndole dos dedos sobre los labios.

—Quiero a tu hijo, Rafe, y estoy muy contenta de esperarlo —declaró ella con enorme ternura y con cariño hundió los dedos entre el cabello de su esposo—. Sé que esta criatura fue concebida con amor y no por exigencia, y eso es lo que hace toda la diferencia.

—Yo también deseo a este bebé y no por la estúpida razón que mencioné al principio. Por favor, debes creerme, Jo.

—Te creo —los dedos de Jo exploraron amorosamente los huecos y planos del amado rostro de su esposo y sus ojos brillaban con los sentimientos que ya no tenía necesidad de ocultar—. Me alegro de que hayas exorcizado al demonio al que me vi obligada a unirme bajo tan odiosas condiciones y me gustaría dar la bienvenida al hombre con quien me casé hace cuatro años por primera vez. Ese es el hombre al que nunca dejaré de amar.

—Sólo Dios sabe cuánto te amo, Jo —murmuró Rafe roncamente, capturándole la mano para besarle la punta de cada dedo—. No siempre lo diré, quizá, pero quiero que lo sepas y lo

sientas.

—Lo sé y lo siento. Y nunca volveré a dudar —prometió Jo contra la boca descendente de Rafe mientras su cuerpo se arqueaba para ceñirse y moldearse al de su esposo al rendirse una vez más al placer de sus sabias caricias.

Era extraño, pero cuando por fin se quedó dormida esa noche, experimentó una nueva sensación de pertenencia. Por primera vez podía pensar en Satanslaagte como su hogar.

Al fin formaba parte de aquel lugar.

Fin